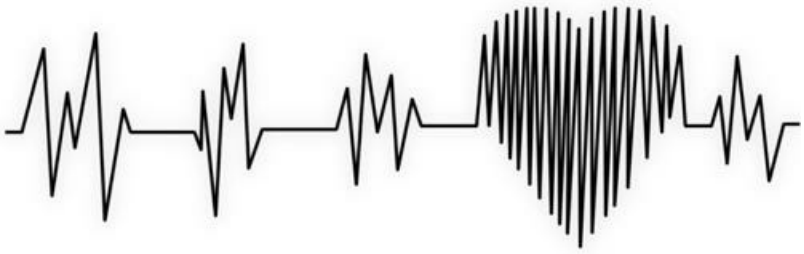

Lo que queda de nosotros
Bianca M.M.

¿Cuáles son los límites
del amor y el perdón?



#Trilogía Recuerdos 3

LOQUERECUERDODETI

LA AUTORA



Bianca Maria Munteanu es periodista licenciada por la UCM de Madrid y autora de la **Trilogía Recuerdos**.

Apasionada por la lectura y la escritura desde muy pequeña, considera la imaginación y la creatividad como dos de sus grandes atributos.

A lo largo de los años ha desempeñado su profesión como redactora en medios como *¡Hola!*, *Celebrities.es* (Atresmedia) o *Cotilleo.es*.

Especializada en noticias de corazón, televisión y realeza, actualmente ejerce de Jefa de Redacción, marcando la línea editorial y los temas que *E-Notícies* cuenta en su día a día.

Fecha de publicación: Mayo de 2024

@2024 Bianca M.M.
Todos los derechos reservados

Corrección y Maquetación: Bianca María Munteanu
Portada: Bianca María Munteanu

ISBN: 979-83-261-1236-1

A ti, que estás leyendo este libro

Gracias por regalarme esa magia que me impulsa a escribir

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

VALERIE

Tic, tac. El tiempo se acaba. ¿Sabes que te quiero, verdad? Lo hice por ti. Todo lo que ha pasado entre nosotros no es más que un mal sueño. Perdóname. Eso es lo que gustaría decirle, pero no. Ya no puedo. Arriesgaste demasiado y saliste perdiendo, ambos lo hicimos.

En esa isla perdida en medio del océano Índico parecía tan real. Todo lo que vivimos, tus besos, esos que mi mente jamás fue capaz de borrar. Y esos ojos azules capaces de romperme en dos. Pero ya no hay tiempo. No hay tiempo para los dos. No puedo mirar atrás. Es ahora o nunca.

– Esto es entre tú y yo, Valerie. – Me dice en un intento por hacerme entrar en razón.

– ¿Te crees que no lo sé?

– Debes hacerlo. – Me apremia jadeante.

– No puedo. – Enuncio entre lágrimas. – No puedo, joder.

– Valerie, mírame.

Nuestras miradas se quedan atrapadas en un instante que se vuelve eterno. Veo su dolor. Siento la sangre brotar de sus heridas como si estuviesen en mi propio cuerpo. Somos uno. Siempre lo hemos sido.

– Es la hora, lo sabes. Por favor. – Insiste una vez más.

Se escapa a mi control.

– Te quiero. – Pronuncio entre sollozos y casi sin respiración.

– Lo sé.

Echo un vistazo al arma que sostengo entre mis manos temblorosas. Tic, tac. El momento ha llegado.

– Hazlo.

Cierro los ojos con fuerza, aprieto el gatillo y disparo. Una, dos, tres veces.

– ¡AAHHH! – Chillo dejando caer la pistola y derrumbándome en el suelo.

Siento ganas de vomitar. Me cuesta respirar. Alguien apoya una mano sobre mi hombro, y ese leve gesto me sobresalta. Entonces, una voz susurra a mi espalda.

– Valerie, ¿qué has hecho?

Dios. ¿Qué he hecho? De pronto, todo vuelve al punto de partida. Tic, tac. Se acaba el tiempo.

– No tenía opción. Yo no…

CAPÍTULO 1

VALERIE

El inspector me observa igual que a un animalillo indefenso. Él es el cazador, tiene las de ganar y lo sabe. Lo noto en su mirada de superioridad, en la tensión de sus manos apoyadas sobre la fría mesa de metal. Está analizándome. Sabe que miento. Pero no puedo contarle la verdad. No puedo. Jamás me creería. Ni él, ni nadie. El más mínimo error puede pasarme factura, pero a estas alturas ya me da todo igual. Cuando no te queda nada más que perder, empiezas a ver las cosas de manera diferente. Miles de preguntas sin respuesta inundan mi mente. ¿Qué narices hago aquí? ¿Cómo he llegado a este punto? ¿Soy culpable? Entrelazo mis dedos encima de la mesa y le sostengo la mirada un buen rato en un acto de provocación casi demasiado temerario.

– Señorita Soyers, creo que debería colaborar un poquito más si realmente desea demostrar su inocencia. – Intenta hacerme entrar en razón.

Lo dice por Royce. Sé que lo maté. Él lo sabe. Hay demasiados testigos. Yo disparé y no me arrepiento.

Le veo caer lentamente sobre esa mesa, arder en llamas y no siento ni el más mínimo remordimiento. Uno, dos, tres disparos. Sus últimas palabras retumban en mi cabeza: «Jódete puta».

– Ya se lo he contado todo. – Respondo con desdén a la enésima pregunta y me encojo hombros.

– Me parece que no. Tenemos un cadáver y un hombre desaparecido. – Busca presionarme.

No puedo evitar sonreír al escuchar la palabra. Royce está muerto, algo bueno tenía que haber en este infierno. Recuerdo lo que sentí en el momento en el que apreté el gatillo. Adrenalina. Ni siquiera lo pensé. Ese cabrón me ha destrozado la vida.

– Varios testigos aseguran que usted disparó al señor Donovan. ¿Puede decirme por qué lo hizo?

Niego con la cabeza y el inspector aprieta los labios en una mueca indescifrable. Le estoy sacando de quicio, lo sé. Se le nota demasiado.

– Señorita Soyers, está poniendo a prueba mi paciencia. – Me advierte en un tono algo menos amable.

– No tiene ni la más mínima idea de lo que era capaz… – Comento rememorando todo lo que ocurrió en Las Seychelles.

No me atrevo a continuar. Recordar a Savannah sigue resultando demasiado doloroso.

– ¿Qué pretendía entonces? ¿Vengarse de él?

Rompo a reír de manera descontrolada.

– ¿Vengarme? ¿De verdad?

– De acuerdo. – Suspira bastante cansado con mi actitud. – Le daré unos minutos para que reflexione.

Le observo ponerse en pie y salir de la habitación dejándome sola tras varias horas de infructífero interrogatorio.

Sin embargo, tengo la impresión de que no se dará por vencido tan fácilmente.

Al poco rato, regresa con una bolsa transparente y la lanza sobre la mesa. La reconozco enseguida. Nuestras pruebas. Los vídeos, el móvil y todos los documentos que habíamos recabado contra mi padre.

– ¿Le suena el contenido de esta bolsa? – Me pregunta.

La expresión de mi rostro me delata enseguida.

– Ya veo que sí.

– ¿Qué relación tiene el señor Nicholas Turner con todo esto? Tengo entendido que durante un tiempo fueron pareja, ¿cierto? – Me presiona.

– Nick es inocente. – Salto de inmediato. Y me doy cuenta de que he cometido un gran error.

– Vaya, parece que ya vamos acercándonos a la tecla correcta. ¿Por qué le defiende con tanta vehemencia?

– ¿Qué?

–Seré muy claro, ¿planearon ustedes los asesinatos de Royce Donovan y John Soyers? – Concluye.

– No pienso seguir con esta encerrona. – Le advierto.

– De acuerdo, señorita Soyers, pero debería saber que esto no se quedará así. – Añade a continuación con firmeza.

– Se ha puesto en contacto con nosotros el abogado del señor Harrison Evans, creo que le conoce bastante bien. Por el momento, puede marcharse, pero volveremos a vernos muy pronto. – Asegura en toda una declaración de intenciones.

Me quedo de piedra. ¿Harrison?

El pulso se me acelera. Recuerdo la última vez que le vi. Aquel instante en que nuestras almas se rompieron y ese ruido infernal parecía resonar por todo mi cuerpo. La primera bala recorriendo una trayectoria perfecta hasta alcanzar su pecho. Sus labios bañados por la sangre entreabriéndose una última vez antes de recibir el impacto de un segundo disparo, esta vez en la garganta.

El tiempo se congeló en ese preciso instante. Un último latido, una última sonrisa, las últimas palabras pronunciadas y las que jamás lo serán, grabadas a fuego. La cuenta interminable de momentos, de risas, de lágrimas, de infinitas cosas que quedan por hacer. El maravilloso nudo que une dos almas, roto para siempre.

Creo que grité, no estoy segura. Estaba en shock, y tampoco he tenido tiempo para asimilar todo

lo que ha ocurrido en apenas unos meses.

El dolor, ha dado paso a la rabia. Una rabia intensa que fluye por mis venas y amenaza con quemarlo todo.

Veo su cuerpo desplomarse en el suelo una y otra vez, al igual que en mis pesadillas. Lo revivo cada vez que cierro los ojos. Y Nick no está, ya no está. «¿Dónde narices te has metido?», pregunto mirando a la nada.

CAPÍTULO 2

VALERIE

Hace unas semanas…

El frío me congela el alma mientras apoyo con fuerza las manos en el suelo. Las pequeñas piedrecitas se me clavan como alfileres en las palmas y presiono con tanta fuerza que empiezan a sangrar. Cuando las levanto, siento la tentación de acercarlas al vestido, que ya no es más que un simple trapo. Sangre. Mi sangre.

Me sumo en el caos. Oigo las sirenas a mi alrededor, siento el movimiento de personas que van y vienen, pero estoy paralizada.

«Estás cuerda, todavía no has perdido la cabeza». «Todo irá bien. Ya no pueden quitarte nada más». «Valerie, levántate del puto suelo».

Pero mi cuerpo se niega a obedecer. Puede que el dolor me haya vuelto inmune, puede que ya ni sienta ni padezca.

Alguien me zarandea en un intento por hacerme volverme a la realidad.

– Señorita. – Dice un hombre con notables ojeras y vestido con el uniforme de un hospital de la zona. Debe ser enfermero. Me está hablando. – Señorita, ¿me oye? – Insiste.

Es curioso. Le veo, sé que está allí, parado enfrento mío, pero al mismo tiempo sigo contemplándolo todo desde fuera de mi propio cuerpo. Otra dimensión. ¿A esto lo llaman estado de shock?

– ¿Piensa acompañarla hasta el hospital? Porque tenemos que irnos ya. – Insiste, y curiosamente esas palabras consiguen hacerme reaccionar.

Mi madre. Mi madre está herida. La veo tirada en la camilla, con los ojos cerrados, y la angustia que tanto me hacía esforzado por contener hace acto de presencia. No puedo perder a nadie más. No esta noche.

– Ehh, sí… – Consigo pronunciar entre tartamudeos. – Pero todavía hay gente atrapada dentro. – Trato de explicarle.

– Lo siento, pero ahora mismo no podemos hacer nada. Tenemos que irnos. – Repite.

Vuelvo a buscar a mi madre con la mirada, que ya está instalada dentro de la ambulancia. Y tomo una decisión. Debo hacerlo por ella, soy lo único que le queda.

– Podemos irnos. – Accedo echándole un último vistazo al edificio que sigue en llamas. Nick. Gael. No hice nada. Les dejé entrar. ¿Es culpa mía?

Los bomberos siguen luchando por apagar el incontrolable fuego que ha consumido a Royce. Se

lo merecía. ¿Y mi padre? Ha escapado. Ha vuelto a salirse con la suya. ¿Qué hago ahora?

Actualmente

Contemplo a Isobel Soyers tumbada en la cama del hospital. El ruido que emiten los mil aparatitos a los que está conectada me trae viejos recuerdos. Por alguna razón, me siento como en casa. Todos esos cables conectados a su cuerpo, y el pitido insistente que indica que sigue estable dentro de la gravedad. Eso han dicho los médicos. Se recuperará, aunque de momento se han visto obligados a sedarla. Por suerte, la bala no consiguió tocar ningún órgano vital. Ahora depende de ella salir adelante.

– Hemos intercambiado los papeles, ¿eh? – Le susurro sin saber si realmente puede escucharme.

Las últimas palabras que pronunció antes de desmayarse vuelven a mi mente. Mi madre quería decirme algo. Algo relacionado con Harrison. Pero, ¿qué tiene que ver él con todo esto? ¿Y de qué se conocen?

– Siempre con tus secretos, mamá… Nunca pudiste ser sincera conmigo y mira cómo hemos terminado. – Me lamento intentando contener las lágrimas.

En el fondo, siento que Gael tenía razón. No he sido más que un simple títere dentro del juego de los demás, todos han jugado conmigo a su antojo. Jamás he tenido capacidad de decidir ni mandar sobre mi propio destino. Y ahora me siento sola en medio de un inmenso océano de dudas.

Suspiro y salgo de la habitación dispuesta a tomarme otro café, creo que llevo unos cinco desde que salí de la comisaria hace ya una hora. Ese interminable interrogatorio casi acaba conmigo. Sé que no podré pegar ojo y no me importa, tampoco es que dormir vaya a ayudarme en absoluto.

Recorro el largo pasillo hasta la sala de descanso, donde el nerviosismo puede respirarse en el ambiente. Varias personas, con claros signos de agotamiento y la preocupación grabada en su semblante, esperan recibir noticias de sus familiares.

Cruzo la mirada con la de otra joven pelirroja y noto enseguida que me reconoce. No puede ser. ¿Qué hace ella aquí?

Trato de ignorarla y me centro en mi tarea: sacar un café insípido de la máquina y bebérmelo de una sentada.

– ¿Valerie Soyers? – Mierda. No ha funcionado. Su acento francés me trae malos recuerdos. Y me doy la vuelta, dispuesta a encararme con ella.

– Mira, no quiero parecer borde, pero ahora mismo no es el momento. – Enuncio con brusquedad queriendo escapar de allí cuanto antes.

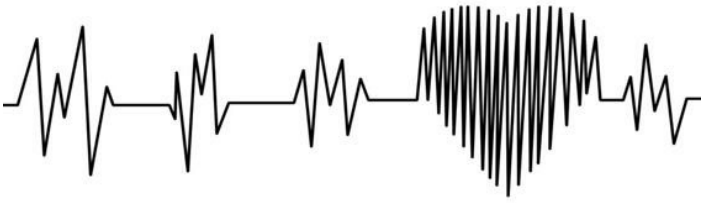
No me gusta llamar la atención, ni mucho menos tener que dar explicaciones.

– ¿Me recuerdas? Soy Camille, la amiga de Gael. – Dice entonces. Claro que sé quién es. La recuerdo en el aeropuerto, se quedó a cargo de Harrison cuando nos fuimos.

– ¿Qué haces aquí? – Busco saber.
La expresión que adquiere su rostro no me gusta en absoluto.
– Puedes soltarlo, lo soportaré. – Le aseguro con un suspiro.
– Me han llamado para reconocer un cadáver. – Suelta de sopetón. –Creen que puede ser Gael.
El móvil comienza a vibrar dentro mi bolsillo y acerco la mano temblorosa para comprobar que la llamada procede de un número desconocido. Descuelgo y espero a escuchar las terribles noticias.
– Señorita Soyers, lamento tener que darle otro disgusto. Hemos encontrado un cadáver dentro del hotel Astoria, donde tuvo lugar el incendio. Creemos que puede tratarse de Nicholas Turner, por la descripción que nos dio, pero necesitaremos que venga a reconocer el cuerpo.
El teléfono se escurre entre mis dedos y termina cayendo al suelo con un golpe seco. Camille intenta agarrarme, pero no llega a tiempo y yo también me dejo caer casi por inercia.
Todos los recuerdos vuelven a mí en un continuo recorrido de imágenes a toda velocidad. Sus ojos. La primera vez que le vi. Sus ocurrencias. Su mal humor. El sabor de sus besos. Y ese primer: Te quiero.



– Te quiero.
– ¿Qué has dicho? – Le pregunto con voz entrecortada
– ¡Qué te quiero! – Repite a voz de grito. – No sé si ha sido tu forma de mandarme a la mierda, o lo insoportable que eres el noventa por ciento de las veces, pero me has cambiado.
Has conseguido que me lata el corazón mil veces por minuto cada vez que te tengo cerca, y que no pueda pensar en otra cosa que no seas tú cuando me alejo lo más mínimo. No había vuelto a interesarme por nada ni por nadie hasta que te conocí.



¿Cómo hemos llegado a esto? ¿En qué momento? Es lo único en lo que soy capaz de pensar, una

y otra vez. La espera se hace eterna, Camille y yo apenas cruzamos palabra de camino a la morgue. Creo que ella tampoco sabe muy bien qué decir.

En mi fuero interno, algo me grita que no puede ser Nick. Pero, ¿y si resulta ser Gael? Justo cuando comenzaba a abrirme de nuevo, se va. Maldita sea, no puedo más.

HARRISON

Comienzo a olvidar su voz. Su tacto. Sus besos. Ya no está, Savannah no está.
Mientras contemplo el montículo de tierra y las piedras que coloqué estratégicamente en forma de corazón, algo me impulsa a levantarme. Valerie me necesita. Tengo que volver a Londres. No puedo permitir que vuelva a ocurrir. Ese desgraciado no volverá a arrebatarme nada más. No la perderé. A ella no. Lucharé por Valerie, cumpliré la promesa que le hice a Savannah. «Por ti. Por nosotros», le digo mentalmente. Doy media vuelta y observo a Camille, que espera pacientemente a una distancia prudencial.
– ¿Estás bien? – Pregunta analizando mi semblante.
Gracias a ella he conseguido recuperarme lo suficiente como para montar en el primer avión de vuelta a casa. Y esta vez no pienso fallar. No estoy muerto. No todavía. Y mientras me quede aliento, haré todo lo que esté en mi mano para cobrarme mi ansiada y merecida venganza. Estoy listo para enfrentarme a la verdad. Estoy listo para volver.
– Nos vamos. – Le aseguro de manera escueta y con la mirada fija al frente. El precioso atardecer, unido al ruido de los pájaros que nos acompañan en la selva, no puede ser más acorde al momento. Un lugar perfecto para descansar. «Adiós, amor mío. Perdóname».

Hace unos meses…

Nada podría estropear este dulce momento de paz, perdidos en medio de la nada. Con ella entre mis brazos. No me ha perdonado, lo sé. Le he hecho demasiado daño. Ojalá pudiera hacerla entender todo lo que significa para mí. Ojalá pudiera borrar todo el dolor. El maldito rastro que Royce dejó en su cuerpo. Borrar los gritos, los reproches, el rencor. Acaricio su suave piel y suspiro, sabiendo que está segura y a salvo entre mis brazos.
– ¿Qué va a ser de nosotros a partir de ahora? – Pregunta rompiendo el incómodo silencio que se había instaurado entre ambos. Parece que me ha leído la mente.
– Si te soy sincero, no tengo ni la más remota idea. – Le respondo reclinándome sobre la manta y desviando la mirada al cielo estrellado. – Ya no me detengo a pensar en el futuro. – Le confieso.
– ¿Y eso por qué?, ¿no te preocupa? – Insiste ella.
– El presente me pone demasiados retos. – Reconozco entre suspiros. Y aparto con suavidad uno los mechones rebeldes que la brisa oceánica se ha encargado de colocar sobre su rostro.
– Siempre tan profundo y gruñón. – Insinúa picajosa tratando de hacerme rabiar.
– ¡Oye…! – Protesto. – Lo de gruñón sobra.

– Si tú lo dices…

No puedo evitar robarle un beso, sentirla contra mi cuerpo. Cerca, tan cerca, como si nada pudiese volver a separarnos nunca más. Ella suspira contra mis labios y lanza un gruñido de satisfacción.

A pesar de lo malo, seguimos aquí, juntos. Savannah se reclina contra mi pecho y de pronto todo cobra sentido.

– Me duele tanto ver a Nick y Valerie así… – Me confiesa. A mi también. No consigo hacerme una idea de lo duro que debe ser que la persona a la que amas ya no te recuerde. No ser más que una página en blanco. Y, pese a ello, Nick nunca ha dejado de luchar por ella. Todo lo contrario a mí, que fui un cobarde y la abandoné cuando más me necesitaba. ¿Qué opinaría Savannah si le dijese la verdad? ¿Reaccionaría igual que Nick? Doy gracias a que la oscuridad que nos rodea es casi completa. No sería capaz de enfrentarme nuevamente a esa dolorosa decepción en sus ojos.

– Sí… – Me limito a asentir. – A mi también.

– Sé que puedes ayudarla.

Joder, no me hagas esto Savannah.

– Me alegra comprobar que tienes bastante confianza por los dos. –Añado preocupado.

– Todo cambiará cuando volvamos a Londres. – Musita casi en un susurro. – Ya nada impedirá que Soyers responda por el daño que ha hecho, y más ahora que Valerie lo sabe todo.

Yo también quiero creerlo, pero no es tan fácil. Todavía hay muchos secretos, demasiados. ¿Cómo podría perdonarme Valerie, si ni yo mismo soy capaz de hacerlo?

– Ojalá fuera tan fácil… – Le digo.

– ¿Lo de ese cadáver no es suficiente? – Inquiere refiriéndose al cuerpo que encontramos en el puerto de la isla de Mahé.

– Tiene demasiado poder. – Le aseguro. Soy incapaz de contener la ira que me embarga al pensar en Soyers, ese cerdo no puede salirse con la suya. No lo hará. – Si tuviéramos la localización exacta de alguno de los laboratorios donde hace sus experimentos sería muy distinto. – Comento exponiendo mis pensamientos en voz alta.

De momento, lo único que tenemos son pruebas sin fundamentos. Triste, pero cierto. No hay nada que relacione a Soyers con todo lo que hemos encontrado, al menos directamente.

– Lo lograréis. – Sostiene confiada Savannah mientras entierra la cara en mi cuello.

– Lo lograremos. – Corrijo haciéndola participe. – Saldremos adelante.

Y es justo en ese preciso momento cuando decido que ha llegado el momento de contarle la verdad. Me armo de valor, y temiendo que su reacción sea incluso peor que la Nick, le confieso mi mayor tormento. Ese que no me deja dormir por las noches y que nos ha traído hasta aquí.

– Savannah, tengo que contarte algo.

Y ella se incorpora de inmediato. Comienzo a sospechar que esto no terminará bien.

– Algo que me he callado durante demasiado tiempo. – Me dispongo a sincerarme por completo.
– Ya no quiero tener más secretos contigo. No ahora que te he recuperado.
– No me asustes, Harrison.
– Sé que desde que nos conocimos te has preguntado acerca del verdadero motivo por el que me he involucrado tanto en todo esto. Y es algo que va más allá del proyecto, de John Soyers…
– ¿A qué te refieres?
Trago en seco. No me salen las palabras.
– Valerie…
– ¿Valerie qué? – Me apremia.
– Valerie es mi hija.

CAPÍTULO 3

VALERIE

Oigo mi nombre y se me hiela la sangre. Me he quedado paralizada. Uno de los expertos forenses sale y cierra la enorme puerta metálica a sus espaldas. Nos contempla a la pelirroja y a mi esperando que alguna de las dos reaccione o diga algo.

Cierro los ojos un momento para armarme de valor y doy un paso al frente.

– Debe saber que el sujeto ha sufrido algunas quemaduras bastante graves, y ese es el motivo por el que se nos ha hecho tan difícil identificarle. – Me explica.

Paso dentro de la enorme sala e inmediatamente me entran unas terribles ganas de vomitar. A mi alrededor solo hay cajones metálicos, donde con seguridad descansan decenas de cadáveres esperando a ser reconocidos.

Me abro paso con cierta torpeza entre las camillas vacías que están perfectamente alineadas, hasta que llegamos a una que no lo está. Todo me da vueltas.

– ¿Se encuentra bien? – Me pregunta amablemente el chico en cuestión. Es joven, apenas tendrá unos 26 años. La misma edad que Nick.

– No puedo… – Es lo único que me veo capaz de pronunciar casi entre lágrimas.

– Serán solo 5 minutos. – Me asegura en un intento por infundirme valor. – Sería de mucha utilidad si reconoce cualquier rasgo que pueda ayudarnos a identificarlo.

Espero que no. Por favor, que sea un extraño. Por favor.

– De acuerdo. Allá vamos. – Me dice a continuación, esperando que yo le dé el visto bueno. En ese momento, acerca su mano lentamente a la sábana blanca y la aparta para dejarme verle el rostro. Exclamo un grito ahogado, y en un acto reflejo me tapo la boca con ambas manos.

Parece dormido, con esos preciosos ojos azules cerrados. Sus labios, esos que me atreví a besar aún cuando estaban prohibidos, morados y sin vida. Gael.

El enfermero espera pacientemente a que me recomponga y le diga algo. Asiento.

– Eh… él tenía un tatuaje.

Y entonces se atreve a bajar un poco más la sábana, hasta la cintura. Las quemaduras me impiden reconocer el enorme león tatuado que le cubría gran parte del pecho y también el hombro. Recuerdo acariciarlo con la punta de mis dedos, asombrada por su belleza.

La exactitud de cada trazo, el sombreado, la feroz expresión del animal y los afilados colmillos listos para desgarrar. Hermoso y violento a partes iguales.

Ahora ya no queda nada. Tiene los brazos y el pecho en carne viva.

Trago en seco y me atrevo a preguntar:

– ¿Se sabe qué le ha pasado?

– Creemos que falleció debido a la inhalación de humo. Debió quedar atrapado en algún momento y poco después las llamas se volvieron incontrolables.

No hay más explicaciones. Estoy condenada. Lo estaba desde un principio, aunque no lo sabía. No hasta que llegué a Las Seychelles. Condenada a perder todo aquello que amo. Savannah. Nick. Gael.

Tengo la necesidad de correr. Huir muy lejos. Escapar de la realidad. Puede que las drogas no estuvieran tan mal. Al fin y al cabo, me evadían. Me anulaban. Y eso es lo único que necesito ahora mismo.

¿A qué demonios te aferras cuando ya no te queda nada? Golpeo las camillas a mi paso, empujándolas como si tuvieran la culpa de mi desgracia. Siento esa angustia que tan bien conozco a punto de abrasarme la garganta.

Empujo la puerta metálica y tomo la primera bocanada de aire en lo deben haber sido los quince minutos más eternos de mi vida. ¿Había dejado de respirar?

Entonces le veo. Mirada cansada, unos ojos marrones que juraría tienen la misma tonalidad que los míos. En su rostro se refleja el dolor que ha soportado estos últimos meses. Harrison.

Está hablando con la chica pelirroja, Camille, pero automáticamente gira la cara al notar mi presencia. Es automático, como si estuviésemos conectados. Y me lanzo a sus brazos.

Por primera vez, me rompo. Dejo que las lágrimas inunden su camisa y me siento en casa. Es extraño, demasiado, pero tampoco le busco explicación.

Después de mucho tiempo, siento que reconozco algo. Siento que estoy a salvo. Por unos segundos.

– Lo sé, cielo. Ahora estoy aquí. Todo irá bien. – Me susurra al oído. Y quiero creerle. Joder, deseo con todas mis fuerzas que sea verdad.

HARRISON

La lluvia golpea con fuerza y en cuanto llegamos al coche ya estamos empapados. Le he ofrecido a Valerie acercarnos a algún lugar más tranquilo para poder conversar con ella.

Tengo claro que este no es el momento para poder contarle la verdad. No está bien. No ha abierto la boca desde nuestro encuentro y lo entiendo. Entiendo que haya tocado fondo, porque no es para menos. Ha tenido que hacer frente a demasiadas cosas en muy poco tiempo.

Carraspeo intentando encontrar las palabras, mientras ella se limita a entrecerrar los ojos, como si escuchar cualquier sonido le doliese.

Me apresuro a entrar al coche, esperando que ella haga lo mismo, pero algo la detiene. La observo alzar la vista al cielo, dejando que el agua poco a poco moje su piel, quizás en un intento por borrar el rastro de lo sucedido en los últimos meses. Lanzo un suspiro, y siento la necesidad de contener la respiración. «Mi pequeña, cuanto dolor has tenido que soportar por culpa de mis errores».

Salgo del coche y me acerco a ella, despacio, con cautela. Tengo que ir con cuidado.

– Valerie… – Me atrevo a pronunciar su nombre.

– No es nada, solo necesito unos minutos. – Me pide. Un trueno sacude el cielo con fuerza y la luz que surge entre las nubes me distrae.

– Sé que ahora mismo estás muy afectada, pero deberías saber que nada de lo que ha pasado es culpa tuya. Has sido víctima de las circunstancias y de la maldad de otros. – Le aseguro.

– Nunca provocaste la furia de tu padre, ni los golpes que le propinaba a tu madre. Tampoco tienes la culpa de las malas decisiones que Isobel haya podido tomar, ni de que optase por refugiarse en el alcohol en vez de protegerte. A ti, que debiste haber sido lo más importante para ella. – Sostengo con rabia.

Valerie fija por primera vez sus preciosos ojos en los míos. Puedo reconocerme en ellos, es de lo poco que nos une. Me mira extrañada, como si no entendiese de dónde he podido conseguir tanta información.

– Harrison, ¿tú crees que estamos malditos? – Pregunta entonces, y me pilla con la guardia baja.

– Cielo, me encantaría decirte que no, pero a estas alturas ya no lo sé. – Reconozco abatido. – Hace tiempo que dejé de entender cómo funciona la vida.

– Yo creía saberlo. – Afirma encogiéndose de hombros. – Solía pensar que si te limitas a seguir tu camino y haces las cosas bien, sin hacer daño a nadie, la vida termina recompensándote. – Añade con la voz rota.

Y, a pesar de la lluvia, puedo notar que un mar lágrimas ha comenzado a descender por su rostro.

– Estoy tan cansada… – Se lamenta entre sollozos.

– Te entiendo, créeme que yo también. Pero tienes que empezar por liberarte de las culpas que te

atormentan. – Le aconsejo.
Casi puedo leerle el pensamiento. Los dos tenemos la maldita manía de atribuirnos la responsabilidad por todo lo que ocurre a nuestro alrededor.
– ¡Es que no puedo entenderlo! – Exclama entre grandes aspavientos. – ¡No puedo! Todavía no he superado lo de Savannah, y ahora Gael... ¡Ni siquiera tuvo tiempo de arreglar las cosas con su hermano!
– Eh, basta. – La reprendo sujetando su rostro entre mis manos. – Has hecho lo que has podido, ¿de acuerdo? Valerie, tú tampoco estabas en condiciones para poder enfrentarte a todo lo que ocurría a tu alrededor. Por eso actuamos de esa manera, lo único que queríamos era ayudarte.
– ¿Tú lo sabías? – Me interroga, y consigo la leer su decepción. –¿Estabas al tanto del plan que tenían Nick y Savannah?
Me limito a asentir. No necesita más.
– Creo que ha llegado el momento de que te lo cuente todo. – Infiero resignado. – Venga, entra al coche.

CAPÍTULO 4

VALERIE

El dulce olor a bizcocho recién hecho inunda mis sentidos en cuanto pasamos dentro de la agradable cafetería de barrio. Harrison divisa una mesa libre y bastante alejada en la que podremos sentarnos a charlar tranquilamente. Estoy empapada de pies a cabeza y la mirada de ciertos clientes al pasar por su lado no me pasan desapercibidas. Tampoco me sorprende; entre las ojeras por no dormir, el pelo desgreñado y la palidez de mi rostro, debo tener un aspecto horrible.

Las circunstancias tampoco han ayudado y comienzo a estar bastante harta. Lo único que necesito es escapar, pero todavía no sé cómo ni a dónde ir. Es una necesidad apremiante que me ahoga.

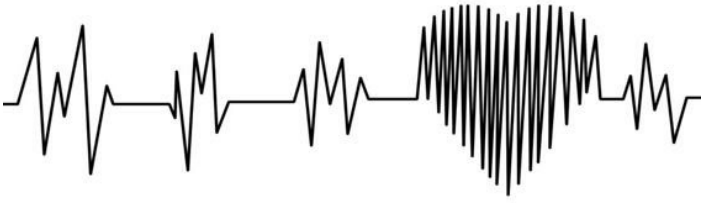
– Valerie, ¿seguro que no prefieres ir a casa a cambiarte? – Me pregunta Harrison con cierta preocupación al recaer en mi lamentable estado.

– No, gracias. – Le respondo mientras me dedico a juguetear con las manos. Lo cierto es que tampoco tengo a dónde ir. Estos últimos meses estuve viviendo en casa de Savannah. Un fuerte dolor me atenaza en la boca del estómago al pensar en ella, en que ya no está. Y Gael tampoco.

Recuerdo los momentos que viví con él. Se empeñó en protegerme, no se despegaba de mí ni a sol ni a sombra. Consiguió enamorarme.

Por mucho que me lo negué a mí misma, ese chico consiguió robarme el corazón, y ahora se ha ido. Se ha ido sembrando un sendero de caos y dolor a su paso.

Nuestra última conversación se presenta en mi mente como un cruel fantasma dispuesto a atormentarme.



Sentada en el sofá, trato de mentalizarme con lo que estamos a punto de hacer. Esta noche mostraremos al mundo las atrocidades de las que es capaz John Soyers, mi padre. Me avergüenza llevar su apellido, siento asco al contemplarme en el espejo, vestida de gala, igual que una muñeca. El impresionante vestido de seda azul se desliza por mis curvas, el pelo

peinado en suaves ondas me cae sobre los hombros. No estoy lista. No lo estoy.

Gael entra a la estancia con paso decidido y fija sus penetrantes ojos azules en los míos.

– Val… Tenemos que irnos. – Me dice. Y yo comienzo a temblar, lo que no le pasa desapercibido.

– Puedes hacerlo, ¿vale? – Comenta acercándose a mí poco a poco. Me tiende la mano y yo acepto de buena gana su ayuda para ponerme en pie.

– Estás espectacular, nena. – Me susurra al oído y no puedo evitar sonrojarme.

– Ojalá pudieras ver lo jodidamente sexy que estás en este mismo momento. – Prosigue acariciándome con ternura el brazo, y su toque consigue erizarme la piel. No encuentro explicación para este fuego que ya me recorre por dentro. En poco tiempo, Gael ha llenado ese vacío que tenía en el pecho. Con él me siento en paz, siento que estoy en un lugar seguro. Y eso es quizás lo que más me preocupa, porque implica traicionar a Nick. No debería desear a Gael. No puedo. Y, sin embargo, lo hago.

Sus dedos me queman, sus labios me abrasan y hacen sentir viva. Sensaciones que solo su hermano había conseguido despertar en mí.

– No huyas de mí, Valerie. – Dice apoyando su frente contra la mía. Y una lágrima resbala por mi mejilla. – Sabes que puedo darte más que él, lo sabes.

Sus palabras me impactan y atraviesan como alfileres. Duele joder, duele. Ahora mismo no puedo decidir, no sé lo que quiero. Amo a Nick, creía amarle. Pero ya no estoy segura de nada. Gael ha despertado otra faceta en mi interior que creía dormida, una faceta en la que no existe el miedo. Una faceta llena de confianza.

– No es justo… – Me atrevo a responderle. – No es justo para Nick.

– ¿Y qué importa? – Insiste sujetando mi rostro. – ¿Con quién estás ahora mismo?

Estás aquí, conmigo. Y sabes mejor que yo que… –Alega bajando lentamente la mano hasta mi pecho. – Late por mí, Valerie. Tú corazón late por mí. Lo siento. A mí no puedes mentirme. Noto lo que sientes, huelo tu miedo… – Murmura contra mis labios.

Suspiro casi sin aire y con el pulso acelerado. Miro su boca, que incita a besarla. Su musculoso cuerpo, que ya he disfrutado y sentido contra el mío. Claro que lo sentí. Ahora mismo solo puedo pensar en sus brazos por todo mi cuerpo, la pasión, el desenfreno y la química que se ha desatado entre los dos.

– Gael… – Jadeo de manera entrecortada.

– ¿Qué quieres, nena? Dímelo y te lo doy. Soy todo tuyo.

– Yo… – Trago en seco. – Te deseo, siento lo que hay entre los dos. No consigo explicarlo, pero existe y es fuerte. Más de lo que me gustaría.

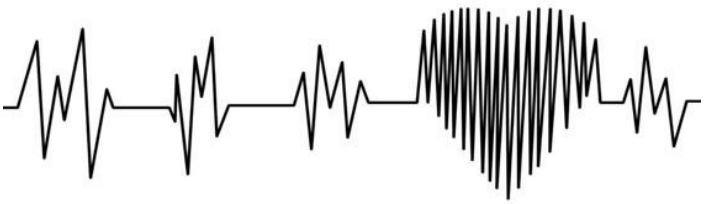
– ¿Entonces? – Busca saber atrapándome en el mar de sus ojos. Trata de leerme, leer mis intenciones, sabe lo que despierta en mí. Y se atreve a besarme, fundir mis labios con los suyos.

El mundo a nuestro alrededor desaparece y noto su calidez. Lo siento todo. El tacto suave y duro, su lengua juguetona y rebelde aprisionando la mía en una batalla sin fin. Le deseo. No puedo ponerle nombre, tampoco debo. Las chispas que surgen con su roce amenazan con electrocutarme y me hundo entre sus brazos, como si fuera de juguete y estuviera hecha a su medida. En un mundo más allá, donde solo existimos nosotros. Entonces, su imagen viene a mi mente.

Las lágrimas comienzan a caer de manera desenfrenada por mi rostro y ni siquiera me preocupa que puedan emborronar el maquillaje.

– Nick… – Murmuro contra su boca.

– Lo sé… – Suspira resignado. – Siempre ha sido él. Pero te aseguro que no suelo darme por vencido tan fácilmente. Haré que te lo replantees todo. – Me promete en toda una declaración de intenciones.



Vuelvo a la realidad de golpe cuando la camarera se acerca a preguntarnos qué vamos a tomar. Yo niego con la cabeza haciéndole ver que no quiero nada y Harrison opta por unas tortitas y un café.

Una vez se ha marchado con la comanda, le presto toda mi atención y espero a que sea él quien rompa el silencio.

– Valerie, creo que hay ciertas cosas que deberías saber. – Se lanza a decir.

– Tú dirás. – Le animo sin saber muy bien qué esperar.

– Para empezar, quiero pedirte perdón.

Eso me sorprende. ¿Perdón? ¿A mí? ¿Por qué? La expresión extrañada de mi rostro le lleva a seguir con su discurso.

– Conocí a Nick hace dos años, casi al mismo tiempo que tú. – Me explica, y eso sí que consigue pillarme por sorpresa.

La primera vez que vi a Harrison fue en el bungalow de Las Seychelles, donde me tenían encerrada, y lo poco que sé de él es gracias a Savannah.

Hasta ahí alcanzan mis recuerdos. Sé que ella estaba muy enamorada, y también que le hizo daño al abandonarla. Pero no tenía ni idea de que Harrison conociese a Nick de antes, es lo último que me esperaba. La red de mentiras que han tejido a mi alrededor parece no tener fin.

– Llegamos a un acuerdo porque teníamos intereses en común. – Agrega tras una breve pausa.

– Mi padre. – Adivino enseguida. John Soyers siempre tiene que estar por medio. Siempre.

Cuando pronuncio esa palabra, Harrison frunce el ceño, casi como si hubiese proferido un insulto. ¿Le molesta?

– De hecho, yo trabajé para… – Se detiene pensativo antes de continuar. – tu padre. Ambos estuvimos involucrados en el desarrollo de un nuevo proyecto innovador. El BKL289.

Siento ganas de vomitar, porque ya comienzo a hacerme una idea de por dónde pueden ir los tiros. ¿Harrison estaba al tanto de lo que hacía mi padre? ¿Y no hizo nada para pararlo?

– No me juzgues, por favor. – Añade enseguida. Ha podido leer el rencor y la sospecha en mi mirada.

– Intenté pararlo, me negué a colaborar con él cuándo entendí la magnitud de la monstruosidad que pretendía crear.

A día de hoy, ni yo misma consigo entender qué pretendía conseguir mi padre. ¿Todo por dinero? ¿De verdad eso es lo único que le motiva?

– Control mental, me parecía una completa locura. Nunca pensé que fuese capaz de…

– ¿Probarlo con su propia hija? – Apunto con una sonrisa mordaz. – Soy la prueba viviente de que la ciencia existe. – Repito recreando las mismas palabras que pronunció durante su maldito discursito.

– Lo siento mucho, Valerie. – Me asegura, y percibo la sinceridad en sus palabras. – De corazón.

Trata de apretarme la mano por encima de la mesa, pero la retiro antes del contacto. Ya no sé si puedo confiar en él.

HARRISON

El leve gesto de rechazo de Valerie me afecta más de lo que pudiese reconocer, pero me veo obligado a fingir. No es el momento para contarle qué es lo que nos une realmente. El verdadero motivo por el que estoy sentado a esta mesa con ella. Solo quiero protegerla, saber que está bien y a salvo. No puedo esperar que me acepte como su padre, no después de tantas mentiras.

Carraspeo intentando encontrar la voz para continuar. Ella es demasiado inteligente. Sabe que me pasa algo, así que debo esforzarme por parecer indiferente. Por suerte, la camarera aparece justo en ese momento con nuestro encargo y me da tiempo a recomponerme. Coloca las tortitas y el café sobre la mesa, y yo los desplazo hacia Valerie. Ella me mira confundida.

– Tienes que comer. – La reprendo. – Estás demasiado delgada.

Y es cierto, se hace muy notable la perdida que peso que ha experimentado a raíz de todo lo que ha vivido estos últimos meses. Parece una sombra de sí misma. Ya no reconozco a aquella niña de sonrisa perpetua y ojos color caramelo que conseguían iluminar todo a su alrededor. Su mirada se ha ensombrecido bajo las ojeras, también por el cansancio. Su tez luce incluso enfermiza debido a la palidez. Por no hablar de sus labios agrietados. Su luz se ha apagado y siento el peso de la culpa por haberlo permitido.

– No soy capaz de probar bocado. – Me asegura rechazando de pleno el delicioso plato. Y se muestra decidida a seguir con nuestra conversación.

– Entonces, ¿qué os une a Nick y a ti exactamente? – Pregunta yendo directa al grano.

– Después de todo lo que descubrí sobre el BKL289, tomé la decisión de abandonar el proyecto.

– Le aclaro. – Aunque John no estaba dispuesto a dejarme tranquilo ni mucho menos.

– Conociendo a mi padre, no me sorprende. – Comenta ella. Y yo asiento.

– Fue ahí cuando el destino me unió a Nick, que también parecía tener ciertas cuentas pendientes con él.

Valerie permanece pensativa, como si le costase procesar toda la información.

– ¿Nick trabajaba para él, verdad? – Apunta encajando todas las piezas.

– Así es. – Le confirmo. – Teníamos el mismo enemigo en común.

– Me mintió desde el principio. – Sentencia dolida, y comienza a pasarse las manos por el pelo en un acto de desesperación. – Estuvo jugando conmigo todo ese tiempo.

– Nick te quería. – Le aseguro. – Tuvo la mala suerte de tener una adolescencia problemática y de toparse con tu padre por el camino, pero en el fondo siempre ha luchado por ti. Le importas.

– Oh, vamos… – Replica molesta. – Si me hubiese querido, jamás se habría prestado a hacer algo así.

– ¿A qué te refieres?

– Mentir, engañarme de esa manera… – Enuncia con seguridad perdiéndose en sus recuerdos.

Eso capta mi atención.

– Valerie, ¿acaso has recordado algo? – Inquiero esperanzado. Si ha empezado a recordar, puede que todavía haya una oportunidad para que recupere la memoria por completo. Ella baja la mirada contrariada, sin saber muy bien qué responder.

– Puede que sí, no lo sé. A veces me vienen imágenes a la mente, pero me cuesta mucho diferenciar lo que es real y lo que no.

– Sea como sea, es un gran avance – Celebro entusiasmado, quizás más de la cuenta. Y ella se encoge de hombros. – Es muy buena señal que sigas recordando.

– ¿Por qué? Mi cabeza sigue igual de rota, como un maldito rompecabezas que jamás podré recomponer. – Afirma indiferente.

– No seas tan dura contigo misma, cada recuerdo implica un paso en la dirección correcta. De hecho, sigo dispuesto a ayudarte si me lo permites. – Le ofrezco.

– ¿Quieres convertirme otra vez en una cobaya de laboratorio? – Se lamenta. – Porque creo que ya he tenido suficiente.

– Claro que no, Valerie. Quiero que puedas volver a ser tú misma, a sonreír. No somos nada sin nuestros recuerdos, ¿sabes? Tan solo una hoja en blanco.

– Dímelo a mí… – Refunfuña.

CAPÍTULO 5

VALERIE

Lo he recordado, el momento exacto en el que me partió el corazón. Me mintió, jugó conmigo y durante todo ese tiempo había estado trabajando para mi padre. Me utilizó. Los papeles en la cómoda, con toda esa información... Nick me estuvo espiando durante meses.



Su rostro palidece de golpe y adquiere una expresión de pura consternación.
– ¿Cuánto tiempo pensabas seguir burlándote de mí? – Inquiero furiosa dirigiéndome de vuelta al dormitorio, donde mi ropa sigue desperdigada por el suelo. La apremiante necesidad de taparme le puede a todo lo demás, lo último que necesito es estar en ropa interior delante suya.
Nick me contempla impasible mientras termino de abrocharme la falda.
Y, llevado por la desesperación, decide cometer el peor error de su vida: tocarme. Su cara se contrae en un gesto de dolor cuando le doy la bofetada que tanto se merece, pero no me alivia en absoluto.
– Nunca más, ¿me oyes? – Le advierto implacable. – Ni siquiera soporto tenerte cerca.



¿Cómo fue capaz de hacerme algo así? Yo confiaba en él. Y, lo peor, es que ha seguido utilizándome aún después de perder la memoria. Debería haberme dejado en paz, seguir con su camino y olvidarse de mí. Pero no, tenía que tenerme a su lado a toda costa, como un maldito trofeo. ¿Qué pretendía demostrar? ¿Cuál era su intención? ¿Darle una lección a John Soyers?
– Lo hizo por puro egoísmo. – Acierto a pronunciar todavía perdida en mis recuerdos. Harrison se muestra muy sorprendido con mis palabras, y tampoco sabe bien cómo reaccionar. Ha intentado defender a Nick, pero es en vano. No está de acuerdo conmigo, pero a estas alturas

tampoco es que importe demasiado. Ni siquiera sabemos si Nick sigue vivo. ¿Y si ha corrido con la misma suerte que su hermano? Un escalofrío me recorre de pies a cabeza ante esa idea.

– Valerie… – Pronuncia Harrison con cautela. – ¿Qué es lo que realmente te molesta de Nick?

Casi rompo a reír. Me ha mentido, jugado con mis sentimientos, aprovechado de mi falta de memoria y… ¿pactado con mi padre?

– Claro que ha cometido errores, pero he visto a ese chico sufrir y luchar por ti como nadie. – Añade.

– ¿Por qué le defiendes tanto? – Inquiero cada vez más intrigada.

– No le defiendo. Simplemente sé de lo que hablo. Yo también me he equivocado con Savannah…

Se le entrecorta la voz y el nudo en el pecho aprieta con más fuerza que nunca.

– Creo que no es el momento. – Le interrumpo. No puedo hablar de Savannah. No ahora. Duele demasiado.

– Tienes razón, no es el momento. Pero no siempre contamos con el tiempo que nos gustaría para poder arreglar las cosas. Nosotros ya no tendremos esa oportunidad. Nuestro reloj se ha detenido para siempre. Pero tú y Nick, vosotros aún podéis… – Sostiene con la voz entrecortada.

– ¿Qué quieres decir?

Harrison extiende lentamente su mano y busca mi aprobación antes de apoyarla sobre la mía, que descansa encima de la mesa. Su tacto cálido me transmite calma. Quiere hacerme entender que está de mi lado, que me apoya, y yo se lo agradezco.

– Búscale. Sabes dónde encontrarle. – Me aconseja.

¿Nick está vivo? No entiendo nada. ¿Consiguió escapar del incendio? Lo único que tengo claro es que ahora mismo no soy capaz de lidiar con nada más, ni siquiera conmigo misma.

Siempre he querido creer en las oportunidades, en que habría algo más… pero ¿y si no? ¿Y si estábamos condenados desde el principio? Condenados a perdernos, condenados a fracasar en el intento una y otra vez. Puede que hacer el bien no sirva de nada en un mundo tan malvado y retorcido.

VALERIE

No sé por qué he venido hasta aquí. Puede que sea una corazonada, pero algo me anima a subir hasta el tercer piso y abrir esa puerta.

Parada en el rellano, una oleada de recuerdos me invade. Yo. Él. Las cicatrices de mi espalda. Una taza de té humeante haciéndose añicos en el suelo. Su sonrisa, sus brazos rodeándome mientras jugábamos a ser perfectos. Lo sentía. Era real. Y ahora ya no está. Nick no está. Savannah tampoco. ¿Qué demonios voy a hacer?



Estoy helada. Tiemblo de pies a cabeza mientras espero agazapada a que me abra la puerta. Le necesito. Sé que es aquí donde debo estar.

Cuando por fin oigo unos pasos lejanos acercándose, y el posterior ruidito de la puerta al abrirse, me bloqueo. Bajo la mirada avergonzada, voy descalza. He huido de casa y no me ha importado nada, ni siquiera llevarme unos malditos zapatos.

Pasado un breve momento, me armo de valor y alzo la vista para encontrarme con el imponente metro noventa de estatura de Nick. Me contempla desconcertado, aunque al mismo tiempo también puedo notar su preocupación. No da crédito a lo que está pasando, incluso se frota los ojos varias veces, quizás para confirmar que no se trata de un simple sueño.

Es entonces cuando decido encerrar en un cajón lejano de mi mente todos esos pensamientos y me atrevo a lanzarme directamente a sus brazos.

– Ey, tranquila... – Murmura para tranquilizarme. – Estoy aquí, contigo.

– ¿Alguna vez has tenido la sensación de estar helado? – Le pregunto. – Helado de verdad, por dentro, como si nada pudiera volver a hacerte entrar en calor nunca más. – Confieso tratando de liberarme de la presión que me aplasta de manera implacable.

– Yo me siento así y quiero que pare, Nick. Necesito que pare. – Le imploro desesperada, como si él fuese capaz de poner fin a todo el ruido que me empaña la mente.



Inspiro hondo. Sostengo la llave con fuerza entre mis dedos y me replanteo una vez más si debería dar el paso. Nick me las dejó por si las necesitaba en algún momento, pero en el fondo no tengo ni idea de qué demonios hago aquí. Es absurdo. Ridículo. ¿Qué espero encontrar?

Hurgar en mi pasado. ¿Para qué? Ellos no están. Todo se ha terminado. Pero todavía siento la necesidad de seguir a mi instinto. Harrison me dijo que sabría dónde encontrarle. Tiene que ser aquí. Mi refugio.

Me armo de valor, introduzco la llave y abro la puerta. Recorro con sumo cuidado, casi con miedo, la primera estancia: el salón.

Contemplo la encimera, recuerdo la tensión de ese primer encuentro.

Sus ojos azules fijos en los míos, sus labios tan cerca que debía contenerme para no morderlos. Y también nuestra última conversación.



A veces, cuatro paredes encierran más de lo que cabe esperar. Yo vivo en una tortura constante. Aunque me joda, no hay un solo día en que no te haya imaginado allí plantada, justo al borde de la cama.

Pero entonces vuelvo a la realidad y te desvaneces, tal y como debe ser.



Un movimiento capta mi atención de inmediato y me pone en alerta. ¿No estoy sola? Entonces

caigo en que la puerta del dormitorio está entreabierta. Susurros. Un paso, dos, tres…
Me asomo y los encuentro en la cama. Una chica rubia y menuda descansa plácidamente entre los brazos de Nick. Están desnudos.
Ella me lanza una mirada llena de compasión, tristeza. La observo bien, no tiene la típica belleza que corta la respiración, pero algo invita a que le prestes atención. Nariz pequeña, perfecta, casi de muñeca, labios carnosos y unos ojos marrones muy profundos. Lo que me faltaba.
Nick ni siquiera se muestra sorprendido al verme, incluso parece estar disfrutando. Debe ser una broma. Eso, o estoy dentro de una jodida simulación. Nada tiene sentido.
– Lo siento, yo… – Pronuncio avergonzada rompiendo el incómodo silencio. ¿Es ahora cuando se abre un agujero en la tierra y me traga? – Ya me voy, esto ha sido un error. – Sostengo atropelladamente dispuesta a escapar cuanto antes.
«Joder, Nick. Menudo luto me has guardado», pienso para mis adentros. Sé que lo nuestro estaba muerto, pero encontrármelo en la cama con otra era lo último que esperaba. «Por lo menos está vivo», me grita la conciencia desde la escasa cordura que me queda.
Y salgo de allí corriendo con la esperanza de que las drogas que me han suministrado me hayan vuelto loca. «Esto es un sueño. Una broma. Debe serlo», me repito.
Pero antes de que pueda salir huyendo, su profunda voz me detiene en seco. Y, joder, siento alivio. Alivio por saber qué está bien, a salvo. Por volver a escuchar su voz, esa que me hacía estremecer. Pero, ¿por qué me duele el pecho de esta manera? «Ni se te ocurra llorar, Valerie», me ordeno a mí misma.
– ¿Se puede saber quién te ha dado permiso para entrar a mi casa? – Me increpa saliendo medio desnudo de la habitación. No puedo evitar fijarme en su impresionante físico, los marcados abdominales y esos fuertes brazos que tantas veces me han sostenido. Puedo sentir sus bíceps contraerse mientras me hacía el amor. Sin poder evitarlo, recorro despacio con la mirada su cuerpo de arriba abajo. La enorme gasa que le cubre buena parte del pecho y el brazo derecho capta mi atención.
–¿Qué te ha pasado? – Le pregunto centrándome en ese último detalle, quizás porque ahora mismo no soy capaz de procesar nada más.
– El incendio, ¿recuerdas? – Me dice con cierto desdén. Percibo tanta rabia contenida entre ambos, que cualquier mínima chispa podría hacernos explotar.
– Al menos te has tomado la molestia de ponerte unos calzoncillos. –Advierto irónica volviendo a recorrer su cuerpo una vez más. Pese a todo lo que ha pasado, sigo sintiendo esa atracción magnética que me arrastra irremediablemente hacia él. Hace apenas unas semanas juraba amarme, era a mí a la que tenía en su cama. No ha tardado ni dos segundos en cambiarme por otra.
– ¿Acaso quieres verme la polla? Porque si lo prefieres puedo quitármelos. – Alega en respuesta

haciendo ademán de desprenderse de su ropa interior. ¿A qué demonios está jugando? ¿Tan pronto se ha olvidado de sus promesas de amor? En el fondo, ya me lo había advertido:
«Es mi turno de hacer borrón y cuenta nueva. Y, esta vez, ninguna pastillita de mierda podrá hacer nada por revivir lo que ya está muerto».
Encontrarme con Gael y descubrir que había comenzado a sentir algo por él sentenció nuestra relación. ¿En qué momento se me ocurrió la brillante idea de venir? ¿Por qué decidí hacerle caso a Harrison? «Ya tienes lo que buscabas, Valerie. Enhorabuena». Y, pese a ello, sigo allí plantada frente a él como un pasmarote.
–Siento haber venido, de verdad. – Vuelvo a disculparme antes de dar media vuelta y perderle de vista. Lo único que necesito es enterrarme bajo unas sábanas y no volver a salir jamás. Contemplo las llaves que todavía sostengo en mis manos y decido dejarlas sobre la encimera. Ya no me hacen falta, igual puede dárselas a su nueva amiguita.
– ¿Se puede saber que pretendías viniendo aquí como si nada? – Sus ojos me fulminan. Dios, creo que nunca le había visto esa expresión. ¿Me odia?
– No lo sé. – Le reconozco. – Lo cierto es que no sé qué hago aquí, porque queda claro que ya no pinto nada en tu vida. Pero, eh, me alegro de que estés bien. – Sostengo dolida. – Desapareces en medio de un maldito incendio, recibo la llamada de la morgue informándome de que podrías estar muerto, ¿y esto es con lo que me encuentro? – Le reprocho. – ¿Me hablas de tu polla y me restriegas que ya te has follado a otra? Estupendo.
– Sí, la verdad es que he tenido suerte. – Responde completamente impasible. No le importa el daño que me está causando. – Sobre todo, teniendo en cuenta he vuelto a jugármela por ti y casi me cuesta la vida. – Sentencia demoledor.
Tiene el valor de echarme en cara lo que le ha pasado. Sus palabras me atraviesan como dagas y me dejan noqueada.
– ¡Yo no te pedí que volvieses a entrar en ese maldito edificio en llamas! – Estallo furiosa.
– Claro que no, lo hice por Gael. Olvidaba que es lo único que te importa. – Me ataca. – ¿Dónde está, eh? ¿Logró salir? – Enuncia con fingida inocencia. Se está burlando a propósito del hecho de que su hermano esté muerto. – ¿Dónde está Gael, Valerie? – Insiste en provocarme.
– ¿Cómo puedes ser tan cruel? – Le espeto incapaz de controlar el torrente de lágrimas.
– Claro, perdona… Me imagino que ya has visto su bonito cadáver carbonizado. – Alega despiadado, y ya no consigo reconocer a la persona de la que alguna vez estuve enamorada. – Venga, no llores. Seguro que muy pronto encontrarás a otro.
– Igual que tú a... – Replico consumida por la rabia y los celos.
– Abril. – Me confirma el nombre de la chica. – No me puedo quejar, la tía es bastante buena en lo suyo. Incluso diría que mejor que tú. Al menos ella es capaz de recordar lo que hizo ayer.
Eso termina de cabrearme y tengo claro que no pienso aguantar ni un desprecio más.

– Tienes razón, Nick. Puede que todavía no haya recuperado la memoria, pero no lo necesito para darme cuenta de lo capullo que puedes llegar a ser. Y, ¿sabes qué? ¡Ojalá te hubieses quemado tú en ese puto incendio! – Sentencio antes de marcharme con la dignidad por los suelos y el alma hecha pedazos.

NICK

– ¿Por qué lo has hecho? – Pregunta Abril. Me giro y la encuentro saliendo de la habitación apenas tapada con las sábanas en las que acabamos de hacer el amor. Se las ha enrollado de una manera muy graciosa. Es un poco más alta que Valerie, pero también cuenta con unas curvas y unos pechos algo más exuberantes. Aunque me joda admitirlo, jamás podría sentir lo mismo. Ni la mínima parte. Abril lo sabe, he sido bastante sincero con ella. Podemos divertirnos, claro, pero por su bien espero que no llegue a hacerse ilusiones. No podría corresponderle. Ni a ella ni a nadie. Valerie fue la única a la que entregué mi corazón, le di todo de mí y lo hizo pedazos. Ahora, me conformo con recoger los pedazos del suelo. Sé que me he portado como un auténtico cerdo, el ego me ha podido. Pero es mejor así, prefiero que me odie. Así debió ser desde un principio. Cometí el error de enamorarme como un imbécil de Valerie Soyers, y eso casi nos cuesta la vida a ambos. Ha llegado el momento de volver a la realidad y reconocer que hemos tocado fondo.

Abril fija sus preciosos ojos marrones en los míos con suspicacia. Me recuerdan al otoño. Me gusta lo que encuentro en ellos, aunque no sea precisamente aquellos en los que espero verme reflejado cada mañana. «Pienso arrancarte a la fuerza, Valerie. Cueste lo que cueste», me prometo en silencio.

– No me mires así. – Le advierto a Abril. – Me estás juzgando y no me gusta.

Lo ha escuchado todo y ya debe estar arrepintiéndose de haberse acostado conmigo.

– ¿Juzgarte? – Apunta con cierta ironía mientras va acercándose lentamente. Por el camino se desprende de las sábanas y se queda completamente desnuda. Trago en seco. Observo sus turgentes pechos, los pezones sonrosados que hace escasos momentos me he dedicado a mordisquear sin piedad y desciendo lentamente por su abdomen tonificado. Tiene un cuerpo de escándalo y lo sabe, por no hablar de ese culito perfecto que invita al pecado. No cabe duda de que Abril sería capaz de robarle la razón a cualquier hombre, sobre todo con esa personalidad tan atrevida. Pero, una vez más, caigo en la cuenta de que no es ella. No es Valerie. Nunca lo será. Mierda.

– Jamás se me ocurriría… – Susurra seductora pegando su cuerpo al mío. Yo respondo sujetándola con ansia por las caderas.

– Se lo ha buscado al presentarse aquí sin avisar. – Me excuso mordisqueándole el lóbulo de la oreja. He descubierto que es su punto débil.

– Nick… – Agrega de pronto poniéndose seria y mirándome fijamente a los ojos. – Ella no se lo merece.

Yo suspiro y me aparto lo suficiente como para poder verle bien la cara.

– Lo sé, pero es lo que tenía que hacer. – Me reafirmo.

– Valerie cree que Gael está muerto. ¿Por qué no le has dicho la verdad?

No me gusta que me interroguen, pero Abril no está dispuesta a dejarlo pasar. Lo cierto es que no puedo negarle nada. Ella ha sacrificado demasiado viniendo hasta Londres y sin pedirme nada a cambio. Desde el primer minuto que nos encontramos en aquel búnker, se ofreció a ayudarme. Ni siquiera sé en qué momento una cosa nos llevó a otra y terminamos en la cama. Yo estaba muy cabreado con lo de Valerie y Gael, y Abril era la única que estaba ahí para levantarme. Se lo debo.

– Porque eso implicaría cargarnos el plan. – Le aclaro contundente.

Hace unas semanas…

John Soyers sube al escenario ataviado con su elegante traje de Massimo Dutti. Sonriente, triunfal. Se cree invencible, por encima del bien y del mal. Un dios que se dedica a jugar con vidas inocentes, incluida la de su propia hija. No se detiene ante nada. Siento asco y repulsión, pero ya estamos tan cerca del final que no es momento de mirar atrás o lamentarse. Después de la gala, todo explotará por los aires. Durante la fiesta, sus crímenes quedarán al descubierto y todos podrán ver quién es realmente. Siento la adrenalina fluir a través mis venas a una velocidad casi alarmante. Queda poco, muy poco. Pagará por esas muertes. Pagará por lo que le hizo a Savannah. Y a ella. A Valerie, el amor de mi vida que ahora camina del brazo de otro. Resulta tan irónico que ese otro sea mi hermano. Gael y yo tenemos muchas cuentas pendientes y en algún momento nos tocará saldarlas.

La observo detenidamente, está realmente preciosa con ese impresionante vestido de seda azul que se ajusta a sus curvas e invita a soñar. Pero camina de su brazo, de esa copia barata. Joder, ¿por qué demonios todo tiene que ser tan complicado entre nosotros? No lo entiendo. Se suponía que el amor era la asignatura fácil. Encuentras a alguien, te enamoras y de repente todo cobra sentido y esas mierdas. En nuestro caso, somos la excepción a la regla. Un puto desastre sin remedio. Un auténtico caos que ninguno de los dos nos atrevemos a solucionar.

Y aquí estoy yo, escondido, mientras dejo que otro me robe lo que más amo.

Aunque, si lo pienso bien, puede que Valerie jamás fuese mía. Puede que estuviéramos destinados a perdernos desde el principio. La melena peinada en suaves ondas le cae sobre los hombros y se mueve con cada contoneo de sus caderas. Es hipnótico, joder. Observo también a Gael, que camina muy orgulloso a su lado. Se le cae la baba, y por un momento me hace sentir un auténtico imbécil. Un imbécil por pensar en ella, por seguir tan jodidamente enamorado como el primer día. Recuerdo con exactitud cada momento que hemos compartido juntos. Esa primera mirada, ese primer beso y sus continuas provocaciones. Un fuego que tarde o temprano teníamos que apagar. Y no puedo evitar preguntarme si ella sentirá lo mismo con él. ¿Jadeará del mismo modo entre sus brazos? ¿Suplicará por más igual que lo hacía conmigo? Dios, me está matando. Me mata lentamente. «Una última jugada y desapareceré de tu vida, Valerie», me prometo. Pero, antes, tendré que mantener una conversación con mi querido hermanito. Ya es hora.

John Soyers sube al escenario y todos aplauden embobados. A continuación, comienza a exponer las maravillas del BKL289. Pura basura. Ni siquiera alcanzo a comprender cómo pueden tragárselo, y eso que hablamos de personas que podrían curar enfermedades como el cáncer o el Alzheimer. No me jodas.

– Creo que todos los que estamos aquí esta noche nos hemos desvivido por y para la ciencia. –

Comienza con su discurso. – Hemos intentado curar enfermedades, ayudar a aquellos que nos rodean en nuestro afán por mejorar sus vidas. O, al menos, hacerlas más llevaderas.

– Yo, soy de aquellos que piensan que el ser humano es demasiado complejo. Tanto es así, que siempre habrá algo nuevo que descubrir. Una especie de rompecabezas, con tantas opciones posibles, que jamás podríamos darle una solución. Y eso me llevó a pensar en la mente. – Prosigue confiado. – Lo más complejo que podemos tener y que nadie alcanza a entender del todo.

John Soyers hace un breve pausa, mira al frente y sonríe con suficiencia. Cabrón.

– A lo largo de mi carrera, he podido pasar horas y horas analizando lo que ocurre a mi alrededor, el comportamiento de aquellos que me rodean. ¿Qué lleva a un asesino a matar? ¿Por qué tomamos ciertas decisiones? Muchos aseguran que es un instinto que todos llevamos dentro. Yo no lo creo. – Advierte generando una gran expectación entre los presentes. – Yo digo que es algo que va mucho más allá. Algo, que podríamos controlar. Y, a día de hoy, puedo presumir de haber dado con la respuesta a esa gran pregunta. – Anuncia emocionado.

Dentro de la sala se escuchan murmullos de sorpresa. Les tiene totalmente entregados y se dispone a dar el golpe de gracia.

– Controlar la mente, manejarla a nuestro antojo para conseguir los resultados adecuados. Conseguir borrar lo malo, aquello que está podrido, para dejar espacio a lo bueno. Borrar ciertos recuerdos para dar paso a lo realmente importante. La esencia del propio individuo. ¿Cómo? Con una simple pastilla. – Explica sin pestañear.

– Desgraciadamente para mí, tuve que vivir una situación muy trágica para darme cuenta de que había dado con algo realmente brillante. Algo, que podría cambiar muchas vidas. – Agrega dándole un toque dramático. Joder, lo tiene todo. – Mi querida hija, Valerie, sufrió un terrible accidente hace unos años que la dejó en coma. Un coma irreversible, según los médicos que la atendieron.

Y, para reafirmar sus palabras, a espaldas de John comienzan a aparecer un montón de imágenes de Valerie. En todas aparece sonriente, llena de vida. Con cinco años, en un cumpleaños. Con doce, rodeada de regalos frente al árbol de Navidad. Es repugnante. Dudo mucho que Soyers ni siquiera estuviera presente en cualquiera de esos momentos. Entonces, se atreve a hacer lo impensable, y en pantalla aparece una imagen de Valerie en el hospital. Conectada a mil cables, llena de tubos y con un John Soyers muy afectado esperando paciente al lado de su cama. El papel del padre del año.

– Así estaba mi hija hace unos dos años, cuando decidí emplear el BKL289 con ella. – Narra con fingida emoción. – Desesperado, llegué a la conclusión de que esa podría ser la única opción para recuperarla. Recuperar a mi niña. Sabía que era una decisión muy arriesgada, pero pensé qué borrando el trauma podría salvarla.

Lanzo una breve mirada al público, completamente conmovido y cautivado por sus palabras. No puede ser cierto. Distingo a Valerie entre la multitud y, aunque no consigo verle bien el rostro, desde aquí logro sentir su rabia e indignación. La misma que siento yo. Tengo que contenerme mucho para no subir a ese escenario y partirle la cara. ¿Cómo se atreve?

– Hoy, puedo presumir de haberlo conseguido. – Añade a continuación. – Y aquí está. El símbolo viviente de que la ciencia existe y el motivo por el cuál me presento con orgullo ante ustedes esta noche. Mi hija, Valerie Soyers.

Las voces en la sala aumentan de volumen debido a la impresión y todos siguen con la mirada a Valerie, que se ve obligada a levantarse de su asiento.

Lentamente, avanza hacia el escenario, y espero que sepa que estoy aquí. Sé lo que supone para ella enfrentarse a esta situación, pero no me toca a mí estar a su lado esta vez. No seré yo quien le sostenga la mano ni le seque las lágrimas. Tiene a alguien más. Debo centrarme y recordar cuál es mi misión esta noche. Algo, que le debo a Savannah. Mientras viva, ese cerdo no volverá a hacerle daño a nadie más. Y, respecto a Valerie, deseo de corazón que consiga ser feliz al lado de Gael. Aunque me joda, aunque me reviente por dentro y me rompa en mil pedazos. Mi amor, llegó la hora de nuestra despedida. Aguanta un poco más y todo habrá acabado.

Cuando al fin llega al escenario, su padre la recibe con un cálido abrazo. Joder, menudo espectáculo. Y todos en la sala rompen a aplaudir como marionetas. Vaya, puede que John Soyers ni siquiera necesite el BKL289 para manipularles. Tiene un puto don.

El tiempo transcurre demasiado rápido y la gala llega a su fin. Tic, Tac. Aplausos, risas, felicitaciones. John Soyers se cubre de gloria durante las dos horas que dura la ceremonia. Tengo que moverme, llegar antes que ellos al hotel Astoria, donde se celebrará la fiesta.

La necesidad de fumar me apremia. Estoy de los putos nervios. Me acerco el cigarrillo a los labios y vuelvo a recordar la advertencia de Valerie. Odia que fume, lo sé bien. «Ya no, nena. No esta vez».

Cuando termine el espectáculo, yo me esfumaré y tú serás libre por fin.

Sujeto el cigarro con fuerza entre mis labios y arranco el coche. Acelero a toda velocidad por la carretera, como si me fuera la vida en ello, y caigo preso de un breve déjà vu. La misma jodida sensación. Bajo la ventanilla y dejo que el aire fresco llene todo el cubículo. Me golpea con fuerza las mejillas, mientras unos cuantos mechones rebeldes ondean y se mueven con el viento. Me he cortado el pelo, tomé la decisión en cuanto llegué a Londres. Y, para mi desgracia, ahora luzco casi idéntico a Gael.

Cuando llego al Astoria, me encuentro con que todo está dispuesto para recibir a los invitados. Un aparcacoches se ofrece amablemente a guiarme hasta la entrada. Le cedo las llaves del Audi R8 y accedo sin ningún problema al hotel. Una vez dentro, me reciben con una copa de champagne. La rechazo amablemente y entro a una de las habitaciones contiguas al enorme

comedor principal, donde se celebrará el evento. Compruebo que todo esté correctamente dispuesto. Los vídeos están preparados, también tengo localizado el cuadro eléctrico para cortar la luz cuando llegue el momento. Saco el móvil y envío un rápido mensaje a Harrison. Hemos permanecido en contacto estos últimos días, desde que descubrí que afortunadamente él sí se había salvado. Aunque Royce le disparó, tuvo la enorme suerte de que la bala no rozase ningún órgano importante.

Eso le salvó la vida. En el caso de Savannah, no se pudo hacer nada. Si yo hubiese estado ahí… Aprieto las manos con fuerza y me obligo a centrarme en lo importante. No puedo distraerme. Al poco rato, los primeros invitados comienzan a llegar.

Vigilo a través de las cámaras como van entrando al lugar y se distribuyen alrededor de las mesas en las que han dispuesto aperitivos y bebidas. El ambiente es cálido y acogedor a la luz de las velas. El espacio se ha organizado de tal forma, que los focos del techo no empañen el brillo de las mismas, además de la suave música de jazz que resuena de fondo. Ha llegado el momento de arruinarles la fiesta.

Tengo en el punto de mira a Valerie, que se revuelve bastante incómoda mientras Gael trata de tranquilizarla. ¿Qué coño pasa ahora? No podemos perder más tiempo.

Me cuelo entre la gente justo cuando se apagan las luces y la música deja de sonar. Muchos gritan asustados y tratan de escapar, pero las puertas están bloqueadas. Lo siento, no habrá escapatoria esta vez.

Justo en ese momento, rodeados de un pánico generalizado, caigo en la cuenta de que Valerie tiene una pistola en las manos. ¿Se ha vuelto loca o qué? La veo caminar decidida en busca de su padre y un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Por suerte, Gael logra frenarla a tiempo. El vídeo se proyecta en las paredes y disfruto con los murmullos de espanto y consternación que me rodean. «Se acabó el show, hijo de puta». Me dispongo a ir en busca de mi objetivo, que no es otro que John Soyers, pero entonces todo se desencadena a cámara rápida. Royce está aquí.

Debí preverlo. Por supuesto que iba a jugar la última carta que tiene contra su hija. Amenaza con arrebatarle lo poco que le queda y hacer daño a su madre, Isobel. Royce le apunta a la cabeza con un arma.

– ¡VALERIE! – Grita para hacerse escuchar. Y todos observan la escena espantados. A su alrededor la gente se ha apartado y han dejado espacio en el centro, donde John se encuentra encolerizado. Jamás le había visto perder el control de esta manera, al menos en público. Siempre ha estado dominado por una siniestra calma a la hora de dar órdenes y ejecutarlas.

– ¿Quieres hacer el favor de acercarte? – Le pide a su hija. Y yo espero el momento exacto para intervenir. Miro de reojo a Royce, que todavía no me ha visto. Por fin podremos saldar las cuentas pendientes.

– La policía está fuera, John. – Trata de hacerle entrar en razón. – Déjalo ya.

– ¡¿QUÉ COJONES HAS HECHO?! – Le recrimina él completamente fuera de sí. – ¡TODO ESO ES MENTIRA! – Insiste desesperado, pero nadie parece dispuesto a defenderle esta vez. Puede que no tenga tantos amigos como creía. Menuda sorpresa.

– Basta, papá. – Señala Valerie con una calma sobrecogedora. – Y, tú, más vale que dejes de apuntar a mi madre con ese puto rifle. – Le advierte a Royce. – ¿Es que acaso nunca te cansas de hacer daño? – Prosigue demoledora. – ¿No te das cuenta de que mi padre solo se aprovecha de ti? ¿Sabes cómo te llamó el otro día? Cabeza hueca. Dijo que no eras más que un cabeza hueca al que compraba con dinero.

Todos permanecen expectantes a alguna reacción por su parte, pero el muy desgraciado rompe a reír.

– ¿Todavía me guardas rencor por lo de Savannah, cielo? – Se regodea. Con esas palabras, llego a mi límite.

Justo cuando Valerie se dispone a dar un paso al frente, yo me presento delante suya para protegerla.

– El que te guarda rencor soy yo, hijo de la gran puta. – Le advierto amenazador. Le miro a los ojos y puedo ver la oscuridad en el fondo de su alma. No es capaz de nada bueno. Siembra el caos y el odio a su alrededor, ni siquiera conoce la compasión. Ha destrozado nuestras vidas y ya es momento de que me cobre todas las que me ha hecho.

Ni siquiera le doy tiempo a replicar, porque de una patada en el brazo le dejo sin arma. Esto es un cuerpo a cuerpo, nada de trucos. Aprovecho la ventaja y le agarro por el centro de la camiseta. Las venas de su cuello se hinchan. Está rabioso, pero yo también. Y la furia contenida que late en mi interior no es nada comparada a la suya. Le empujo con fuerza y se deja caer contra una de las mesas del buffet, que se rompe en el acto, dejando caer a su vez las velas encendidas que enseguida incendian sin remedio la tela que las recubría. Mierda, no contaba con eso. La escena no tarda en convertirse en un verdadero infierno. Royce trata de levantarse, pero se lo impido encaramándome sobre él y propinándole un puñetazo tras otro. En un momento dado, pierdo el equilibrio, y consigue tirarme al suelo de una patada en el pecho.

Es ahí cuando Royce recupera el control y me asesta un puñetazo justo en la mandíbula. Ni siquiera soy capaz de respirar, siento la sangre fluir por mi nariz mientras el dolor se expande por todo mi rostro.

El sonido de tres disparos, uno tras otro, me llevan a reaccionar. Intento incorporarme y observo a Royce, que permanece inmóvil un instante y baja la mirada hacia su pecho. Se roza con las manos las heridas del abdomen y levanta la cabeza para mirar a Valerie. Leo sus intenciones, pero no consigo reaccionar a tiempo.

– Jódete, puta. – Le dice antes de extraer otro arma de la parte trasera del pantalón y lanzar un último disparo certero antes de caer rendido en el suelo sobre las llamaradas.

Lo siguiente que oigo es el lamento de Valerie, junto al ruido de cristales rompiéndose. La gente grita y corre alarmada a nuestro alrededor. Trato de recuperar el sentido e incorporarme. Cuando lo consigo, me acerco inmediatamente a Isobel y le tomo el pulso. Sigue viva.

– ¡NECESITAMOS UNA AMBULANCIA YA! – Apremio a Gael. Este cabrón no va a cobrarse la vida de nadie más.

– ¡ESTOY EN ELLO, JODER! – Me replica mientras trastea con el teléfono.

– Tenemos que sacarla de aquí. – Le digo. – Gael, ayúdame a levantarla.

No nos cuesta nada tomarla en brazos y acercarnos hasta la salida que han conseguido formar rompiendo uno de los ventanales. Da directamente al jardín delantero. Una vez fuera, reparo en Valerie. Está pálida y le cuesta respirar por el humo.

– ¿Estás bien? – Busco saber. Y ella asiente. En ese instante caigo en la cuenta de que John Soyers ha escapado. No, joder. Otra vez, no.

– ¿Y Soyers?, ¿dónde está? – Les pregunto. Entre la conmoción y el caos le he perdido de vista. Ni Valerie ni Gael dicen nada. Mierda. No me lo puedo creer.

– ¡MIERDA, JODER! ¡NO PUEDE ESCAPAR! – Exclamo agobiado, y me dispongo a entrar nuevamente al hotel. Me dan igual el humo y las llamas mientras consiga encontrarle. Se lo debo a Savannah. No he esperado tanto para que ahora se vaya de rositas.

– ¡NICK, NO! – Grita Valerie detrás mía. Me gustaría tranquilizarla, decirle que todo irá bien. Pero ya es tarde. – ¡ESPERA!

Sé que estará bien, salga de aquí vivo o muerto. Con el tiempo, encontrará la paz. Pero jamás me perdonaría si ese desgraciado escapa, y menos aún cuando estamos tan cerca.

Dentro del edificio, el denso humo me impide ver absolutamente nada y deambulo casi a ciegas. John no ha podido ir muy lejos, estoy a tiempo. Quiero creer que lo estoy. Comienzo a sopesar mis posibilidades cuando el roce de una mano en el hombro me sobresalta. Gael.

– ¿Qué cojones haces aquí? – Le reprendo. Cada bocanada de aire me abrasa la garganta y comienzo a toser sin control.

– Sabes que ella no me perdonaría si te pasase algo. – Sus palabras me dejan noqueado. ¿Desde cuándo le importa una mierda lo que pueda pasarme?

– ¿De qué hablas? ¿Crees que es momento de hacerte el héroe para llevarte a la chica? ¡Sal de aquí antes de que muramos los dos, gilipollas! – Le advierto cabreado.

Gael hace caso omiso y sigue adelante, adentrándose cada vez más en el incendio. A mi alrededor todo va vueltas, comienzo a marearme y el sueño se va apoderando de cada célula de mi cuerpo.

Estoy a punto de dejarme vencer cuando la mano de Gael me arrastra con fuerza. – Vamos, Nick, no me jodas. No puedes tener esta mierda de final.

El muy cabrón se atreve a bromear incluso en esta situación. – Abre los putos ojos. – Me ordena.

Y, aunque me cuesta, consigo hacerlo a duras penas. Siento las lágrimas correr por mis mejillas. Mierda, ¿por qué estoy llorando?

– Venga, que estamos ya en la puerta. – Asegura entre jadeos mientras sigue arrastrándome a través del fuego.

Inmediatamente un fuerte olor a gasolina me inunda los sentidos. – ¿Qué es eso? – Pregunto.

– ¡NO LO HAGAS! – Grita Gael, y giro la cara a tiempo para ver a John Soyers con un bidón de gasolina entre las manos. Sonríe triunfal. Rodeado de fuego, y con esas siniestras sombras reflejándose en su cara, parece el mismísimo diablo.

– Nos vemos en el infierno. – Alcanzo a escuchar.

Gael me empuja y termino al otro lado de la puerta justo cuando la habitación explota por los aires. Me tapo los oídos en un acto reflejo y me protejo la cara con los brazos. Siento los cristales volando a mi alrededor, se me clavan en todo el cuerpo. Son como puñales.

El dolor me impide reaccionar, pero entonces una nueva oleada vuelve a sacudirme.

Todo parece temblar a nuestro alrededor. Unos dedos me agarran con fuerza por la muñeca y me obligan a seguir arrastrándome. Y, de pronto, reina el silencio más absoluto. Un pitido se instaura en mis oídos antes que el mundo se apague.

– Nick. – Me sacuden. – Nick, reacciona. – Insisten de nuevo. Creo reconocer esa voz, es muy parecida a la mía. ¿Gael?

– Mmm… – Alcanzo a murmurar.

– Ey, vamos. No puedes hacerme esto. Ella te necesita, ¿vale? Siempre has sido tú. Lo sabes.

Valerie. Pienso en ella, en su sonrisa. El suave tacto de sus besos contra mi piel.

– Escucha, tenemos que salir de aquí. – Me dice. – Ese puto enfermo ha hecho saltar la habitación por los aires. No consigo ver nada, el humo es demasiado denso.

Gael tose y no suena demasiado bien. – La… luz de… emergencia. – Consigo murmurar.

– ¿Puedes incorporarte? – Inquiere preocupado. Y lo cierto es que no lo sé, el cuerpo me pesa demasiado, como si un montón de ladrillos me estuvieran aplastando.

– Joder, Nick. No puedes rendirte ahora. – Me reprende. – Te quiere a ti, ¿entiendes? Te necesita.

Esa chica ha sufrido demasiado. Entonces, veo su rostro. Savannah. ¿Ha venido a buscarme? Si se trata de una alucinación, no puede ser más real.

Sus preciosos ojos verdes me atrapan y me sonríe con ternura. Me tiende la mano para ayudar a levantarme y yo acepto encantado.

Me gustaría decirle que la echo de menos, pero soy incapaz de pronunciar palabra.

CAPÍTULO 6

GAEL

Hace unas semanas…

Me cuesta respirar, pero saco fuerzas una vez más para seguir arrastrándome. Nick sigue sin reaccionar y no sé si es demasiado tarde. No sé cómo demonios he terminado en este lío. Cuando acepté colaborar con Royce, me movía un profundo rencor. Lo único que quería era encontrar a Nick y vengarme, hacerle sentir el mismo dolor que yo. Pero, a estas alturas, lo único que siento es una profunda lástima por él. Se lo han arrebatado a todo, igual que a mí. Puede que en el fondo no seamos tan diferentes. Ni siquiera se hace una idea de lo mucho que le necesita Valerie. Sé qué si son capaces de dejar el pasado a un lado, podrían ser felices juntos. Otra cosa es que el egoísmo me permita admitirlo. No sé si seré capaz de renunciar a ella, no ahora que me estoy enamorando. Y por eso tengo que sacarnos de aquí a ambos. Se lo debo.

Justo cuando estoy quedándome sin fuerzas, vislumbro no muy lejos de allí la dichosa luz de emergencia. Por fin, joder. Avanzo poco a poco y, conforme me acerco a la puerta, el aire va volviéndose cada vez menos denso. Algo que mis pulmones agradecen.

Cuando por fin alcanzo el manillar, empujo con fuerza. Todo cambia. Vuelvo a la vida golpe. El aire fresco me golpea la cara y agradezco cada maldita bocanada.

Una vez fuera, me encargo de sacar también a Nick, que tiene los ojos cerrados y apenas respira. Toso con fuerza y me tumbo sobre el frío pavimento a su lado. El ruido de sirenas de ambulancia resuena a lo lejos. A buenas horas, joder.

Me acerco a mi hermano y compruebo su lamentable estado. Tiene el rostro lleno de magulladuras y sangre debido a su pelea con Royce. Además, parte de su ropa está quemada, lo que deja al descubierto varias heridas que no tienen muy buena pinta y parecen bastante profundas.

– Ey, Nick… – Trato de hacerle reaccionar. – Venga, tienes que despertar.

Desesperado, rebusco en mis bolsillos y decido llamar a la única persona que puede ayudarme en este momento. Un tono, dos y Harrison responde de inmediato.

– ¿Gael? – Pregunta contrariado. – ¿Qué demonios ha pasado? Estoy viendo que el hotel Astoria…

– Es Nick, está muy mal. – Le informo sin andarme con demasiados rodeos.

– Voy para allí. – Dice antes de colgar.

Al cabo de unos quince minutos, Harrison se presenta allí y viene acompañado por un grupo de

paramédicos. Se ofrecen a ayudarme, pero insisto en que Nick va primero.
No tardan en ponerse con las labores de reanimación, y respiro aliviado cuando le veo abrir los ojos de nuevo. A continuación, le montan en la ambulancia.
– Menudo viaje eh… – Le susurro. Intenta hablar, pero la mascarilla de oxígeno se lo impide. – Tranquilo, ya podremos discutir más tarde. – Le aseguro antes de que la ambulancia se marche en dirección al hospital. Me quedo solo con Harrison, que evidentemente espera una explicación.
– John Soyers ha escapado. Entramos a buscarle y el muy cabrón… tenía un bidón de gasolina y nos hizo saltar por los aires. – Le narro apresurado.
– ¿Ha muerto? – Busca saber.
– No lo creo. Reaccioné a tiempo para sacar a mi hermano, pero no volví a mirar atrás.
– Tenemos un problema muy gordo. No sé si te haces una idea de la magnitud de este asunto. – Me advierte muy preocupado. Y ya me temo lo peor.
– Joder, le expusimos frente a todos esos lameculos. ¿Acaso no es suficiente? – Inquiero.
– No, Gael. Si la policía no encuentra a John Soyers, sumarán dos y dos y pondrán el foco en Valerie. Cientos de testigos la han visto apuntarle con un jodido arma… ¡Por amor de dios! ¿En qué coño estabais pensando? – Me reprocha.
– ¡Perdió la cabeza! ¡Fue ver al puto Royce y no pude hacer nada para impedirlo! – Le aclaro. – El asunto se nos fue de las manos.
– Ahora ya es tarde. – Se lamenta contrariado. – John se nos ha escapado, vosotros dos casi acabáis muertos y Valerie… Bueno, demos gracias si no termina en prisión.
– Pero, ¿y lo que hemos destapado? – Le pregunto incrédulo. ¿Las torturas de Soyers?
– Lo que se comenta en todos los medios es que John Soyers fue víctima de una encerrona por parte de su hija.
Eso es lo último que habría esperado escuchar. ¿Valerie? ¿Responsable del asesinato de Royce y de la desaparición de su padre?
– ¿Estás de puta broma?
Y realmente espero que lo sea, porque no me hace ninguna gracia. Casi perdemos la vida hace unos minutos, por lo que más vale que haya valido la pena.
– Ojalá.
– ¿Y todo lo que hemos hecho? ¿No ha servido de nada? – Enuncio realmente cabreado.
Harrison niega con la cabeza, y a mí se me cae el mundo al suelo.
– Teníamos las putas pruebas. ¡Les mostramos las putas pruebas! – Me reitero.
– Pruebas que se ha tragado el incendio y no sirven de nada. – Me aclara impasible. – Todos vieron cómo le disparaba, Gael. Absolutamente todos.
– ¡Pero es injusto!
– A estas alturas, ya he dejado de plantearme lo que es justo y lo que no. Lo único que sé es que

Valerie está en serios problemas.
– ¿Y John? ¿Se irá de rositas?
– Toca asumir que ahora todos le verán como una víctima. Y créeme que sabrá aprovechar la ventaja a su favor. – Sostiene.
– ¡Joder! ¡No entiendo nada! ¡Lo teníamos! ¡Toda esa gente vio las putas imágenes! ¿Qué demonios hacemos ahora, eh? – Inquiero desesperado.
Me niego a creer que todo lo que hemos hecho ha sido en vano, que John Soyers ha escapado y que nuevamente es Valerie la que deberá acarrear con las consecuencias. Resulta incluso irónico, pero creo que he llegado a subestimar las capacidades de ese desgraciado.
– De momento, nos vamos al hospital. Me parece que tú y tu hermano tenéis una conversación pendiente. – Concluye Harrison invitándome a acompañarle y montar en su coche.

GAEL

Nick me observa con severidad mientras permanecemos en silencio. Odio este maldito olor antiséptico e higiénico que inunda la habitación y cada rincón del hospital

Ninguno de los dos se atreve a pronunciar palabra. Siento la necesidad de romper el hielo, pero me contengo en el último momento. No estoy preparado para esto, joder. No lo estoy. ¿De qué vamos a hablar? ¿De los traumas de abandono que arrastramos desde nuestra infancia? ¿De lo jodido que ha sido seguir adelante sin unos padres o criarnos en centros de acogida? Sí, acojonante.

O quizás podríamos hablar del hecho de que los dos estamos enamorados de la misma chica, o de aquella vez en la que intenté matarle. Nada mejor para estrechar lazos.

Al final es Nick quien da el primer paso al quitarse la mascarilla de oxígeno.

– Tú… me has salvado. – Pronuncia de manera entrecortada.

– ¿Te vas a poner sentimental o qué hermanito? – Intento bromear, aunque parece que la cosa va muy enserio. Observo su semblante, tan demacrado, lleno de heridas y cansado. Sangre de mi sangre, aunque no haya querido aceptarlo. Y llego a sentir verdadera lástima por él.

– Necesito que sepas que, si tú has tenido una infancia de mierda, yo también. ¿Te haces una idea de lo que es crecer en casas de acogida? – Se atreve a romper el hielo.

– Nick, no creo que sea el momento más indicado para tener esta conversación. Tienes que recuperarte y… – Le corto en seco.

Mejor que no vaya por ahí, porque no tengo ganas de cabrearme. No es el lugar ni el momento.

– Querías vengarte, ¿no? Si aceptaste entrar a formar parte de toda esta mierda, fue porque querías vengarte de mí. Bien, pues quiero saber el motivo. – Insiste en sacar el tema.

– Ya no tiene sentido.

– Pues yo creo que sí. Mírame. – Dice en referencia a su lamentable estado. – Ya lo he perdido todo. ¿No te parece justo después de todo lo que has hecho? Me lo debes.

– Para empezar, no me hables de infancias de mierda. – Le advierto. – No quiero volver al pasado.

De pronto, recuerdo esa promesa que hice con apenas 14 años. Estaba a la espera de un juicio que iba a definir mi futuro, atrapado en un Centro de Acogida.

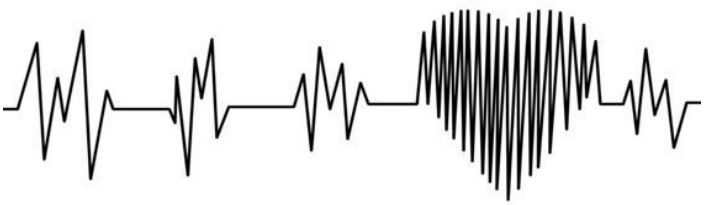


Dos meses. Han pasado dos meses y no he vuelto a saber nada de mis padres. Según la asistente social, se les prohíbe tener cualquier tipo de contacto conmigo hasta que por fin se celebre el juicio y cierren el caso. Estoy jodido, bien jodido. Pero he tenido mucho tiempo para pensar. He aprendido a odiarle, a odiar a mi supuesto hermano con todas mis fuerzas. Nicholas Turner. Todavía conserva nuestro apellido. El apellido de una familia por la que siento verdadero asco y de la que no quiero saber nada. Me abandonaron.

Se desentendieron de mí, pero tuve la suerte de caer en manos de dos grandes personas que han sabido sacarme adelante. Tengo apenas 14 años, pero soy bastante más maduro que los chicos de mi edad. Sé muy bien de dónde vengo y a dónde quiero ir.

Los otros chavales me miran mal, sé que me envidian. Me ven solo como un niño mimado que ha tenido demasiada suerte. Una suerte por la que ellos matarían si tuvieran ocasión. Muchos han pasado aquí toda su vida, o desde que tienen memoria, al igual que Nick me imagino. No saben lo que es crecer rodeado de amor, que tu madre te dé un beso de buenas noches o que te cocine tu comida favorita los fines de semana. Lo siento por ellos, porque en el escaso tiempo que llevo aquí, creo que jamás me había sentido tan perdido. Nunca había sentido tanto miedo. El juicio se celebrará la semana que viene, y eso implica que un grupo de desconocidos tiene mi futuro en sus manos. Da igual lo bien que me hayan tratado Will y Margaret, el cariño que me hayan dado o lo que yo quiera. Eso es lo último. Si se demuestra que han cometido cualquier tipo de ilegalidad en los trámites de adopción, se acabó. Todo se va a la mierda.

Y el único responsable será Nick. Lo tengo muy claro. Mi único objetivo a partir de ahora será encontrar a mi hermano y hacerle pagar todas las lágrimas que he derramado. Lo juro. Haré hasta lo imposible.



– A ti te dio por hacer locuras para escapar, pero a mí me jodiste la vida. – Suelto de golpe, incapaz de contenerme. Es como si por fin estuviese sacando todo el veneno que lleva años quemándome por dentro.
– ¿Qué yo te jodí la vida? ¿De qué hablas, Gael? – Apunta Nick bastante confundido. – Pero si ni siquiera sabía que existías.
– ¿Tu adolescencia fue bastante problemática, verdad? – Le refresco la memoria. Y él asiente. – ¿Y no te pasaste años pasando de una casa de acogida a otra?
– ¿Eso qué tiene que ver contigo?
– Nunca encontraste tu sitio, jamás encontraste un hogar... ¡Pero yo sí! ¡Yo sí, joder! – Exploto.
– Tenía unos padres cojonudos. Se llamaban Will y Margaret, por cierto.
– Era feliz, pasé 10 años maravillosos a su lado y me criaron como si fuera su propio hijo. Hasta que tú te metiste por medio. – Le reprocho sacando a relucir todas las heridas que jamás he conseguido sanar.
La expresión de Nick es de confusión absoluta. No tiene ni puñetera idea de qué le estoy hablando.
– Sí, Nick. – Me reafirmo. – Tus escapaditas de los cojones y las ganas de liarla llamaron la atención de los asistentes sociales. ¿Y sabes hasta dónde llegaron? Llegaron hasta mí, hasta mis padres. – Contengo la respiración ante ese recuerdo tan doloroso.
– Ellos quisieron adoptarnos a los dos, pero no pudieron. Y, bueno, no eran perfectos. Cometieron un error a la hora de realizar todo el papeleo, los Asuntos Sociales se pusieron a investigar y… ¿adivina qué?
– Te encontraron.
– Me metieron en un puto Centro de Acogida, no supe nada de mis padres durante meses y cuando llegó el día del juicio... perdieron mi custodia. Pasé los cuatro años siguientes jurándome a mí mismo que te encontraría, aprendí a odiarte. Oh, no sabes cuánto… – Me deleito en las mil ideas que había formado en mi cabeza.
– Lo investigué todo sobre ti. Al principio tenía muy poco, nada salvo un nombre y un número de teléfono, pero eso fue suficiente. Al cumplir los dieciocho, como te imaginarás, salí por esa puerta y fui directo a buscar a Will y Margaret. – Prosigo con amargura. – Resulta que mi madre lo había pasado tan mal, que había enfermado hasta morir. Murió justo un mes antes de que yo cumpliera la mayoría de edad.
– Gael, yo… – Trata de intervenir, pero se lo impido.
– No digas nada. No quiero tu compasión. Aquel mismo día juré que no iba a descansar hasta cobrártelo todo. Me costó un poco seguirte la pista, pero te encontré. Esperé al momento exacto para darte donde más duele. Vi cómo te enamorabas de Valerie, destapé todos tus trapos sucios...

y sentí asco, Nicholas. No te la mereces. – Concluyo implacable. – No te mereces que esa chica esté tan jodidamente enamorada de ti que sea capaz de perdonártelo todo.
– ¿Crees que no lo sé? – Me increpa dolido.
– No, no lo sabes. Has mentido, matado y jugado con sus sentimientos una y otra vez. Cuando Royce me propuso participar dentro de su plan, llegué a Las Seychelles y vi lo que habías hecho con ella… créeme que pensé en matarte de una.
– ¿Y por qué te conformaste con un pinchacito de mierda? – Apunta en referencia a esa droga que le inyecté y le dejó completamente inmóvil. – Te faltan cojones para ser el protagonista de esta historia, hermanito.
– No, no te equivoques. – Le corrijo. – Prefiero hacerlo todo mal y ser el jodido antagonista. Debes concederme eso del efecto sorpresa.
– Cierto, eso de quitarme a la persona que más amo no lo veía venir. – Suspira agotado.
¿De verdad no se da cuenta? Valerie estaría dispuesta a dejarlo todo por él.
– Nick, por mucho que me joda, ella siempre te escogerá a ti. – Admito a regañadientes.

CAPÍTULO 7

VALERIE

Intento controlar las lágrimas, pero me resulta imposible. Camino entre la gente completamente perdida. Jamás me había sentido tan fuera de lugar. Es casi como si perteneciera a otro universo, otro mundo completamente diferente. No consigo encontrar mi sitio dentro de este ensamblado tan perfecto. Rota por dentro, partida en mil pedazos, apenas consigo contener los sollozos. No entiendo por qué me siento así. Debería olvidarle, marcharme muy lejos y dejarle atrás. Pero duele, joder. Duele mucho. Verle con otra, desnuda en su cama, ha sido como una puñalada directa al corazón. Es entonces cuando los recuerdos me invaden como un auténtico torbellino. Y la tristeza da paso a la rabia al darme cuenta de lo poco que ha tardado en sustituirme. ¿Esto es lo que significo para él?



Sentir su cuerpo contra el mío era lo único que necesitaba. Puede que estuviésemos predestinados desde un principio. O puede que no, ¿quién sabe? ¡Qué le jodan al destino! Ya no tengo miedo. Hoy suelto las cadenas, dejo atrás el control de mi padre y me lanzo al vacío.

– Nena, nadie había conseguido hacerme sentir así antes. – Me susurra al oído. Su olor se ha vuelto adictivo, una droga a la que no pienso renunciar. Entrelazo mis dedos entre los mechones de su pelo, rebelde y asalvajado, igual que él. Nicholas Turner, ¿qué me has hecho?

Él me sonríe con picardía, provocándome una vez más, y se acerca para besarme. Atrapa mi labio inferior y se deleita mordisqueándolo. A continuación, traza un sendero enloquecedor a través de mi cuello, la clavícula y sé que va en búsqueda de mi punto débil. Sabe dónde, cuándo y dónde tocar para hacerme perder la cabeza.

Cuando atrapa el pezón de mi pecho derecho y comienza a juguetear con la lengua, consigue su objetivo. Suelto un gemido y el sonríe satisfecho.

– ¿Ni siquiera las otras quinientas tías a las que te has tirado antes? – Busco picarle.

– Bueno, no exageres. Solo son cuatrocientas noventa y nueve. – Me corrige socarrón. Y se gana un golpecito en el hombro por su impertinencia.

Estoy desnuda, satisfecha, después de haber pasado toda la noche haciendo el amor. Ha sido una locura, ha conseguido llevarme al cielo una y otra vez.
Creo que hemos conseguido volcar toda la rabia que sentíamos el uno por el otro en algo mucho más entretenido.
Sí que es cierto eso que dicen de que del amor al odio solo hay un paso. Y nosotros hemos traspasado todos los límites habidos y por haber.
Nick me mira y vuelvo a perderme en sus ojos, en ese océano infinito. Le encuentro algo distraído y aprovecho mi oportunidad. Yo también sé jugar. Comienzo a deslizar mi mano lentamente por su fornido brazo y trazo un sendero hasta el trabajado abdomen. Debe pasarse horas en el gimnasio. Me detengo en la zona del ombligo, antes de contemplar la dura erección. Trago saliva.
– ¿Has encontrado algo interesante ahí abajo? – Pregunta socarrón.
– Lo cierto es que sí... – Comento deslizándome bajo las sábanas.
– ¿Qué?... – Le oigo mascullar.
Atrapo su miembro con suavidad y me lo meto a la boca.
– ¡Oh, joder! – Añade mientras lo saboreo y dejo que me penetre una y otra vez. – Dios, nena...
– Jadea, completamente sumido en el placer del momento.
Levanto la mirada y descubro que tiene los ojos cerrados, perdido en las deliciosas sensaciones que le hago sentir.
– Esto... – Alego trazando circulitos con la lengua. – Es para que te des cuenta de que, entre esas cuatrocientas noventa y nueve, nunca encontrarás a otra igual que yo.



Recuerdos. Marcas que deja el pasado y que arrastraremos con nosotros para siempre. Nunca había sido consciente del valor o la importancia de los recuerdos hasta que perdí los míos. Ahora que poco a poco voy recuperando estos retazos perdidos de mi vida, me doy cuenta de lo mucho que duelen. Duele darse cuenta de lo mucho que pudiste amar a alguien. Alguien, para quien ahora mismo ya no significas nada. Duele pensar en esos momentos que pasé con Nick, las noches de pasión, todos los besos y las sonrisas. Joder, incluso las peleas. Ahora, nada de eso tiene sentido. Las situaciones a las que nos hemos enfrentado estos últimos meses han conseguido rompernos. Algo, que parecía imposible, y que me lleva a reflexionar seriamente

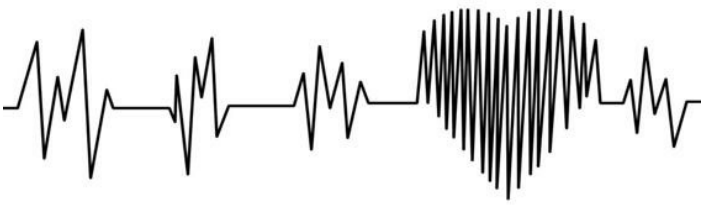
sobre la concepción que tenía del amor. Todo es tan bonito en los libros, cuando los protagonistas consiguen superar cualquier obstáculo que se les presenta en el camino. Pero la vida real es cruel, es difícil. En la vida real hay límites que ni el amor puede superar.

NICK

Me asomo al balcón buscando algo de consuelo en medio de la oscuridad de la noche. Curiosamente, la ciudad está tranquila. Todo el ajetreo de Londres se ha apagado, al menos durante unas horas. He dejado a Abril dormida en mi cama, aunque no es precisamente a ella a la que me gustaría hacerle el amor. Tengo que obligarme a recordar las estrictas órdenes de Harrison: «Tenéis que alejaros de Valerie por completo. Desaparecer de su vida».

Tengo que centrarme. Me acerco el cigarrillo a los labios e inhalo el dulce veneno que amenaza con terminar conmigo. Sé que no debería fumar, mucho menos cuando me dieron el alta hace apenas una semana. Por suerte, no tengo a nadie cerca que pueda sermonearme. Durante un largo rato me dedico a repasar todo lo que ha ocurrido en las últimas horas. ¿Por qué demonios ha venido hasta aquí? No me lo está poniendo nada fácil. Ese pensamiento me hace sonreír. ¿Cuándo me lo ha puesto fácil Valerie Soyers? Si siempre ha sido un maldito dolor de cabeza. De hecho, creo que eso fue lo que me hizo enamorarme perdidamente de ella. Ese carácter y esa rebeldía que tanto se empeña en sacar a flote. Porque Valerie puede ser de todo, menos sumisa. Le encanta adelantarse a los demás y no permite que nadie controle su vida o le digan lo que tiene que hacer. Y, por mucho daño que le hayan hecho, me alegra comprobar que no ha perdido esa parte de ella. Esa parte suya tan única. Todo lo contrario a Abril. Dulce, pero con una faceta explosiva y muy complaciente.

No puedo evitar sentir cierta presión por cumplir y estar a la altura después de todo lo que se ha arriesgado por mí. Al fin y al cabo, ella me sacó de ese infierno, me ha seguido hasta Londres y nunca me ha exigido nada.



Abril se lanza directa a mis brazos en cuanto pisa la habitación del hospital. Espera, ¿está llorando? Trata de esconderlo y limpiarse las lágrimas, pero no antes de que yo la pille. Esta chica nunca dejará de sorprenderme.

– Me has dado un susto de muerte, ¿sabías? – Me increpa a continuación.

– Soy propenso a buscarme problemas, ¿qué esperabas? – Le replico entre risas.

– Sí, claro, porque solo a ti se te ocurre meterte en medio de un incendio. – Protesta. – ¿Te salvo

de ese búnker y así me lo pagas?

– Ojalá hubiese servido de algo jugarme la vida... – Me lamento recordando la conversación que tuve con Harrison y Gael hace un rato.

– ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Valerie? – Me interroga.

– Ni me la menciones, por favor. – Le advierto. – Quiero pasar página de una maldita vez y olvidarme de ella.

– Siento que las cosas hayan salido mal, Nick. – Me dice apoyando cariñosamente su cabeza en mi pecho. Y yo cierro los brazos alrededor de su cuerpo en actitud de protección. Ella es de las pocas cosas buenas que me quedan y pienso cuidarla. Se lo merece. – Debí darme cuenta en cuánto vi lo del incendio en el Astoria...

– Mal es quedarse corto. Hemos montado todo este show para nada, porque John Soyers ha escapado.

– Ese hombre es el mismísimo demonio. – Comenta contra mi cuello erizándome la piel. Y coincido plenamente con ella. – Nick... ¿no crees que ha llegado el momento de parar?

Puede que tenga razón. Puede que haya llegado el momento de seguir adelante, mandar a la mierda a Soyers y todo lo relacionado con su hija. Puede que haya llegado el momento de buscar mi propia felicidad y dejar todo el dolor atrás. Es más, puede que Abril me ayude a encontrar ese nuevo camino que tanto necesito.

Alzo la mirada y me quedo contemplando el techo blanco como la cal, pensando muy bien en lo que estoy a punto de hacer.

– ¿Estás bien? – Me pregunta Abril. Y la acerco a mi cuerpo hasta que nuestros labios quedan a escasos centímetros de rozarse. Ella me mira ansiosa, pero bastante confundida con mi reacción.

Es mi voz interior la que me impulsa a besarla y desvanecer así toda la rabia y el rencor. Cuando nuestras bocas se unen, Abril se deja llevar y me responde en la misma medida.

Es extraño, demasiado extraño besar otros labios que no sean los suyos. Sin embargo, me convenzo a mí mismo de que puedo darme otra oportunidad en el amor. Dejaré atrás a Valerie, cueste lo que me cueste.



Sigo esforzándome por cumplir esa promesa. Aunque no puedo negar que hay ratos que se me hace realmente difícil. Cuando he visto a Valerie entrar y pillarnos en esa actitud, he sentido náuseas. Y también pena, mucha pena por todo lo que podríamos haber sido y que se ha quedado por el camino. Recordé aquel día en el que se presentó en mi puerta descalza y echa un auténtico guiñapo después de enfrentarse a su padre. Las horas muertas que pasamos en el sofá, o la primera vez que la hice mía en esa misma cama donde ahora duerme otra mujer.

Apuro el cigarrillo e inmediatamente me invade una extraña sensación. Necesito escapar de las sombras del pasado, andar un buen rato y perderme en la noche.

CAPÍTULO 8

NICK

Hace unas semanas…

– Por mucho que me joda, ella siempre te escogerá a ti.

Gael no sabe ni lo que dice. Valerie ya ha dejado bastante claro lo que siente. Ni siquiera le importó todo lo que habíamos vivido o lo que sufrí por ella. Ahora mismo, lo único que necesito es tiempo y espacio. Y, quién sabe, puede que así consiga olvidarme de ella. De todo ese amor que llegué a sentir y que me ha partido en pedazos.

A pesar del dolor que siento en el cuerpo, y eso que parece que una apisonadora me ha pasado por encima, no se compara ni de cerca a lo que he podido llegar a sufrir por ella.

– Valerie es pasado. – Le aclaro a mi hermano. – Ya lo tengo asumido, somos historia.

– Si tú lo dices… – Apunta Gael con cierta socarronería.

Me dispongo a replicarle cuando un suave repiqueteo en la puerta nos obliga a cambiar de tema. Harrison entra acompañado por ese aire tan distinguido y melancólico. Siempre me ha recordado al típico personaje de época que no encaja demasiado en nuestra sociedad actual. Su forma de ser, de pensar, es como una especie de Sr. Darcy envuelto en un aura de misterio, dolor y fragilidad. Joder, me alegro de verle.

– Nick, estás despierto. – Observa enseguida. Y pasa rápidamente la mirada hasta Gael, sentado en uno de los butacones de la habitación, quizás analizando nuestro estado de ánimo.

– Bueno, me alegra comprobar que no os habéis matado todavía. – Alega asintiendo con orgullo.

– No las tenía todas conmigo.

A Gael se le escapa una carcajada y yo frunzo el ceño.

– Joder, tío... ¡pero si no me has dado tiempo a rematarle! – Protesta mi hermano en tono de broma.

Todavía tengo que asumir demasiadas cosas, empezando por el daño que le he causado y del que ni siquiera era consciente. Eso no le excusa, pero al menos me ayuda a entenderle mejor o a darle una maldita explicación a todo el desastre que reina a mi alrededor.

– Harrison, tú siempre tan oportuno. – Añado, y el dolor que refleja su rostro me da ganas de morderme la lengua. Ni siquiera he tenido un momento para preguntarle por lo sucedido con Savannah. No soy capaz de hablar de ella, no puedo. Es una herida abierta que jamás sanará.

Harrison parece ignorar nuestras tonterías y muestra una seriedad que asusta. Niega con la cabeza ofuscado. Nunca me ha gustado ese gesto, eso implica que habrá malas noticias. Y no sé

si a estas alturas podré aguantar más golpes. Siento que he llegado a mi límite.
– Suéltalo. – Le apremio. Sabe que le conozco demasiado bien.
– Está bien... – Suspira armándose de valor, y no me pasa desapercibida la miradita que comparte con Gael. Puede que él tenga mucho que ver con el asunto, porque ni se inmuta.
– La situación es bastante delicada, no os voy a engañar. Valerie está ahora mismo declarando en comisaría. – Nos informa sin pestañear.
– ¿Qué?
– La tienen como principal responsable de todo lo que ha pasado. – Me explica Gael. – Todos la vieron dispararle a Royce y amenazar a su querido papi, ya sabes.
– ¡Pero eso no tiene ningún puto sentido! – Hago ademán de incorporarme y bajar de la camilla, pero mi hermano salta enseguida dispuesto a impedírmelo.
– Eso mismo dije yo... – Comenta Gael entre suspiros. – Y haz el favor de calmarte, Hulk. – Me advierte.
– Lo importante es que tienen a Valerie en el punto de mira, y obviamente a cualquiera que esté a su alrededor. No sé si me explico. – Sostiene Harrison. – Estoy haciendo todo lo que puedo para solucionar este lío, pero no me lo ponéis nada fácil. – Nos reprende.
– Esto es acojonante, de verdad. Yo no puedo más. – Comento alzando las manos al aire en señal de rendición.
– Por el momento, debemos evitar llamar la atención. Y eso implica hacer algo que no os gustará a ninguno de los dos.
– ¿Ahora qué? – Inquiere Gael poniendo los ojos en blanco.
– Tenéis que alejaros de Valerie por completo. Desaparecer de su vida. – Anuncia con severidad. Bueno, al menos eso me ayudará a olvidarla y pasar página. Aunque a Gael no le hace tanta gracia.
– Creo que podré lidiar con ello. – Le aseguro a Harrison. Y Gael me mira incrédulo, como si no me viese capaz de mantenerme alejado de esa mujer.
– Eso no es todo. – Añade implacable, y la tensión que se ha acumulado en la habitación podría cortarse con un cuchillo.
– Uno de vosotros debe morir. – Suelta a bocajarro sin darme tiempo siquiera a procesar todo lo ocurrido.

GAEL

– ¿Estás seguro de esto? – Me pregunta Nick por enésima vez.

Lo estoy. Si esto es lo que debo hacer para ayudar a Valerie, lo haré. Aunque suponga jugarme la vida. Harrison ha sido bastante claro: «Uno de los dos debe morir». Es hora de tragarse los miedos y dar un paso al frente.

– Joder, tío, que ya te he dicho que sí. – Le replico.

No las tiene todas consigo. Ninguno de nuestros planes ha salido bien hasta ahora. ¿Por qué esta vez tendría que ser diferente? No lo sé, pero tendremos que averiguarlo. Ya nos hemos colado en la morgue y Harrison ha sobornado a uno de los enfermeros para que podamos estar aquí las dos horas necesarias para prepararlo todo.

– Lo cierto es que todo esto da muy mal rollo. – Me quejo ante el olor aséptico y a desinfectante del lugar. Pensar que estoy rodeado de cientos de cadáveres metidos en cajones metálicos tampoco ayuda.

Camille pone mala cara ante mi comentario. No le hace ninguna gracia esta situación. Se abraza a sí misma en señal de autoprotección, mientras observa todo a su alrededor con miedo. Por mucho que he intentado convencerla de que se mantuviera al margen, ha insistido en estar presente. Una forma de mostrarme su apoyo.

Harrison, que está ocupado preparando todo el instrumental, me hace una seña para que me acerque.

– Gael, necesito que te tumbes. – Me indica. Y hago lo que me pide sin rechistar. – Extiende el brazo.

– Vale, recuerda que la medicación que voy a inyectarte bajará tus pulsaciones al máximo. – Comienza a explicar el procedimiento. – De ese modo, perderás la conciencia durante al menos una hora. Y, a efectos prácticos, estarás muerto. – Advierte sin titubear. Yo trago en seco. – ¿Alguna duda?

Me dispongo a abrir la boca, pero Nick se me adelanta.

– ¿Puede morir de verdad? – Pregunta sin esconder su preocupación. – Quiero decir, ¿corre algún riesgo?

– Vaya, no sabía que te preocupases tanto por mí. – Comento bastante sorprendido por su reacción. – Deberías celebrarlo, hermanito. Al fin y al cabo, por fin podrás quitarme del medio.

Nick hace una mueca y tuerce el gesto incómodo.

– Gael… – Me reprende Camille. – *Ne dis pas ça* [1].

– Oh, vamos... – Protesto. – Si es solo una bromita macabra. Ya sabes, para amenizar el momento.

– Todo procedimiento tiene sus riesgos, pero Gael está en un óptimo estado físico. – Nos aclara

Harrison. – De todas formas, le tendremos controlado en todo momento. Le conectaré a este aparatito que lanza descargas directas al corazón.

– ¿Dolerá? – Inquiero mentalizándome antes de recibir el primer pinchazo.

Harrison me enrosca la goma alrededor del brazo derecho, que ya he extendido sobre la mesa con todo el instrumental. No tarda mucho en dar con una buena vena, e inserta la aguja con sumo cuidado y sin titubear.

– En absoluto. – Me asegura. – Estarás completamente sedado. Será la mejor siesta que hayas podido echarte en la vida.

– Suena genial. – Afirmo con una sonrisa.

– No lo hagas, por favor. – Interviene Camille con la voz entrecortada y casi entre lágrimas. No me gusta ver así a mi pelirroja, y mucho menos saber que yo soy el responsable de su tristeza. Pero no hay marcha atrás. Ya no.

– Ey... – Enuncio viendo su preocupación. Ella me toma la mano y la aprieta con fuerza. – Estaré bien, te lo prometo. – Le aseguro acariciando su mejilla. Y, con un leve gesto, informo a Harrison de que ha llegado el momento.

– Hazlo. – Accedo sin pensarlo demasiado. Estoy dispuesto a que me inyecten esa mierda que me mandará directo al mundo de los sueños.

– Te veo al otro lado. – Me dice Nick a modo de despedida.

– Nos vemos al otro lado. – Coincido.

CAPÍTULO 9

VALERIE

La atronadora música me nubla los sentidos. Es justo lo que necesitaba. La mejor terapia para el dolor. Esta noche soy libre. Esta noche pienso dejarlo todo atrás.

Me abro paso entre varios grupos de personas que menean las caderas al son de una canción muy sensual. Seguramente, ya han caído bajo el influjo del alcohol. Noto las miradas de varios tipos cuando paso por su lado y eso me hace sentir bien. Me he esforzado mucho en lucir completamente deslumbrante, así que lo agradezco. Ahora entiendo mucho más a Savannah, su forma de ver la vida. Ella sabía exprimir cada instante y yo pienso seguir sus pasos.

Armándome de valor, porque sinceramente no recuerdo la última vez que probé una gota de alcohol, decido comenzar por un Martini. El camarero sonríe al verme y no tarda mucho en atenderme. Sin más demora, comienzo a servirme una copa tras otra. Mi mente comienza a nublarse.

Es entonces cuando reparo en el chico tan atractivo que tengo al lado.

– Deberías tomártelo con más calma, ¿no crees preciosa? – Me dice en cuanto nuestras miradas se cruzan.

Es bastante alto, la camisa que lleva se le ajusta perfectamente a sus definidos y trabajados músculos. Ojos rasgados y mirada algo perdida, además de un corte de pelo que define a la perfección las facciones de su rostro. Sonrisa perfecta. Sí, ideal para una noche.

– Digamos que tengo motivos para beber. – Y mi rostro se contrae en una mueca de desagrado al pensar en Nick.

– ¿Mal de amores? – Me interroga.

Rompo a reír, buena prueba de que el alcohol ya comienza a hacer acto de presencia.

– ¿Sabes qué? Esta noche he venido a pasarlo bien. – Le aseguro. – No me apetece hablar.

– Muy bien, preciosa. Bailemos entonces.

Me tiende la mano y yo la acepto sin reparos, dejando que me lleve hacía el centro del local. Nos abrimos paso entre los cuerpos sudorosos hasta que encontramos un hueco en el que poder bailar a nuestro ritmo.

El chico en cuestión me rodea con sus fuertes brazos y me pega a su cuerpo. Y me dejo llevar. El mareo y la música me hacen sentir en otro mundo. Ni siquiera le he preguntado su nombre, tampoco es que me importe demasiado. Basta de hablar, de complicarse. Lo único que quiero es olvidar. Nos mecemos al ritmo de la música y permito que deslice sus manos por todo mi cuerpo hasta llegar al trasero, que agarra con firmeza.

El aroma de su perfume, tan varonil, me inunda los sentidos. Y me atrevo a acercar los labios a su cuello.

– Joder, nena. Me estás volviendo loco… – Susurra entre dientes.

Me aparto un poco para poder mirarle a los ojos, que brillan en una mezcla de erotismo y sex appeal. Entonces me dispongo a besarle y me apodero de su boca.

De pronto, noto cierta incomodidad, como si unos puñales me atravesaran el pecho. Me aparto de inmediato y, al darme la vuelta, me encuentro con la fría mirada de Nick, que me observa desde la barra. Tiene las manos cerradas con fuerza en dos puños y se nota que está furioso. ¿Qué narices hace aquí?

– Mierda. – Pronuncio en voz alta, aunque mi acompañante no parece haberse percatado de nada. Insiste en pegar su cintura a la mía y tengo que revolverme para que al final me suelte.

– Perdona, ahora vuelvo. – Me disculpo, y el chico asiente con una sonrisa.

Pero, antes de dejarme marchar, me sujeta por el abrazo y me acerca a él para fundirnos en otro apasionado beso. Me sabe amargo.

Una oleada de gente lucha por acercarse hasta la barra, por lo que tengo que hacer un auténtico esfuerzo para llegar hasta el baño, que está justo en el extremo opuesto. Tampoco es que la borrachera me ayude demasiado. De un empujón, una chica casi consigue tirarme al suelo y me cuesta mucho conseguir que todo deje de dar vueltas a mi alrededor. Cuando al fin consigo abrirme paso y diviso la puerta, sonrío con suficiencia. Lo he conseguido. Ahí te quedas, Nick.

Celebro mi pequeña victoria, pero la alegría me dura demasiado poco. Me doy de bruces contra su pecho. Lo siento enseguida, es él. No me hace faltar ni levantar la mirada.

Cuando nuestros ojos por fin se encuentran, desearía tener el poder de desintegrarme y desaparecer.

Observa mi atuendo de arriba abajo, un mini vestido ajustado que apenas me cubre los muslos. Traga en seco, como si me desease. Como si todavía fuese capaz de despertar algo dentro de él.

Madre mía, empieza a hacer calor. «Pase lo que pase, no le mires a los ojos», me recuerdo. «No caigas, Valerie Soyers». «Vete de allí sin mirar atrás», insiste una pequeña parte de mi conciencia.

Intento ignorarle, pero aprisiona mi cintura con firmeza y me pega contra la pared. Tanto, que puedo inhalar su olor. ¿Por qué? Mi vientre se tensa y la zona que ha tocado con sus manos cobra vida propia. Abrasa. Le maldigo entre dientes por tener todavía este poder sobre mí.

– Vaya, pero si es mi querido ex. – Le saludo de mala gana poniendo demasiada énfasis en la x final. – Ex de pasado, de ‘se terminó’. De ‘te odio’ y ‘no quiero volver a verte’.

– ¿Cuánto has bebido? – Se limita a preguntarme, como si me estuviese reprendiendo.

– ¿Quién te crees que eres ahora? – Le increpo. – ¿Mi padre?

Nick me lanza una sonrisa aterradora. – ¿De verdad, Valerie? ¿A este punto hemos llegado?

– Tú no eres nadie. – Le espeto. – Por si no te ha quedado claro, lo nuestro es historia.
– Tranquila, viendo el espectáculo que has montado no me cabe ninguna duda. – Sentencia completamente furioso. Juraría que está conteniéndose.
– ¿Qué quieres de mí? – Le pregunto, intentando de paso apartarle, pero me lo impide de mala manera.
– No vas a ninguna parte.
En ese momento, algo explota en mi interior. Y comienzo a alzar la voz para que todos puedan oírnos. Incluso por encima de la música. ¿Quieres show? Te doy a dar un show digno de Oscar, Nicholas Turner.
– ¿Os he contado lo que me hizo este tío? – Comienzo a gritar. Y noto que varios de los grupitos que tenemos a nuestro alrededor están pendientes de la discusión.
– Valerie, ya es suficiente. – Intenta frenarme Nick agarrándome por el brazo. Me desprendo de él con un simple golpe. Sabe que ya no puede retenerme. No cuando me he convertido en un huracán capaz de arrasar con todo.
– Eh, amigo. Chsst. No se toca. – Le advierto, poniéndole de paso un dedo sobre los labios para callarle.
– ¿Qué pretendes? – Alega a continuación. – ¿Parecerte a Savannah? Sabe que ese es el único punto con el que puede atacarme. Y ha aprovechado para hacerme daño. – ¿Acaso no te das cuenta de lo patético que resulta? – Insiste provocador.
– ¿Quieres ser cómo ella, Valerie? ¿Eso quieres? – Prosigue. Y me parte el corazón en mil pedazos.
– Cállate, joder. – Le advierto.
– No eres ella, nunca lo serás. – Sentencia Nick implacable.
– ¡Desgraciado! – Chillo abalanzándome sobre él y con la rabia desbordándome por completo. – ¡Ella no habría muerto si no la hubieses metido en toda tu mierda! – Le reprocho. – ¡Tendrías que haberla protegido!
Nick frena rápidamente mis estúpidos intentos de golpearle atrapando mis brazos y manteniéndolos en alto.
– Ahora tengo yo la culpa, ¿no es así? – Añade. – ¿Te recuerdo quién es tu papi? ¿Lo saben tus amigos? – Escupe lleno de veneno.
– ¿Y yo quién mató a su hermano por celos? – Le replico en el mismo tono. Ambos nos destrozamos con la mirada, como dos animales hambrientos y sedientos de sangre.
– Dios, ¡lárgate de aquí antes de que pierda la poca paciencia que me queda! – Agrego llena de ira.
Nos hemos convertido en el centro de atención. Todos nos miran con curiosidad, algunos incluso con pena, dada la cantidad de reproches que hemos llegado a echarnos en cara. Juraría que hay

quien incluso ha aprovechado para sacarnos alguna foto. Genial.
Siento que me falta el aire y lo único en lo que puedo pensar es en salir de este maldito antro, pero Nick no está por la labor de soltarme y me agarra todavía con más fuerza. Fijo mi mirada en sus manos, y él afloja inmediatamente, al darse cuenta de la agresividad y la escena que estamos montando.
– ¿Se puede saber qué está pasando aquí? – Interviene entonces la última persona con la que esperaba encontrarme esta noche. Harrison Evans ha aparecido de la nada entre la gente y, aunque no entiendo muy bien qué pinta él en un lugar así, lo agradezco enormemente. Es el único capaz de quitarme de encima a este animal cavernícola.
– ¿Qué es este espectáculo? – Nos reprende a ambos. – Suéltala. – Advierte dirigiéndose a Nick, que todavía me tiene atrapada. – ¡AHORA!
Nick por fin me libera de su prisión y se gira dispuesto a encararle. Ni siquiera veo una pizca de sorpresa en su rostro. ¿Acaso sabía que Harrison estaba en Londres? No entiendo nada.
– Venid conmigo fuera. – Ordena tajante. – Los dos. – Se encarga de remarcar al ver que ninguno hace ademán de moverse. Sin embargo, Nick no parece dispuesto a colaborar.
– No voy a ninguna parte. – Sostiene con altanería.
– ¿No? De acuerdo. Entonces tendré que presentarte a mi equipo de seguridad. – Señala Harrison sin perder la compostura. – Edward, Wyatt, adelante por favor. – Pide a los dos tipos fornidos y uniformados que esperaban pacientemente a su espalda.
Uno de ellos se encarga de sujetar a Nick por ambos brazos, casi como lo estuviesen esposando. Y el otro viene directo a por mí.
– ¡Eh! ¡Ni se te ocurra acercarte! – Le advierto en un intento por escapar. – ¡¿Pero qué es esto?! – Chillo completamente furiosa.
El tipo no duda en levantarme del suelo sin apenas esfuerzo y colgarme sobre su hombro como si fuese un saco de patatas. Madre mía, el vestido. Mi perfecto vestido con cuello halter y espalda al aire. Seguramente voy enseñándolo todo.
– Cuidadito con la princesa. – Comenta Nick con cierta sorna, casi como si me hubiese leído el pensamiento.
– Señores sigan con la fiesta. – Indica Harrison a todos los presentes. – Nos vamos con el circo a otra parte.
Y lo último que veo antes de que me saquen de la sala es al chico con el que hace un momento estaba bailando. Está besándose con otra y ni siquiera ha prestado atención al escándalo que hemos montado. Genial.

NICK

Es un maldito déjà vu. No puedo quitarme de encima la sensación de que ya he vivido esto. Es como volver al principio de nuestra relación, cuando la maldita niñata insistía en ponerme de los nervios día sí y otro también. Cuando entré a ese local, lo único que esperaba era poder tomarme un par de copas y acallar las voces de mi cabeza durante un rato. Pero, claro, ahí tenía que estar ella. La puta ciudad no es lo suficientemente grande para los dos. Por supuesto que Valerie Soyers debía presentarse otra vez como una maldita pesadilla andante. Es un mal chiste. Se cuenta solo. Cuánto más me esfuerzo por dejarla atrás y olvidarla, más insiste el karma en ponerla en mi camino.

El tipo que me ha sacado a rastras, insiste en mantenerme inmovilizado, con ambas manos sujetas a la espalda. Aunque ese no es mi principal problema. Harrison se acerca a mí y trata de hablar en voz baja para que Valerie, que sigue forcejeando y berreando con el otro gorila, no se entere de nuestra conversación.

– ¿Me lo explicas? – Enuncia de manera escueta. Se nota que está cabreado. Jamás le había visto así. – ¿No fui lo suficientemente claro? – Apunta en referencia al acuerdo al que llegamos en el hospital.

– Yo no la he buscado, ¿vale? – Le respondo de mala manera. – Ha sido una puta casualidad.

Es una verdad a medias. Podría haberme marchado del local en cuanto la divisé bailando con ese tío, pero me ha podido el orgullo. Y puede que también los celos, ¿para qué engañarme?

– ¿A qué juegas? – Insiste Harrison, que no termina de tragarse mi versión. – Escúchame bien. Si para protegerla tengo que encerrarte en una celda y tirar la llave, lo haré. No me toques más los cojones. – Me advierte.

– Joder, Harrison, como sigas así vas a ganarte el premio al padre del año. – Alego con cierta crueldad. No he podido contenerme. Su expresión se torna oscura.

– Cierra el pico. – Espeta a continuación. Y contempla a su secuaz, al que ordena que me suelte con un leve movimiento de cabeza.

Cuando me libera, me fijo en Valerie, que sigue pataleando como una auténtica cría de cinco años. Cruza su mirada con la mía y se me escapa una sonrisa.

– Ni se te ocurra reírte, pedazo de...

– Bueno, ya está bien. – Interviene Harrison cortándola en seco y acercándose amenazador. El tipo que la sostenía sobre su hombro reacciona al instante y por fin la deja caer al suelo. Joder, no conocía esta faceta de Harrison. Por lo visto, puede imponer el mismo respeto que John Soyers si se lo propone. Quizás, pueda ser incluso peor. La gente nunca deja de sorprenderte.

Valerie se cruza de brazos desafiante y pone una mueca de desagrado que resulta de lo más infantil. Joder, no es más que una cría. La misma cría que ha conseguido hacerme perder la

cabeza y que se atrevió a lanzarse en pleno océano para huir de mí. Hay cosas que nunca cambian.

– Valerie, haz el favor de comportarte y no montar más numeritos. – La reprende Harrison.

– ¿Pero tú quién te has creído que eres? – Salta ella indignada. – ¿Mi padre?

Mi corazón se para en seco. Me cago en la puta. Contemplo la escena listo para actuar, igual que un león al acecho de su presa. Miro a uno y a otro. Primero a Harrison, que ha dejado de respirar. Mierda, tío, haz el favor de reaccionar. Y luego a Valerie, que sigue con la misma pose chulesca y espera con ansias una respuesta que no llega. Ni se imagina el efecto que puede tener esa simple palabra. Padre. Harrison es su padre. Y ella no tiene ni puta idea.

– No. – Consigue pronunciar al fin. – Pero eso no quita que te haya cogido cariño o me preocupe por vosotros.

Bien salvado.

– Tenéis que dejar de trataros así. ¿Qué ganáis haciéndoos daño de esta manera? – Prosigue con su discursito conciliador.

Uff. Los dos cruzamos una breve mirada llena de resentimiento y dolor. Mucho dolor.

– La próxima vez, intenta no comportarte como un auténtico energúmeno si me ves con otro tío.

– Me dice la niñata. Dios, me encantaría callarle esa boquita a base de mordiscos. Ya le enseñaré yo a tener modales.

– La próxima vez, procura comportarte como una persona acorde a su edad. – Afirmo guiñándole un ojo vacilón. – Ah, y escoge mejor tu ropa interior. Esa está algo anticuada.

Ese comentario consigue hacerla sonrojar y se ajusta el bajo del vestido avergonzada. Harrison suspira hastiado, y se mete las manos en los bolsillos en señal de incomodidad. Somos un caso perdido. No tenemos remedio. Eso me hace pensar en qué todavía no nos ha explicado qué hace aquí, y menos a estas horas.

– A todo esto, ¿a ti que se te ha perdido en este sitio, Harrison? – Busco saber.

– Creo que hay muchas cosas de mí que no sabéis. – Apunta misterioso. – Y creo que por el momento es mejor que siga siendo así.

– ¿No serás un gánster, verdad? – Insinúa Valerie.

No consigo contener el ataque de risa que me entra a continuación. Para mi sorpresa, a Harrison también se le escapa alguna carcajada. No, joder. La pobre ni tiene ni puta idea. En parte, me alegro de que no se acuerde de ciertas cosas. Valerie nos observa como si estuviésemos completamente locos.

– No, querida. La verdad es que soy dueño de este local. Hace años sentí la necesidad de darle un vuelco a mi vida y me pareció que invertir en el ocio nocturno podía ser una buena idea. De los tres pubs que compré, solo me he quedado con este. Por algún motivo, le tengo cariño. – Comenta con cierta tristeza.

– Mis chicos me avisaron de que alguien estaba montando jaleo, y habéis tenido la jodida suerte de que estuviese rondando por aquí para solucionar el problema. – Añade con suficiencia. – Por lo visto, no se os puede dejar solos ni cinco minutos.

– Eso lo dirás por él, que siempre busca problemas. – Alega Valerie. – ¿Perdona? ¿Cómo dices, niñata? – No puedo evitar entrar al trapo, aunque eso suponga dar pie a otra discusión.
– Creo que ya hemos tenido bastante por esta noche. – Intercede Harrison una vez más. ¿Desde cuándo necesitamos un mediador?
Rápidamente, hace una seña a los dos hombres de antes, que nos observaban desde cierta distancia prudencial.
– Acompañad a la señorita hasta el coche. – Les ordena. – Encargaros de dejarla sana y salva en mi casa, sabéis la dirección. Ah, y no os vayáis de allí hasta que comprobéis que no vuelve a salir. – Recalca.
– ¿Estás de broma? – Protesta Valerie.
– No, voy muy enserio. ¿Dónde piensas pasar la noche si no? ¿En un hotel? ¿En otro garito de mala muerte? – Le dice.
Y estoy completamente de acuerdo con él. En ningún lugar estará más a salvo que a su lado. Cansada de discutir, Valerie acepta de mala gana. La observo alejarse subida en esos enormes tacones, mientras se contonea igual que una tigresa. Mi vista se queda fija en su perfecto culito, apenas tapado por ese puñetero vestidito negro.
– ¡Eh! – Le grito para llamar su atención. Y ella se gira de inmediato atraída por mi voz. – Procura no caerte por el camino con esos zancos.
Ella sonríe de manera maliciosa, lista para contraatacar. Esa es mi chica.
– Y tú procura no pensar en mí cuando estés en su cama. – Zanja dándome el golpe de gracia.

CAPÍTULO 10

HARRISON

Es curioso el destino y la forma en la que juega con nosotros. La ausencia de Savannah cada vez pesa más, es un dolor que aprisiona y me ahoga. Me siento perdido, sin alma. Tampoco la necesito si ella no está conmigo. Los recuerdos se han convertido en mi única vía de escape. A Valerie no le he contado toda la verdad. Cuando abandoné el proyecto BKL289, decidí alejarme por completo de todo lo que tuviese que ver con la ciencia. Me animé a entrar a otro mundo muy diferente, el del ocio nocturno. La tapadera perfecta. Desaparecí del foco mediático y me convertí en una persona completamente diferente. Fue ahí cuando compré varios locales, pero a día de hoy sigo siendo incapaz de deshacerme de este último. Observo su llamativo letrero, que contrasta mucho con la típica imagen de un pub inglés.

Lo que nadie sabe, es que fue aquí donde la vi por primera vez hace casi tres años. Tan preciosa, con esa melena rubia capaz de deslumbrar al mismísimo sol.

Cuando mi amigo Earl me dijo que una atractiva jovencita estaba merodeando por el taller, inmediatamente sentí curiosidad. Siguiendo mis indicaciones, Earl fue tan inteligente como para pillar la matricula del taxi en el que se marchó. Llegó para cambiarme la vida un martes cualquiera. Y, desde entonces, nada ha vuelto a ser igual. No me costó dar con el taxista, que me proporcionó su nombre: Savannah Samuels, de Infoscience. Periodista. Al día siguiente, me presenté a las puertas del enorme edificio y dejé una breve nota en recepción para ella. Tenía que conocerla, descubrir por qué narices me estaba buscando.

La cité en este mismo local, ‘Dreams’, cuyo llamativo letrero de colorines observó con desgana durante unos cuantos minutos antes de animarse a entrar.

La seguí de cerca mientras mantenía una breve conversación con el portero. Él tampoco sabía quien había podido citarla en aquel lugar ni por qué. De hecho, yo nunca llegué a confesarle este pequeño detalle. Joder, era realmente preciosa. Savannah poseía ese tipo belleza que te deja sin habla. El tipo de belleza que no necesita de maquillaje ni adornos para destacar. En aquel instante, supe que necesitaba que aquellos preciosos ojos verdes se posaran en mí. Y algo me dijo que no tardaríamos en tener ese primer encuentro. Así fue. Días después, volvió a ‘E-Auto’.



Hace dos años...

Ha vuelto. No me lo puedo creer. Algo me decía que volveríamos a vernos, Savannah Samuels. Y ahora por fin podrás darme explicaciones. La oigo discutir acaloradamente con Earl, y enseguida me doy cuenta de que esta chica puede suponer un verdadero dolor de cabeza.

– Vaya, mira quién ha vuelto. – Comenta él divertido, siendo consciente de mi travieso plan.

– Siento molestarle, pero de verdad que necesito su ayuda. – Le explica Savannah, y noto la desesperación en su voz. ¿Qué narices está tramando? Teniendo en cuenta el medio para el que trabaja, puedo hacerme una ligera idea. ¿Investigación? ¿Habrá dado con el BKL289? Lo siento, preciosa, pero no te saldrás con la tuya.

– ¿Vas a decirme la verdad esta vez? – Le interroga mi amigo.

– Está bien. – Admite al cabo de un rato. – No conozco a Harrison Evans, pero sí que tengo que encontrarle urgentemente. – Insiste.

Bien, Savannah. Estás de enhorabuena, porque pienso darte exactamente lo que buscas. Creo que ha llegado el momento de que nos veamos las caras.

– ¿Y para qué me buscas exactamente? – Inquiero saliendo de mi escondrijo. Al oír mi voz, se sobresalta.

Cuando la vi el otro día pude apreciar su belleza, pero lo cierto es que me quedé corto. Es realmente preciosa. Observo su larga y sedosa melena dorada, que le cae en cascada sobre los hombros. Esa piel perfecta y suave que moriría por acariciar, aunque solo fuese con la punta de mis dedos. Esa nariz pequeña y juguetona, que junto a sus labios carnosos, le dan el aspecto de una diosa de carne y hueso. Por no hablar de sus ojos. Esa mirada verde y transparente con la que promete hacerte perder el sentido.

– ¿Es usted Harrison Evans? – Enuncia bastante nerviosa.

– ¿Cómo me has encontrado? – Suelto sin andarme con más preámbulos.

Prefiero ir directo al grano, y lo cierto es que me intriga bastante. Si ella ha conseguido dar conmigo tan fácilmente, cualquiera podría hacerlo. Incluido Soyers.

– Yo... – Se esfuerza por formular las palabras. – Soy periodista y necesito su ayuda para una investigación. – Admite al fin.

– ¿Investigación? Mira, no sé cómo has dado conmigo, pero será mejor que vuelvas por dónde has venido. – Le aclaro.

– No. – Se atreve a contradecirme. Ese toque de rebeldía me llama todavía más la atención. Nadie me había plantado cara de esa manera.

VALERIE

«Le he superado», trato de convencerme. «He superado a ese idiota». Entonces, ¿por qué sigo temblando de pies a cabeza? Justo la noche en la que había decidido dejarle atrás, va y aparece. Quería enterrarle junto con mi pasado. Total, ya no hay nada que nos una. Pero, por mucho que me esfuerce, parece que Nick se ha convertido en un auténtico imán. Allí donde voy, él tiene que venir detrás.

Suspiro ofuscada y me dejo caer de cualquier manera sobre el asiento del coche. El chófer me lanza una rápida mirada a través del espejo retrovisor y le respondo con una sonrisa incómoda.

– Sí que te tienen controlada, ¿eh? – Comenta el hombre. Y ni siquiera se hace idea de cuánto. – Lo digo por esos dos tíos que nos siguen desde hace un buen rato. – Hace referencia a los esbirros de Harrison.

Me giro y observo con atención el BMW que nos pisa los talones. A pesar de la oscuridad, puedo distinguir los rostros de Edward y Wyatt, los mismos tipos que se han encargado de sacarnos a rastras del pub.

Me dedico a encogerme de hombros.

– ¿Sabes qué? Hace tiempo que perdí el control de mi vida. – Le confirmo abatida.

Todos insisten en manipularme a su antojo; desde John Soyers, hasta mi mejor amiga y el chico juraba amarme. Incluso Harrison parece haberle cogido el gusto a eso de darme órdenes.

Todavía no sé qué hago montada en este coche, camino a la casa de un hombre al que apenas conozco. Pero lo cierto es que tampoco tengo a dónde ir. Volver al piso de Savannah resulta insoportable, y tampoco puedo permitirme pagar un hotel durante mucho más tiempo. John Soyers se encargó de cancelarme todas las tarjetas y dejarme sin un solo céntimo.

Poco a poco vamos dejando atrás el ajetreo de la ciudad, y nos entramos en una zona cada vez más rústica. Casi abandonada, salvo por la presencia de alguna que otra mansión. Queda claro que solo gente con mucho dinero puede permitirse el lujo de vivir por aquí. No tenía ni idea de que Harrison manejaba tanto dinero. Tampoco es que a Savannah le diera tiempo a contarme muchos detalles sobre su vida, o que yo le haya preguntado.

Me doy cuenta de que el trayecto ha llegado a su fin cuando el coche se detiene frente a una enorme verja. El conductor baja la ventanilla y presiona el botón que da acceso al interfono.

– ¿Diga? – Responde una voz femenina al otro lado.

– Buenas noches, traigo un encargo de parte del señor Evans.

¿Un encargo? ¿Ahora soy un encargo? Estoy hasta las narices de que me traten como un maldito bulto.

– Adelante. – Responde la misma voz. Y las enormes puertas se abren para dejar paso a un impresionante terreno. A pesar de las escasa iluminación, puedo observar que hasta el más

mínimo detalle está cuidado. Una combinación ideal entre frondosos arbustos, árboles y flores, que recuerda inevitablemente a las películas de época. Aquellas donde los personajes pasean por enormes jardines ataviados con trajes elegantísimos y vestidos excesivamente pomposos. De pronto, es como si me hubiese colado dentro de Los Bridgerton.

El coche sigue avanzando hasta que llegamos a una exquisita fuente central encabezada por un ángel. Lo que más me llama la atención es la excesiva protección que nos rodea. Perdida en plena naturaleza, y completamente alejada de la civilización, da paso a una impresionante mansión victoriana. ¿Por qué tan escondida? Es como si Harrison no quisiera que nadie le encontrase. Y, en ese caso, ¿para qué me ha traído hasta aquí? Demasiadas preguntas y muy pocas respuestas. El coche frena a una distancia prudencial y descubro que todavía me queda un breve caminito de piedra por recorrer hasta la entrada de la mansión.

– Ya hemos llegado, señorita. – Me informa el chófer muy servicial. Y, cuando me dispongo a salir del coche, caigo en la cuenta de que los guardias de Harrison han aparcado justo detrás nuestro. ¿Voy a tenerlos pegados al culo todo el día?

Una vez fuera, aprovecho para ajustarme bien el vestido, que se me había subido muy por encima de los muslos.

– Te dejas el bolso. – Advierte entonces el simpático hombrecito.

Me agacho a recogerlo a toda prisa, para observar que todas mis cosas se han desperdigado por el suelo. Mierda. ¿Lo llevaba abierto? Hago un breve repaso: móvil, cartera, barra de labios y...

–¿Qué es esto? – Comento en voz alta tomando el trozo de papel que estoy segurísima de que no traía conmigo al principio de la noche. Está perfectamente doblado, y me encargo de sujetarlo con dedos temblorosos mientras leo lo que pone con una exquisita caligrafía.

«Ten cuidado. Estoy más cerca de lo que imaginas».

CAPÍTULO 11

GAEL

Hace unas semanas…

Dejo que la medicación haga su efecto y, cuando quiero darme cuenta, ya he caído en un profundo sueño. Lo último que alcanzo a ver es la sonrisa triste de Camille, que se despide de mí con un dulce beso en la mejilla. Me gustaría prometerle que volveré, pero no puedo negar que siento miedo. Miedo a no despertar. Lo único que me queda ahora es cerrar los ojos, dispuesto a cumplir con mi objetivo.

Sea lo que sea la muerte, cada vez tengo más claro que no puede ser peor que la vida. En la muerte ya no hay dolor. Ni miedo. Tan solo oscuridad y paz. Todo desaparece a mi alrededor, incluido mi propio cuerpo, aunque la sensación no dura mucho.

Comienzo a sentir el frío metal de la camilla, observo las luces cegadoras del techo, y algo me impulsa a incorporarme. Pero mi cuerpo se queda en el mismo sitio. Literalmente, puedo contemplarme a mí mismo: desnudo sobre la camilla, y apenas tapado con una fina sábana blanca. ¿Estoy muerto?

– Es extraño, ¿verdad? – Susurra una suave voz. Desplazo mi mirada un momento para encontrarme con una preciosa chica de ojos verdes. Me sonríe. Joder, es Savannah.

– La muerte no es cómo la imaginabas. – Acierta a leerme el pensamiento. Y yo niego con la cabeza.

– Lo sé, créeme que a mí me pilló por sorpresa. – Señala con sobrecogedora calma. – Ni siquiera lo sentí, ¿sabes? Fue tan rápido que ni siquiera llegué a plantearme lo que estaba pasando en aquel bungalow.

– Savannah, yo... – Intento disculparme, pero ella no me lo permite.

– No fue tu culpa. – Me dice, y toma mi mano con ternura. – Había llegado el momento.

– Yo pude haber hecho algo... – Confieso abatido. – No debí permitir que Royce llegase tan lejos.

– Gael, todos tenemos una misión. – Sostiene regalándome otra de sus preciosas sonrisas. – Muchos ni siquiera lo saben, pero llegamos al mundo con un objetivo. En mayor o menor medida, influimos en las vidas de los demás. Formamos parte de la misma inmensidad.

Esas palabras me llegan al corazón. En el fondo, siempre he querido pensar en que todo lo que hacemos tiene un propósito más grande. El de Savannah, fue enseñarnos el valor del sacrificio y el amor.

– Valerie te echa de menos, y Harrison... – Me lamento recordando el dolor que siente por haberla perdido.
– Estará bien. – Me confirma Savannah. – Aunque no lo sepa, yo sigo aquí. A su lado. Cuidándole.
Ojalá él pudiese verla y escucharla decir eso. En el fondo, es bastante injusto que yo pueda tener esta oportunidad y Harrison no. Yo ni siquiera conocía a Savannah, coincidí con ella dos veces contadas. Pero, Harrison, él ha perdido al amor de su vida. Lloró amargamente sobre ese montículo de tierra, le vi romperse enfrente mío...
– Gael, tu corazón se ha parado. – Advierte entonces, y fijo nuevamente la mirada en mi cuerpo inerte. – Tienes que volver.
– ¿Volver? – Pregunto inquieto. – ¿Cómo?
Me gustaría decirle algo más, pero sinceramente no me salen las palabras. Me he quedado completamente mudo. El silencio que reinaba a nuestro alrededor, de pronto se ve empañado por atronadoras voces y un fuerte ruido de fondo. Me cuesta concentrarme.
– Es hora de marcharse. – Me informa Savannah. – Tan solo déjate llevar.
– ¿Lo conseguiremos? – Me atrevo a preguntar. – ¿Todo lo que hemos luchado valdrá la pena esta vez?
Ella suspira.
– Creo que eso tendrás que averiguarlo por tu cuenta. – Comenta alejándose lentamente. – Valerie no está a salvo. Todavía no, aunque queráis pensar lo contrario. No te separes de ella. – Es lo último que alcanza a decir antes de desvanecerse en la nada. Igual que un ángel, etéreo, perfecto.
Los ruidos a mi alrededor aumentan de intensidad y resultan cada vez más molestos. Una potente luz me envuelve, me arrastra junto con una fuerza que no conocía. Entonces, decido hacer caso a las recomendaciones de Savannah y me dejo llevar. «Carga a doscientos, vamos», grita alguien. ¿Harrison? «¡FUERA!»
También me llama la atención el llanto desesperado de una mujer. Juraría que es Camille. Eso me impulsa a abrir los ojos. Necesito que sepa que estoy bien. Cumplí mi promesa. He vuelto.
Y lo hago.
Abro los ojos.
– Bienvenido de vuelta. – Comenta Harrison ante mi ligero parpadeo. Sostiene las dos palas de un desfibrilador entre sus manos.
Todos a mi alrededor me observan preocupados. Nick está pálido.
–Oh, dios... – Masculla Camille aliviada lanzándose a mis brazos. ¿Todo ha sido un sueño? ¿Savannah estuvo aquí? No lo sé, pero lo cierto es que no puede haber sido más real.

CAPÍTULO 12

VALERIE

No consigo pegar ojo. Ese mensaje me ha dejado indispuesta. «Ten cuidado. Estoy más cerca de lo que imaginas». ¿Quién podría haberme escrito algo así? El primer nombre que se me viene a la cabeza es el de mi padre, John Soyers. No me sorprendería que quisiera jugar con mi mente. Desapareció en el incendio sin dejar rastro, pero seguramente consiguió escapar. Y, conociéndole, este es el típico juego mental con el que disfruta. A estas alturas ya sabrá que estoy en problemas y que la policía me tiene en el punto de mira. No sé qué es lo que me da más miedo; si bien que pueda encontrarme, o que siga haciendo daño a gente inocente. Tengo esas imágenes grabadas a fuego.



Una mujer ataviada con bata blanca aparece en pantalla acompañada por mi padre. John Soyers permanece impasible mientras tiene a su hija, herida y llena de magulladuras, tirada sobre una camilla. Tampoco me sorprende su reacción. Le soy totalmente indiferente. No le importa mi dolor, nunca le ha importado.

– Dios... – Enuncia la doctora encogiendo el rostro en una mueca de horror cuando me descubre en ese estado. – Pobre chica, ¿pero qué demonios le habéis hecho? – Pregunta consternada mientras revisa mis constantes.

– Deja de hacer comentarios innecesarios y ocúpate de arreglar el problema. – Le ordena mi padre.

– ¿Cómo pretendes que arregle esto, John? – Le replica ella. – Se supone que trabajo con pacientes que se encuentran en un óptimo estado físico y mental.

– Es mi hija. – Le explica escueto. Y me sorprende incluso que se refiera a mí en esos términos. – Así que ya sabes lo que tienes que hacer.

– Tú... – Balbucea horrorizada. – ¿Tú has sido capaz de hacerle esto a tu propia hija?

– ¿Tienes algún problema? Si no te ves capaz de cumplir con tus obligaciones, ya sabes donde está la puerta. – Le advierte. Joder, es impresionante hasta dónde es capaz de llegar. Y pensar que este ser lleva mi misma sangre corriendo por sus venas. Siento ganas de vomitar.

– Por supuesto que soy capaz de cumplir con mis obligaciones, John. No tienes por qué amenazarme. – Le aclara ella, muy molesta por el trato que ha recibido. John Soyers no respeta ni siquiera a sus propios empleados. Utiliza a todos a su antojo y, cuando alguien deja de servirle, simplemente lo hace desaparecer.

– Espero tus informes cuando termine el procedimiento. – Escupe entre dientes echándole un último vistazo a mi cuerpo inmóvil. – Haz lo que puedas por ella.

La médica se toma un minuto para tomar aire, sacude la cabeza varias veces como si quisiera sacarse los remordimientos de encima y se pone manos a la obra.

– Soy Rebeca Anderson... – Cita con la voz entrecortada. – Procedemos con paciente número 563.



Elevo mi mirada al techo, iluminado con unas luces led que proyectan una galaxia infinita. Seguramente esté pensado para ayudarte a conciliar el sueño, pero no sirve de nada cuando tu mente da más vueltas que una peonza. La cama es enorme, puede que demasiado para lo que estoy acostumbrada. Me incorporo y tanteo sobre la mesilla hasta que doy con el mando que, según me han explicado, lo controla todo en la habitación. Desde las luces, hasta las cortinas que cubren los enormes ventanales. Me atrevo a presionar el botón que abre las cortinas y permite dar paso a un impresionante pasaje, concretamente al bosque que nos rodea. Está amaneciendo, y los farolillos que iluminan el jardín le dan un toque todavía más especial, casi de cuento. ¿Ahora es cuando aparece el lobo?

HARRISON

Estoy agotado. Lanzo un bostezo y bajo la pantalla del ordenador sintiéndome completamente impotente. Toda la noche buscando y nada. John Soyers se ha esfumado. Tampoco hay rastro de los radares que conectamos en Las Seychelles, ya que él mismo se encargó de destruir los laboratorios y borrar sus huellas. Ahora sí que estamos perdidos. En medio del desorden de papeles, recojo la taza de café que me terminé hace media hora y decido ir a la cocina a por más.

Recorro el trayecto sumido en el más absoluto silencio, dando por hecho que soy el único que sigue despierto. Valerie se ha quedado en uno de los dormitorios principales, donde mis empleados se han encargado de instalarla según las estrictas órdenes que les di hace apenas unas horas. Cuando llegué a casa, ya estaba dormida, pero me encantaría tener una charla con ella y advertirle sobre los nuevos peligros a los que se enfrenta.

John Soyers habrá desaparecido, pero estoy seguro de que nos sigue los pasos muy de cerca. Nunca permitirá que Valerie se vaya de rositas, y mucho menos después de lo que fue capaz de hacerle en la fiesta. Estoy seguro de que planea vengarse de ella. El problema es que no sé cuándo ni dónde dará el próximo golpe. Además, tampoco podemos demostrar que él es el responsable del BKL289 y esas desapariciones. Nuestro elaborado plan no sirvió de nada.

Al entrar a la espaciosa cocina, me llevo una sorpresa al toparme con Valerie, que está subida a la encimera y con una taza entre sus manos. Está descalza y bailotea con los pies algo nerviosa.

– Vaya, parece que no soy el único al que le cuesta dormir. – Le digo.

Ella también se sorprende al verme, pero enseguida vuelve a agachar la cabeza sumida en sus pensamientos. Algo le preocupa.

– ¿Qué tal la habitación? – Comienzo preguntándole para tantear el terreno.

– Bien, supongo. – Responde encogiéndose de hombros. – Está casa es enorme, Harrison.

– ¿Y eso es un problema? – Inquiero extrañado por su comentario.

– No es precisamente eso lo que más me llama la atención. – Apunta dubitativa. – ¿Qué escondes? – Suelta sin andarse con rodeos. Vaya, va directa al grano.

– ¿A qué te refieres? – Intento esquivar el tema.

– Resulta obvio que este sitio está estratégicamente escondido. ¿Por qué me has traído hasta aquí? Y no me vengas con excusas, porque estoy muy cansada de vuestros juegos. – Argumenta bajándose de la encimera de un salto y dispuesta a encararme.

No me había dado cuenta, pero lo cierto es que Valerie ha madurado mucho en estos últimos meses. Todo lo que ha pasado, la ha ayudado a crecer de golpe. Ya no es la misma niña ingenua que obedece sin rechistar. Lo que me hace pensar inmediatamente en que puede que por fin esté lista para contarle toda la verdad. Algo, que me aterra.

– Tengo que reconocer que eres muy inteligente. – Expongo en voz alta mis propios pensamientos.
– Gracias, pero creo que me debes unas cuantas explicaciones. Y esta vez no me voy a conformar con una simple evasiva. Ya no. – Me advierte.
– Está bien. – Convengo. – Acompáñame hasta mi despacho.
Aprovecho para llenar dos tazas de café y Valerie me sigue de cerca por el extenso pasillo. La casa tiene tres plantas, pero la cocina, junto a los dos dormitorios principales y mi despacho, se encuentran en la segunda. Mucho más cómodo a la hora de moverse, y más en mi caso, que me paso muchas noches en vela deambulando por la mansión.
– La casa es preciosa. – Comenta Valerie. – Todo recuerda a una de esas películas de época, y además en plena naturaleza.
Sonrío con tristeza y asiento. – Lo es. Hubo un momento en el que me imaginé viviendo aquí con Savannah. – Confieso tratando de contener la emoción.
El dolor al pronunciar su nombre nos invade, y creo que jamás desaparecerá. Valerie tiene el rostro desencajado, le cuesta mucho hablar de ella. Lo sé, a mí también.
– Harrison, ¿qué pasó con...? – Pronuncia con la voz rota. Y entiendo que se refiere a su cuerpo.
– Gael me ayudó a enterrarla. Se merecía una despedida digna. – Le explico. Espero que de algún modo eso le proporcione cierto alivio.
Valerie rompe a llorar e inmediatamente me arrepiento de haberlo mencionado.
– ¿Crees...? ¿Crees que sufrió? – Añade a continuación. El hueco que tengo en el pecho se acrecenta. Todo sucedió demasiado rápido. Tanto, que ni tuve tiempo de pensar. Recuerdo la sangre y la imagen de Savannah deslizándose entre mis brazos a cámara lenta.
Después de que la bala impactara contra mi cuerpo, todo se volvió borroso. Ese dolor tan fuerte me ligó a la inconsciencia.
– Quiero pensar que no. – Admito con sinceridad. – Dicen que es más rápido que quedarse dormido.
Valerie cierra los ojos con fuerza, como si quiera sacudirse esa imagen de encima. Al llegar al despacho, yo ocupo mi asiento detrás del escritorio, y ella hace lo propio con uno de los sillones que hay en el lateral, junto a la estantería repleta de libros. Intento ordenar rápidamente todos los papeles que he desperdigado, mientras Valerie analiza con atención cada uno de mis movimientos. Da un sorbo al café y, pasados unos minutos, se anima a tomar la palabra.
– Bueno, creo que ya es hora de que me cuentes toda la verdad. Y deberías empezar por el principio.

NICK

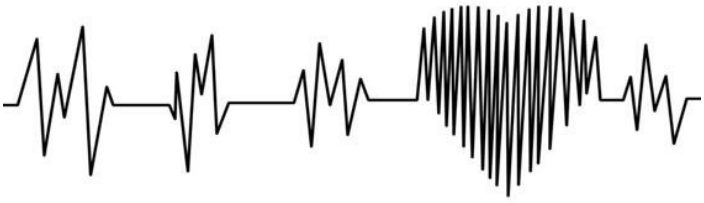
Al volver a casa me siento como un auténtico capullo. ¿Qué estoy haciendo? Joder, el objetivo es olvidarme de ella, no irle detrás como un perrito faldero. Lo cierto es que tampoco esperaba encontrarme con Valerie en ese pub, aunque debo ser sincero conmigo mismo. Podría haberme ido en cualquier momento. En cuanto la vi, podría haber salido huyendo. Pero no lo hice. Y ese es el jodido problema aquí. Me quedé como un auténtico imbécil a ver como otro tío le tocaba el culo. Ese jodido culito que me quita el sueño.

Paso a la habitación, donde Abril descansa plácidamente. Las sábanas apenas le cubren los pechos y siento la tentación de hacerle el amor. Quitarme esta rabia contenida con otros besos. Unos besos que por fin consigan borrar el rastro que Valerie Soyers ha dejado en mi cuerpo. En cuanto al alma, no creo que haya mucho que hacer. Allí la llevo tatuada a fuego.

Me acerco sigilosamente como un león y comienzo a deslizar la sedosa sábana hasta descubrir por completo su cuerpo desnudo. Lentamente, empiezo a pasar mi lengua por los pechos de Abril, hasta que ella comienza a gemir. Juego con sus pezones, los mordisqueo y ella me corresponde agarrándose con fuerza a mi pelo.

– Nick... – Jadea mientras se estremece con mis caricias. – Te quiero dentro de mí.

En mi mente, veo sus labios entreabiertos. Jadeando, suplicándome más. Oigo sus gritos de placer, perdidos en medio de la nada. En esa cama de Las Seychelles. Perdidos en un bungalow. Los dos solos. No puedo más.



Tengo la impresión de que nos estamos consumiendo e intenta hasta lo imposible por impedir que terminemos convertidos en cenizas.

– Hazme tuya. – Me suplica con un jadeo ronco. – Haz que olvide.

¿Debo ceder? Después de todo lo que hemos pasado, ¿qué es lo correcto? Ya no lo sé.

– No me hace falta recordar para sentirte. – Me aclara. – Eso no pueden quitárnoslo.

Y se acerca lentamente hasta fundir nuestros labios y entremezclar su aliento con el mío. No me hace falta más. Con este simple gesto, como si nada hubiera cambiado, como si fuesemos un mismo todo, como si demasiados errores no nos hubieran destrozado la vida, dejo que sienta lo mucho que la amo y seguiré amando.



De vuelta a la realidad, me esfuerzo en recordar con quien estoy. Tomo a Abril en brazos y ella se engancha a mi cuerpo de buena gana. Encaja a la perfección. Comienza a besarme el cuello, mientras yo me voy acercando poco a poco a la pared. Atrapo sus labios con pasión. Con rabia. Pero lo único que veo son esos grandes ojos marrones contemplándome de forma ingobernable. No, joder.

Apoyada contra la pared, y con sus piernas rodeándome firmemente la cintura, Abril comienza a quitarme la camiseta. Yo también necesito el piel con piel. A continuación, va deslizando las manos por mi torso hasta llegar al cinturón, del que se deshace con tres rápidos movimientos. Tampoco tarda en librarse del pantalón y liberar mi miembro, que ya está deseoso por entrar en su interior.

Veo su boca en torno a mi polla, trazando círculos y llevándome hasta la locura. Su melena cobriza cayendo en cascada sobre la almohada. Sus manos entrelazadas con las mías mientras me introducía en su interior. Dios. Es una jodida tortura. ¿Por qué su recuerdo insiste en torturarme de esta manera?

Abril gime, grita y se revuelve, mientras yo la embisto una y otra vez. Pierdo el sentido de la realidad, me imagino que estoy en otra parte. Con ella, con Valerie. Mierda. Su voz resuena en mi cabeza. «Procura no pensar en mí cuando estés en su cama».

CAPÍTULO 13

HARRISON

¿Por dónde empiezo? Esa es la gran pregunta. Pero, ante todo, ¿hasta dónde puedo contar? Tengo que sopesar muy bien la información, ya que hay cierta revelación para la que todavía no está preparada. Jamás me atrevería a desvelar el lazo que nos une. No puedo confesarle que soy su padre. Eso la destrozaría. En el fondo, siento que primero debería hablar con Isobel. Es su madre. Y, a pesar de todo, se lo debo.

Por el momento, me conformo con tener a Valerie cerca y a salvo. Si le contase la verdad, me arriesgo a perderla. Y no pienso volver a pasar por algo así. Si algo he aprendido con la muerte de Savannah, es que nadie más pagará por las consecuencias de mis errores.

– ¿Y bien? – Me apremia Valerie bastante impaciente.

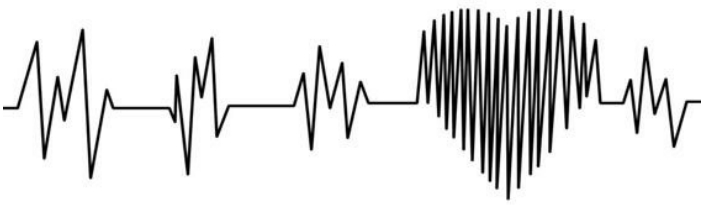
– Esto comenzó mucho antes de lo que te imaginas. – Le explico. Y ella se recoloca en el sillón de forma que termina abrazándose ambas piernas.

– Yo trabajaba con tu padre. – Me cuesta pronunciar esa palabra, y noto que Valerie se tensa. Ella tampoco se siente cómoda. – Formé parte del BKL289. – Me atrevo a confesarle.

Valerie se revuelve y me analiza con desconfianza, lista para otro golpe.

Poco a poco le voy contando los detalles de mi implicación en el proyecto y ella me atiende con mucha atención. Cuando le confirmo que decidí abandonarlo al descubrir las monstruosidades a las que planeaban dar vida, Valerie suspira aliviada quitándose un verdadero peso de encima.

Ojalá yo pudiese sentirme igual. A pesar de que decidí apartarme, no puedo negar que yo ayudé a darle vida a ese maldito proyecto. Tengo las manos manchadas de sangre, y esa es una culpa con la que llevo demasiado tiempo cargando sobre mis hombros. Cansado de medias verdades, me animo a contarle a Valerie la curiosa forma en la que conocí a Nick.



Nicholas Turner. Te tengo. No te acercarás a ella. No le harás daño. Sabía que John Soyers tramaba algo contra ella, contra Valerie. Pero siempre me negué a la idea de que fuese a tocar a su propia hija. Sangre de su sangre. Me equivoqué. Eso, o ya sabe la verdad. No creo que

Isobel haya sido capaz de confesarle que yo soy su verdadero padre, pero John tiene sus propios métodos. ¿Por qué habría ordenado a este tipo vigilarla si no es porque sospecha algo?

No me ha resultado muy complicado colarme en su coche, así que aquí le espero. Dispuesto a descubrir qué demonios pretende con Valerie y qué hace en Infoscience. El arma cargada. Los nervios de punta. Le observo a través de la ventanilla. Con esa chaqueta de cuero, porte de tío duro. Sabe bien lo que hace. Le he investigado y sé que lleva tiempo haciendo 'trabajitos'. Muy bien, juguemos Nicholas.

En cuanto abre la puerta del coche, contengo la respiración. Nick agarra el volante con fuerza y maldice entre dientes. Ha llegado el momento de actuar. Le clavo la pistola en el costado, sin darle apenas tiempo a reaccionar, y lanzo una simple orden. Clara y concisa.

– No digas nada.

Su mano tiembla y clava sus ojos en los míos a través del espejo retrovisor. – Conduce. Yo te guío.

Le voy guiando a través de la ciudad, callejeando para evitar el intenso tráfico de la tarde. Le llevaré hasta un polígono abandonado donde nadie pueda molestarnos y podamos mantener una buena charla cara a cara.

No puedo arriesgarme a que nadie me vea merodeando tan cerca de Valerie, no con John Soyers pisándome los talones.

No tardamos en llegar a la zona en cuestión, donde antes había un montón de empresas que ahora han dejado de existir. La mayoría, dedicadas al calzado o la materia textil. Al llegar a una pequeña rotonda, encuentro el lugar perfecto para aparcar. Entre dos naves industriales.

– Vale, puedes apagar el motor. – Le ordeno.

Creo que no tiene ni la menor idea de donde estamos, e insiste en cruzar su mirada con la mía a través del espejo retrovisor. Noto su confusión, puedo respirar su desconfianza.

– Oye, ¿qué quieres? – Me pregunta directamente. – Si se trata de dinero, toma. – Me ofrece, y acerca su mano al bolsillo del pantalón dispuesto a sacar la cartera. Me entrar ganas de reír. ¿De verdad es tan idiota?

– Deja eso. – Le digo. – ¿De verdad crees que te he traído hasta aquí por dinero? Piensa un poco. – Ratifico golpeándole la sien con el dedo índice.

Justo en ese momento, aprovecho para lanzarle una carpeta en el asiento del copiloto. Es la que contiene la informaciónn sobre Valerie.

– ¿Por qué la estás siguiendo? – Busco saber. No pienso andarme con rodeos.

Traga en seco. Está nervioso. Sabe que le he pillado. A mí no puede engañarme, conozco todos sus trapos sucios.

– Sigo órdenes. – Me explica de forma escueta.

– ¿De quién? Y no me vengas con tonterías, porque no me va a costar nada apretar el gatillo. –

Le advierto.

Llevado por la desesperación, tantea con la mano bajo el asiento buscando su propia pistola. Este chico no aprende, de verdad que no. Por supuesto que me he encargado de rastrear el coche en busca de cualquier arma. Y la encontré.

– No pongas a prueba mi inteligencia, por favor. – Resoplo cansado de tanta tontería. – ¡CONTESTA!

Y opto por meterle todavía más presión, apuntándole con la pistola directamente a la cabeza. El arma no está cargada, pero eso él no tiene por qué saberlo. Click.

– John Soyers. – Confirma mis sospechas. – Es su hija.

– ¿Y por qué querría John Soyers vigilarla? – Insisto.

– No lo sé.

Muy bien, será mejor que le demuestre que le tengo completamente calado. Llevo varias semanas detrás de él.

– Dime una cosa… ¿A cuánto se pagan los asesinatos? Deben permitirte vivir bastante bien, ¿a qué sí? – Suelto sin tapujos.

– ¿Cómo demonios sabes tú eso? – Replica angustiado.

– ¿Qué te llamas Nick Turner? – Inquiero. – ¿Qué tienes veintidós años y no eres más que un pobre chaval abandonado que no encontró otra salida en la vida que convertirse en un asesino a sueldo?

– No me jodas, ni que tú fueras un santo. Tú también debes estar bastante jodido si te ves obligado a amenazarme. – Enuncia con seguridad. – ¿Acaso tienes problemas con Soyers? – Adivina.

No me gusta que tome el control. No me gusta nada que se adelanten a mis movimientos. Este chico podría ser más peligroso de lo que parece a simple vista.

– Aquí las preguntas las hago yo. – Le aclaro. Ha llegado el momento de vernos las caras. – Bájate del coche. – Le ordeno a continuación.

Nick abre la puerta lentamente y sale del coche casi a trompicones. ¿Tiene miedo? Cuando al fin le tengo enfrente, sus profundos ojos azules me analizan con severidad. El silencio nos engulle.

– ¿Es tu socio? – Se atreve a preguntar tras un rato.

– Eso es algo que a ti no te importa. – Sentencio, y me dispongo a bajar la pistola. Creo que podríamos llegar a un acuerdo y necesito que se sienta cómodo. – ¿Cuánto te ha pagado? Quiero saber el precio que tiene la cabeza de su hija. – Le apremio.

– No creo que un padre sea capaz de poner precio a la cabeza de su hija. – Afirma. ¿Acaso no conoce al hombre para el que trabaja? Empiezo a preguntarme si Nick tiene una ligera idea de quién es realmente John Soyers.

– No le conoces.

– ¿Y tú sí? – Me increpa.

– No tienes ni la mínima idea de a quién te enfrentas. – Zanjo cortante.

No sé hasta dónde puede llevarnos esta conversación, pero puede que me haya adelantado a la hora de prejuzgar a Nick.

– Escucha, si dejas la pistola no tengo ningún problema en hablar contigo. – Se ofrece. Y siento que él se encuentra en la misma tesitura. ¿Se atreverá a confiar en mí?

– Muy bien, hagamos un trato. – Le propongo. – Yo dejo la pistola, si a cambio aceptas trabajar para mí. Te pago el doble que Soyers.

Nick se queda impactado y sin saber muy bien qué responderme.

– Si voy contra Soyers, soy hombre muerto. – Argumenta temeroso. – ¿Por qué tendría que jugármela por alguien a quien acabo de conocer?

– Te daré más de una buena razón. Créeme. – Le aseguro. Tengo una propuesta muy difícil de rechazar.

– ¿Por ejemplo?

– No tendrás que volver a matar. – Declaro. – Conmigo ganarás una buena pasta, si a cambio te comprometes a cuidar de Valerie.

– Tío, ¿pero quién narices eres? – Inquiere bastante desconcertado.

– Puedes llamarme Harrison.

VALERIE

No doy crédito a lo que me cuenta Harrison. ¿Nick fue capaz de arriesgarse tanto por mí? Hasta el momento, creía que él había aceptado trabajar para mi padre. Le creía capaz de todo, incluido hacerme daño, con tal de embolsarse una buena suma de dinero. ¿Y ahora me viene con esto? No pongo en duda que se haya enamorado de mí. De hecho, creo que si decidió luchar por lo nuestro y organizar todo ese plan en Las Seychelles, fue porque en el fondo le movía un sentimiento muy profundo. Más profundo de lo que puedo llegar a imaginar.

– ¿Me estás diciendo que Nick aceptó ese trato? – Comento impactada ante esa revelación.

– ¿Por qué te cuesta tanto creerlo? Ya se ha arriesgado por ti no una, sino varias veces. – Argumenta Harrison.

Noto un peso que me aprisiona y deja sin respiración. Siento unas inmensas ganas de llorar. Joder, no puede hacerme esto. No ahora.

Harrison se levanta de su asiento, rodea el enorme escritorio, y se acerca a mí de manera pausada. Una vez enfrente, decide acuclillarse para estar a mi altura y toma mis manos entre las suyas.

– Valerie, lo que siente es real. Siempre lo ha sido. No dudó ni un segundo en desafiar a John Soyers con tal de protegerte. Créeme. –Afirma rompiéndome en mil pedazos.

– Pero él... – Pronuncio desbordada por las lágrimas. – Me ha hecho mucho daño.

– Lo sé, cariño. – Alega, y su tono me recuerda realmente al de un padre que se preocupa por su hija. Joder, es tan extraño. No consigo encontrarle explicación a este lazo que me une a Harrison. Por algún motivo, sé que a su lado estaré a salvo. Eso es algo que nunca experimenté con John Soyers. Jamás. – Nick ha cometido errores, como todos. – Sostiene. – Yo también la cagué con Savannah y no sabes lo que me arrepiento.

La expresión de Harrison consigue romperme el corazón. Es la viva imagen de un hombre atormentado. No consigo imaginarme el inmenso dolor al que debe hacer frente cada día. Sus profundos ojos castaños, que curiosamente me recuerdan a los míos, se apagan cada vez que menciona a su gran amor.

No me resulta difícil encontrar aquello que consiguió cautivar a Savannah. Harrison es un hombre muy atractivo y está rodeado por ese aura de misterio que te hace preguntarte continuamente qué esconde. Incluso las canas que adornan su pelo le hacen ver interesante, al igual que las pequeñas arrugas que adoran su rostro y le dan ese aspecto de hombre maduro y experimentado. Consigo reflejarme en él, casi como un espejo. Y eso me aterra.

– Vosotros estáis a tiempo, Valerie. – Trata de aconsejarme. – Se lo dije a Nick y te lo repito a ti. No desaprovechéis esta gran oportunidad que os ha regalado la vida, porque no vuelve. – Me advierte.

En su caso, él jamás tendrá la oportunidad de disfrutar de otro beso, de otra caricia. Ha perdido a la persona que más amaba, y eso es algo con lo que deberá lidiar el resto de su vida.
Pero, por mucho que me duela pensar en la muerte de Savannah, su historia no tiene nada que ver con la nuestra. Mi relación con Nick es demasiado complicada. Siempre lo ha sido. Las escasas piezas que he conseguido reunir para formar el puzzle, siempre me dejan en el mismo punto. Lo nuestro está destinado a ir del odio al amor, del todo a la nada, en un bucle sin fin.
– Créeme, Valerie. – Prosigue Harrison. – En algún momento, todo volverá a su cauce y tendréis que tomar una decisión.
– Con él siempre es lo mismo. – Me lamento. – Lo único que hacemos es tropezar una y otra vez con la misma piedra. Somos un maldito desastre y no creo que haya forma de solucionarlo.
– Claro que sois un desastre. – Coincide conmigo. – Es cierto. Pero también os amáis con la misma intensidad.
Sé que la intención de Harrison es buena, pero a estas alturas lo que necesito es centrarme en mi misma. Tengo suficientes problemas como para preocuparme también por Nick. Y eso me recuerda la nota que recibí.
– Harrison, ¿puedo confiar en ti?
– Por supuesto. – Me asegura acercando su mano a mi mejilla con ternura y acariciándomela lentamente. Ese sencillo gesto me reconforta y hace sonreír. – Siempre puedes confiar en mí. Para todo, ¿de acuerdo?
Asiento y le muestro el papel arrugado que guardaba en mi mano. «Ten cuidado. Estoy más cerca de lo que imaginas».

CAPÍTULO 14

GAEL

Volver de la muerte te hace replantearte las cosas. Ya lo creo que sí. Estuve muerto durante exactamente 10 minutos, pero Harrison consiguió traerme de vuelta. Y ahora tan solo tengo una cosa en mente: buscarla. No sé qué cojones está haciendo Nick, pero parece que él tampoco está dispuesto a ceder. A pesar de que Harrison nos exigió que nos apartásemos de Valerie y nos mantuviésemos al margen, ahí estaba él. Tocando los cojones. Se ha presentado en el mismo jodido local. Y, para colmo, va y le monta una escenita de celos.

Tuve que contenerme para no intervenir, pero eso habría supuesto mandarlo todo a la mierda. Ella tiene que pensar que estoy muerto. Aunque me joda, debo conformarme con observarla de lejos. Pero me cuesta. Me cuesta mucho. De hecho, no he podido evitar dejarle una nota. Un mensaje que le haga ver que sigo a su lado: «Ten cuidado. Estoy más cerca de lo que imaginas». Ni siquiera se dio cuenta. Pasé por su lado mientras estaba distraída en la barra y la introduje con sumo cuidado en su bolso.

No he conseguido olvidar tampoco ese extraño sueño que tuve con Savannah, si es que se le puede llamar así. Fue muy real, demasiado real. Y esa contundente advertencia sobre Valerie que no puedo dejar pasar:

«Valerie no está a salvo. Todavía no, aunque queráis pensar lo contrario. No te separes de ella».

Tampoco es que haya perdido el tiempo, porque durante estas semanas me he encargado de buscar a John Soyers. Ahora ya es algo personal. Ese tío intentó matarme, tiró un bidón de gasolina y nos hizo saltar por los aires. Pero, desgraciadamente, es como si se lo hubiese tragado la tierra. Harrison y yo hemos puesto todo de nuestra parte para dar con él. Se ha encargado de borrar todo rastro de sus laboratorios, lo que hace casi imposible encontrarle. Pero no pienso parar. No ahora.

Sé que Harrison se cabreará mucho por lo estoy a punto de hacer, pero no puedo aguantar más. Tengo que ver a Valerie. Tocarla. Así que aprovecho que Harrison la ha traído hasta su casa, donde me escondo desde hace semanas, para colarme en su habitación. Sujeto la rosa con fuerza entre los dedos, aún con el riesgo de pincharme con las espinas. Directa del jardín. Es extraño como algo tan hermoso puede hacer tanto daño. Me cuelo a través de los enormes ventanales y coloco la rosa sobre la cama junto con otra nota: «¿Me echabas de menos? Tic, tac… queda muy poco».

Muero de ganas por ver su reacción, por sentir su respiración agitada y robarle un beso. Quiero que sepa que es solo cuestión de tiempo. Muy pronto, cuando encuentre a John Soyers, podremos

estar juntos y ella tendrá que decidir. Nick o Gael. Tic, tac... la decisión es tuya Valerie.

VALERIE

Todavía sigo dándole vueltas a la conversación que he mantenido con Harrison. Me cuesta asimilar el cambio de actitud que ha sufrido Nick. ¿Por qué me trata así? ¿Por qué insiste en hacerme daño de esta manera? Suspiro ofuscada, y entro al dormitorio, pero mi corazón se para en seco. Los ventanales están abiertos de par en par y el aire mueve las cortinas de manera agitada. Un escalofrío me recorre de arriba abajo al caer en la cuenta de que alguien ha entrado aquí.

Joder. ¿Será él? No puede haberme encontrado. No, por favor. Entonces reparo en que hay otra nota descansando sobre mi cama. Dudo si acercarme, pero no puedo vivir con esta incertidumbre. La misma caligrafía. No cabe duda. «¿Me echabas de menos? Tic, tac… queda muy poco».

El intruso que ha dejado esta nota no puede estar muy lejos. No puede haber escapado tan rápido. No me lo pienso dos veces y decido salir directa al jardín para comprobar si queda algún rastro. Un fuerte olor a césped recién cortado me inunda los sentidos. Por suerte, los pequeños farolillos que adornan la zona me permiten ver perfectamente y marcan el camino a seguir hasta la entrada. Allí donde el camino se divide y da paso al oscuro bosque que nos rodea. Tal y como pude contemplar a mi llegada, todo el terreno está lleno de flores y arbustos que combinan a la perfección. Doy varias vueltas por el exterior y llego hasta la fuente central que me dio la bienvenida hace unas horas. La mansión es realmente inmensa y termino dándome por vencida.

Lo mejor será que avise a Harrison, pero tampoco quiero preocuparle. ¿No voy a poder estar tranquila ni cinco minutos? ¿Por qué no consigo estar a salvo en ningún lugar?

Realmente agotada, me preparo mentalmente para pasar otra noche en vela, pero de vuelta a la habitación me encuentro con otra sorpresa.

Una rosa. Una jodida rosa descansa sobre la cama, en el mismo sitio donde estaba la nota. El corazón me late a mil por hora. Tengo que concentrarme para no sufrir un ataque de pánico. Está aquí. Está aquí conmigo. En la habitación. ¿Qué puedo hacer? Me planteo la posibilidad de correr lo más rápido que pueda. También puedo gritar, con la esperanza de que Harrison me oiga. ¿Le dará tiempo a llegar?

Me debato un instante y, justo cuando me dispongo a abrir la puerta para intentar escapar, noto una presencia a mi espalda y una mano me tapa la boca con firmeza. Me arrastran de vuelta al interior.

El corazón descontrolado, la respiración agitada. Mi pecho sube y baja a toda velocidad justo cuando el intruso decide liberar mi boca y comienza a descender lentamente con su mano por todo mi cuerpo, pasando por mis pechos, que roza con toda la intención. Mi cuerpo le reconoce enseguida y responde sus caricias. Mis pezones, casi expuestos bajo la fina tela del pijama, se

ponen duros ante la excitación del momento, mientras él prosigue con su recorrido hasta mi cintura.
No contento con eso, acerca los labios a mi cuello y los recorre hasta llegar al lóbulo de mi oreja, el cual se detiene a mordisquear volviéndome loca.
– ¿Me echabas de menos? – Me susurra al oído.
No soy capaz de pronunciar palabra, lo único que se oye son nuestros jadeos entrecortados.
Me atrevo a tomar el control de la situación y me doy la vuelta hasta toparme con sus labios. Carnosos. Perfectos. Los únicos que quiero besar, aunque sea un imbécil. Nuestras bocas se traban en un apasionado beso que me gustaría que durase eternamente. Lo siento todo. Lo quiero todo. Sus manos por todo mi cuerpo. Su rabia. Su amor. Le quiero a él, por completo.
– ¿Cómo has conseguido colarte aquí? – Mascullo entre susurros. – Me has dado un susto de muerte, ¿sabes?
Pero no me responde. Ni siquiera me da tiempo a preguntarle por las malditas notas. ¿A qué viene este jueguito? En cambio, Nick se limita a dedicarme una leve sonrisa antes de darse media vuelta y marcharse. Suelta mi mano y me invade una sensación de abandono. Al igual que un fantasma, se desvanece a través de los ventanales y se pierde en la noche. ¿Qué acaba de pasar?
Dormir ya resulta imposible. Los recuerdos me embargan con más fuerza que nunca. Un lugar viene a mi mente: Infoscience.
Veo a Nick. Los dos rodeados de un montón estanterías, carpetas y periódicos. Su expresión, sombría y amedrentadora, me hace temer lo peor.



– Mira, niñata. – Dice acercándose amenazador hasta que consigue aprisionarme contra la pared. – No quieras encontrar lo que no se te ha perdido. – Jadea furioso con la respiración entrecortada colándose entre mis labios.
No hay casi espacio entre ambos. Siento su pecho subir y bajar a un ritmo frenético, mientras sus brazos se contraen luchando por no tocarme. Yo le sostengo la mirada orgullosa, no pienso dejarme intimidar.
– ¿Si no qué? – Le provoco. En este tira y afloja solo uno puede ceder. Y, si algo tengo muy claro, es que no voy a ser yo. – ¿Qué me harás?
El fuego de la ira parece devorarle por dentro, incluso soy capaz de descifrar su debate interno.

Se muere de ganas por demostrarme quién es en realidad, sacar el monstruo que lleva dentro, pero por algún motivo se contiene. Me encantaría saber qué es lo que le retiene, por qué no me demuestra de lo que es capaz y acabamos con esto.
Sus manos al fin toman la iniciativa de posarse en mi cintura, y siento que puedo desfallecer cuando comienza a subirlas poco a poco. Contengo la respiración al mismo tiempo que la suya parece fuera de control. Ni siquiera sé que es lo que se le está pasando por la cabeza, pero solo imaginar que pueda saldar los milímetros que separan nuestros rostros y sellar sus labios con los míos, hace que mi estómago se contraiga y los estremecimientos se apoderen del poco autocontrol que trataba de mostrar. Es agónico, demencial, una tortura.



Algo que me dice que ese lugar tiene mucho que ver con nuestra historia. Una corazonada me impulsa a buscar respuestas justo dónde comenzó todo. Si bien mi relación con Nick está rota, un viaje al pasado podría ayudarme a ordenar el caos que se ha instaurado en mi cabeza. Es lo único que me queda.

CAPÍTULO 15

HARRISON

Los recuerdos duelen. Duelen mucho. Cada vez que alguien se atreve a pronunciar su nombre, me rompe el corazón. Hablar de ella, me lleva a recordar los errores que he cometido. Disparamos. Atacamos a los demás sin pensar en las consecuencias hasta que es demasiado tarde. Hacemos daño de manera gratuita, y ni siquiera nos detenemos a analizar cuántas víctimas dejamos a nuestras espaldas. No hacen faltan armas. Un solo comentario. Una palabra. Eso es más que suficiente para hundir la vida de otra persona. No nos tiembla el pulso. Ni sentimos remordimientos. Al menos, hasta que una noche, en medio de la oscuridad, te da por pensar. Y entonces lo ves todo con una claridad que asusta.



Hace dos años...

Savannah me cabrea. Me cabrea mucho. Va por la vida sin medir las consecuencias, como si nada malo pudiese pasarle. ¿Qué demonios le pasa a esta chica? ¿Acaso no mira el telediario? Cada fin de semana pierde horas enteras ligando con tíos que solo buscan una cosa: follar.

Me encantaría preguntarle por qué se valora tan poco. Podría tener al tío perfecto comiendo de su mano con un simple aleteo de esas largas pestañas. Y, sin embargo, ha aceptado tener una cita conmigo.

Todavía no me explico por qué el corazón me da un vuelco cada vez que se contonea o recoloca la melena en un gesto nervioso. ¿Es atracción? ¿Un capricho del momento? Lo único que sé es que tengo ganas de volver a verla.

Desde lo que sufrí con Isobel, cerré mi corazón a cal y canto. No quise dejar espacio para nada que no fuese la venganza. Y, ahora, llega esta niña a ponerlo todo patas arriba. Debo estar loco, rematadamente loco. Si no, no me explico por qué he accedido a responder a sus preguntas.

Y mucho menos por qué la he traído precisamente a uno de mis lugares seguros. La casa de mi infancia. La casa en la que crecí. La casa a la que vengo siempre que necesito escapar del mundo, aunque esté casi en ruinas.

La casa en la que he pasado mil y una noches buscando la forma de recuperar aquello que me arrebataron. Pensado en Isobel. Pensando en Valerie. Pensando en nada. ¿Qué necesidad tengo a estas alturas? Ninguna. Pero, en cuanto ha posado esos ojazos verdes en los míos, he perdido la cabeza.

Así, de un plumazo, Savannah Samuels ha mandado a la mierda mis convicciones más profundas. Ese juramento interior que prometí no romper bajo ninguna circunstancia. «Los putos principios, Harrison». «Los putos principios», me reprendo a mí mismo. ¿Dónde han ido a parar? Pues al cubo de la basura, igual que mi dignidad.

He respondido a todas sus preguntas sin titubear. Me ha sonsacado la verdad sobre el BKL289 sin esfuerzo, aunque en un principio me juré que no obtendría nada de mí. Esa rubia sexy y atrevida me ha dejado sin defensas en apenas unos minutos. Sin escudos. Y, para colmo, voy y la invito a cenar. No he podido resistirme. Mi fuero entero me lo gritaba a voces.

Así que aquí estoy, esperándola a la salida de Infoscience con los nervios a flor de piel. La luz del proveniente del edificio llama la atención en medio de la oscuridad de la noche. La fachada acristalada me permite vislumbrar el interior de la redacción, donde hay mucho movimiento. La mayoría corren de un lado para otro atendiendo últimas horas, mientras que otros se disponen a irse a casa tras una larga jornada de trabajo.

Estoy pendiente para ver salir a la atractiva rubia que me ha robado el corazón. Resulta imposible no fijarse en ella. En cuanto pone un pie en la calle, todo parece iluminarse a su alrededor. Lleva el abrigo abierto, por lo que puedo deleitarme con las vistas. La falda que ha escogido realza todavía más sus esbeltas piernas, junto con la sencilla camisa que consigue darle un toque distinguido y se ajusta perfectamente a sus pechos.

Mira a un lado y a otro intentando encontrarme, por lo que toco levemente el claxon para que vea que he aparcado justo enfrente. Ella sonríe y me saluda con la mano, y en ese preciso instante el mundo deja de girar. Mierda, Savannah, ¿qué voy a hacer contigo?

En cuanto entra el coche, el dulce olor de su perfume me embriaga. Huele a Prada, lo distingo enseguida. Si mi plan inicial era resistirme, me lo está poniendo realmente difícil.

– Hola. – Me saluda con una sonrisa deslumbrante. Y se atreve a darme un beso en la mejilla. Me quedo paralizado. No estaba preparado para esto. «No puedes enamorarte, Harrison. No puedes caer ahora. No con ella», me reprendo.

Decido llevarla a uno de los restaurantes italianos más elegantes y exclusivos de la ciudad. No se merece menos. Aunque no pueda ser mía, al menos podré disfrutar de la noche y engañarme a mí mismo por unas horas. En cuanto llegamos, el camarero nos acerca a la mesa que habíamos

reservado y noto enseguida que Savannah está algo incómoda. Empiezo a temer que haya sido demasiado para ella.

– Siento curiosidad. – Enuncio dubitativo una vez tomamos asiento. – ¿De dónde sale esa vena tuya por querer desentrañar misterios?

Y esa pregunta parece relajar el ambiente.

– Es tu turno de interrogarme, ¿verdad? – Asume ella encogiéndose de hombros.

– Sería lo justo, sí.

El lento crepitar de las velas sume el ambiente en algo privado y bastante romántico.

– Stephen King. – Confiesa. – Vivo obsesionada con todos y cada uno de sus libros desde que tengo uso de razón.

Eso encaja a la perfección con su personalidad.

– Curioso… – Comento al respecto. – Una periodista adicta a meterse en problemas. Sin duda, podrías dar el pego como uno de sus personajes.

– ¿Por qué consideras que me gusta meterme en problemas? – Inquiere divertida.

– Porque hay ciertas cosas que es mejor dejar enterradas. – Le aseguro. Que quiera indagar sobre el BKL289 resulta, cuanto menos, preocupante. Savannah no tiene ni idea de dónde se está metiendo. Ni la más mínima.

– ¿Te refieres al proyecto?

– Si. – Confirmo dando un largo trago a la copa de vino. Ella me imita y también saborea el exquisito sabor afrutado.

– Hay muchas cosas que no me has contado.

– Porque hay muchas cosas que te conviene ignorar. – Replico tajante. Tengo que conseguir que se olvide de todo lo que le he contado. Sé que la culpa ha sido mía por hablar más de la cuenta, pero no pienso permitir que siga indagando en el tema. Tan solo imaginar que John Soyers pueda ponerla en el foco, me revuelve el estómago. Savannah es tan inocente... no merece verse envuelta en mi oscuridad.

Además, sé que es amiga de Valerie, por lo que sospecho que ella también puede estar metida en problemas. Casi puedo leerle el pensamiento.

No entiende mi cambio actitud, pero es la única forma que tengo de mantenerla al margen. Debo apartarla de mí a toda costa, aunque eso suponga ganarme su rechazo.

– ¿Te apetece salir al patio? – Propongo conciliador. Debo terminar con esto cuanto antes. Un tierno baile de despedida y cada uno seguirá su camino. Es lo mejor.

– Está bien. – Accede ella a regañadientes. – Pero el tema no va a quedarse así. – Me advierte.

Suspiro agotado en respuesta. De verdad que intento contenerme, pero no puedo evitar deslizar la mano hacia la parte baja de su espalda para guiarla hacia el exterior. Savannah se estremece ante ese leve tacto. El ambiente no puede ser más romántico, y rápidamente nos vemos envueltos por

ese aura. El patio está decorado enteramente con una combinación de rosas rojas y blancas, y la tarima que recubre el suelo lo convierte en una improvisada pista de baile donde varias parejas se balancean acarameladas al son de la música. La suave brisa nocturna nos envuelve con la fragancia de las flores.

– Acabaré sonsacándotelo todo. – Sostiene decidida. Y yo reniego sonriente ante su cabezonería. A continuación, me dispongo a rodear su cintura con mis brazos, mientras ella hace lo propio con los suyos alrededor de su cuello. – Confío en mis capacidades, no es la primera vez que las pongo en práctica. – Me asegura.

– ¿Usas esa lengua tan afilada con todos los hombres o solo conmigo? – Le susurro al oído mientras comenzamos a balancearnos lentamente siguiendo el compás de la música.

Ahora mismo, somos como cualquier otra pareja. No importan la diferencia de edad o el maldito proyecto. Nada más allá fuera de esta burbuja. No sé qué pasará mañana, pero no quiero dejar de disfrutar y sentir que este momento es perfecto. Con ella entre mis brazos, todo encaja y cobra un sentido diferente.

– También puedo sacar las garras, ¿quieres verlo? – Enuncia. Y esa ocurrencia me arranca una profunda carcajada.

– Nunca había conocido a nadie como tú. – Admito entonces fijando la mirada en sus preciosos ojos verdes.

– Tú también eres una incógnita para mí. – Apunta ella a su vez.

Y se atreve a dar un paso para el que ninguno de los dos está preparado. Se pone de puntillas y me acaricia con suavidad la mandíbula antes de unir nuestros rostros. Cerca. Demasiado Cerca.

– ¿Intentas seducirme? – Siseo entre dientes. – Mala idea, Savannah.

Mis advertencias no surten efecto. Savannah me lanza una mirada atrevida antes de unir nuestras bocas. No puedo resistirme. No puedo más. A la mierda. Y le respondo con fervor, olvidándome de las jodidas normas.

– ¿Qué ha sido eso? – Me atrevo a preguntar tras el shock inicial. Me ha besado, y siento que ha cometido un grave error.

– Un beso. – Afirma bastante tranquila. ¿De verdad? Yo estoy temblando de pies a cabeza, mientras que a ella ni siquiera parece haberle afectado lo más mínimo.

– Savannah… – Murmuro bajando la voz y mirando alrededor. – Podría ser tu padre. ¿A qué juegas?

– A lo mismo que tú. – Señala provocadora.

– Es mi culpa, jamás debí cruzar la línea. – Confieso abatido. Y no puedo evitar sentirme responsable. Yo he provocado esto.

Fui yo quien la invitó a cenar. Debí cortarlo de raíz en cuanto tuve oportunidad. Nada de

entrevistas, y mucho menos cenas que den pie a un claro interés romántico. ¿Qué demonios me ha pasado? – Lo siento. – Me disculpo con ella sintiéndome un auténtico desgraciado.

¿Qué hago dándole esperanzas cuando queda claro que nuestro amor es imposible? Le saco nada menos que veinte años, por no hablar de que es la mejor amiga de hija. ¿Qué pensaría Valerie si se entera? En realidad, puede que ni siquiera haya sentimientos por lo que preocuparse. Puede que su único interés sea sonsacarme información. Y esa idea me cabrea.

– Espero haberte sido de ayuda para esa investigación. – Advierto consumido por ese pensamiento.

– ¿Qué? ¡NO! – Exclama dolida.

– Me resulta difícil de creer. – Replico contundente.

– ¿Qué es tan difícil de creer, Harrison? ¿Qué me gustes? – Me increpa ella.

– Precisamente eso, Savannah. Has tenido una reacción propia para alguien de tu edad. Yo no lo veo del mismo modo.

– ¿Por qué no admites que el verdadero problema es que no te atraigo en absoluto y dejamos el tema? – Conviene frustrada.

Y yo me dedico a fruncir los labios.

– ¿Lo ves? – Enuncio a continuación. – Que lo tomes a la defensiva es un símbolo de inmadurez.

– Harrison, no pienso pedir perdón por haber hecho lo que sentía. Señala decidida.

– Si quieres fingir que aquí no ha pasado nada, perfecto, pero no me hagas quedar como una cría estúpida cuando has sido tú quien ha dado el primer paso. ¿O traes a cenar a todas las veinteañeras que te vas encontrando por ahí? – Me echa en cara. Y no puedo negar que duele.

– ¿Sabes? – Prosigue. – No tendré una lista minuciosa y exhaustiva con las características que debe tener mi pareja ideal, pero sé que la edad importa una mierda cuando de atracción se trata. Y seré una niña, como bien dices, pero he sido muy consciente de lo que hacía cuando acepté quedar contigo esta noche, al igual que lo soy ahora tras haberte besado. – Sostiene nerviosa antes de adentrarse en el restaurante lista para abandonarme. No me cabe duda de que Savannah Samuels es de armas tomar. Y eso me encanta.

– No hay una mujer ideal. – Admito alcanzándola y ofreciéndole el abrigo.

– ¿Y…? – Inquiere expectante.

– No me eres indiferente. – Me sincero al fin.

Sus labios se curvan en una sonrisa radiante y triunfal.

– Menos mal que lo reconoces.

CAPÍTULO 16

VALERIE

He dormido apenas cuatro horas, estoy destrozada y ni siquiera todo el suministro de café existente en el mundo sería capaz de mantenerme en pie. Pero el inspector no parece dispuesto a darme tregua. Cuando el móvil comenzó a sonar a las ocho de la mañana, casi lo hago pedazos. En un primer momento me planteé ignorar su llamada, pero Harrison está en lo cierto. No puedo jugar con la justicia, no cuando me tienen en el punto de mira. No me ha quedado de otra que presentarme en la comisaria de Kingston. Y aquí estoy de nuevo, con este hombre mirándome con cara de muy malos amigos.

– Señorita Soyers, ¿le suena el nombre de Rebeca Anderson? – Me pregunta. Y centro mi atención en su placa identificativa: James Black, inspector de homicidios. Claro que me suena el nombre. Esa mujer. La mujer del vídeo. La que tanto daño me hizo obligada por mi padre. Sé que está muerta, Nick se encargó de ella. ¿Pero qué tiene ver eso conmigo?

– No sé quién es. – Miento una vez más.

– Vaya, me sorprende mucho teniendo en cuenta que curiosamente su muerte también parece estar ligada a su nombre. – Apunta el inspector circunspecto. Me ha calado. Sin embargo, sigo sin entender qué relación puedo tener yo con esa mujer cuando ni siquiera llegué a conocerla en persona.

– Parece inquieta. – Comenta frunciendo los labios ante mi silencio.

– ¡Pues claro que lo estoy! – Me quejo. – No sé de qué demonios me está hablando.

James Black se dedica a asentir y, a continuación, pasa a explicarme detalladamente la forma en la que me he visto envuelta en otro problema. Un problema que ni siquiera me he buscado.

– Verá, la investigación por la desaparición de su padre nos ha llevado a profundizar también en su círculo más cercano. Y, curiosamente, la señora Rebeca Anderson, socia de John Soyers, falleció en circunstancias bastantes similares. Un incendio en su apartamento y un bonito cadáver calcinado que presentaba ciertos signos de violencia. ¿Le resulta familiar?

Esa revelación me deja impactada. Mierda, Nick, ¿pero qué hiciste?



– Ahora más que nunca quiero hacerle pagar por todos esos crímenes. – Comento cuando el vídeo llega a su fin. – Y espero que esa mujer también esté allí, porque no dudaré en escupirle en la cara. – Sostengo furiosa.

– Está muerta. – Me confiesa Nick sin titubear.

– ¿Cómo sabes eso?

– Porque yo mismo la maté. – Admite. Y, ante mi cara de sorpresa, pasa a explicarme qué ocurrió realmente.

– Fue al poco de conocernos, en aquel momento ni siquiera sabía lo que tramaba tu padre. – Enuncia perdiéndose en sus recuerdos. – Cuando me contrató, también accedí a hacerle ciertos trabajos sucios, y ella fue una de las primeras víctimas. Gracias a Rebeca descubrí que había algo muy turbio detrás de su empresa. – Me aclara.

No debería alegrarme, lo sé, pero en el fondo lo hago. Me alegro de que esa mujer esté muerta.

– ¿Sufrió? – Inquiero con frialdad.

– ¿Por qué me preguntas eso?

– Es muy sencillo, Nick. – Me reitero. – ¿Sufrió cuando la mataste?

– La torturé, por si eso te deja más tranquila.

– Me alegro. – Zanjo satisfecha.



Joder, ¿de verdad fue capaz de hacerle esa monstruosidad?

– Por supuesto que no. Yo ni sabia de la existencia de esa señora. No he escuchado ese nombre en mi vida. – Trato de defenderme sin mencionar a Nick en ningún momento. No quiero implicarle.

– ¿Siendo socia de su padre? – Insiste Black.

Y eso consigue cabrearme. No sé por qué, pero parece que busca involucrarme en algo con lo que no tengo nada que ver.

– Se lo dejaré muy claro. – Sentencio molesta. – Yo jamás llegué a conocer a John Soyers. Nadie lo ha hecho, y no creo que vayan a hacerlo jamás. Es un ser despreciable que siempre ha estado encerrado en sí mismo. Que lleve su apellido o comparta la misma sangre corriendo por mis venas, no implica que haya ejercido como un padre amoroso. Y mucho menos que haya

compartido conmigo sus oscuros secretos.
Mi respuesta impresiona al inspector, que seguramente no se esperaba que me mostrase tan contundente.
– Según usted, no conocía a Rebeca Anderson y tampoco sabía nada acerca de los negocios de su padre. – Alega a continuación. Y me dedico a asentir. – Entonces, ¿podría explicarme por qué hemos recuperado estas imágenes en su teléfono móvil?
Me quedo de piedra. James Black abre una de las carpetas que descansan sobre la mesa y empieza a mostrarme diversas imágenes en las que aparece esa mujer. Tal y como la recordaba, aunque sin su característica bata blanca. Con el pelo corto, muy menuda y extremadamente delgada. En las primeras instantáneas aparece andando por la calle, también en el hospital. Nada extraño.
Sin embargo, cuando el inspector me enseña las tres siguientes, la respiración se me corta de golpe. Rebeca Anderson permanece tirada en el suelo en medio de un enorme charco de sangre, y también se la puede ver rodeada por las llamas del incendio que la consumió. Siento náuseas. ¿Quién ha sido capaz de hacer algo así? ¿De verdad Nick se atrevió a sacarle imágenes en ese estado? No concibo tanta crueldad, a pesar del daño que ella haya podido hacerle a mucha gente inocente.
– ¿Qué significa esto? – Pregunto temerosa. Si algo tengo muy claro, es que yo no saqué esas fotos, y muchos menos sé cómo han podido terminar en mi móvil.
– Yo te diré lo significa, Valerie. – Pronuncia una áspera y profunda voz a mi espalda. Harrison, gracias a dios. – Significa que están intentando inculparte.
– Señor Evans, no tergiverse mis palabras. – Replica el inspector. La entrada de Harrison en escena le hace recular de manera descarada. De repente, James Black ha perdido su soberbia y altanería.
– No lo hago, señor Black. Estoy seguro de que usted jamás acusaría a una inocente sin las pruebas necesarias, ¿verdad? – Le increpa. Y al inspector no le queda de otra que hacerse el ofendido. Muy irónico, teniendo en cuenta que justo hace un minuto estaba dispuesto a ponerme unas esposas y encarcelarme.
– Por supuesto que no. – Afirma James Black casi a regañadientes. Tras un instante cargado de tensión, Harrison y el inspector consiguen llegar a un acuerdo. No hay pruebas suficientes en mi contra, por lo que puedo irme, al menos de momento.
Después de dos horas que se han hecho eternas, por fin vuelvo a pisar la calle. No entiendo absolutamente nada.
¿Por qué intentaría inculparme de ese crimen? Harrison también parece bastante preocupado. A él tampoco le ha gustado nada lo que ha pasado ahí dentro.
– Valerie. – Me dice al cabo de un rato. – Esto es mucho más serio de lo que me imaginaba.

Y yo asiento dándole la razón. – Lo sé. – Coincido. ¿Crees que mi padre puede estar detrás?
Después de todo lo que ha sido capaz de hacer, inculpar a su propia hija en los crímenes podría ser el golpe de gracia. Esa sería la prueba más clara de que sigue vivo y dispuesto a seguir destrozándome la vida.
– Me jugaría el cuello a que sí. – Afirma tajante.
– Yo no hice esas fotos, Harrison. – Me lamento. – Te prometo que yo no...
– Eh, basta. – Me frena acogiéndome entre sus brazos. – Lo sé. Sé que no tienes nada que ver.
– Pero no lo entiendes. – Trato de explicarle. – Nick es el responsable. Él... – Consigo pronunciar con la voz rota. – Él me confesó que había matado a esa mujer.
– Nick no sería capaz de hacerte daño. No lo pienses ni por un segundo, ¿de acuerdo? – Sostiene.
Y, por algún motivo, escucharlo de su propia boca me tranquiliza.
Sé que en el pasado pudo hacerme daño, aceptó trabajar para mi padre, pero no creo que sea capaz de inculparme de un asesinato que él mismo cometió. Si hay un único responsable aquí, tiene que ser John Soyers. Y eso me hace pensar en mis recuerdos, que están volviendo poco a poco. Concretamente, en aquel lugar en el que nos conocímos y que cambió nuestra vida.
– Harrison, últimamente he estado pensando en que tengo que volver a un lugar. No consigo sacármelo de la cabeza y creo que puede ayudarme mucho a reconectar con mi pasado. – Le aseguro.
– ¿A dónde? – Pregunta curioso.
– ¿Te suena de algo un lugar llamado Infoscience?

GAEL

La quiero. Nuestro breve reencuentro terminó por confirmármelo y ahora lo tengo más claro que nunca. Ese beso sirvió para darme cuenta de que todo lo que he sacrificado hasta ahora vale totalmente la pena. Desde que la vi en aquel ascensor, donde me confundió por Nick, nada ha vuelto a ser igual. Cuando decidí buscar a mi hermano y vengarme, lo último que me imaginaba es que terminaríamos enamorados de la misma mujer, pero ya no puedo engañarme a mí mismo. Joder, estuve a punto de morir por ella. Si eso no es amor, no sé qué narices puede serlo. Me lo he jugado todo y pienso llegar hasta las últimas consecuencias. Con la policía pisándonos los talones, no es que tengamos muchas opciones, pero no pienso darme por vencido. John Soyers ha conseguido inculpar a Valerie de algunos de sus crímenes y tenemos que actuar antes de que sea demasiado tarde. Harrison tenía razón. El juego no ha terminado ni mucho menos, sino que acaba de comenzar.

Camille tamborilea nerviosa con los pies mientras espera a que le dé instrucciones. Está apoyada contra la pared y tiene cara de muy pocos amigos. Toda esta situación la está superando, lo sé. Verme medio muerto fue demasiado para ella.

Estamos en el hospital y me dispongo a entrar a la habitación de Isobel Soyers, por lo que necesito que esté pendiente ante cualquier movimiento extraño. Nadie puede verme aquí. Por tanto, su objetivo será distraer a cualquiera que quiera entrar o se disponga a pasar por al lado.

– ¿Estás lista? – Le pregunto.

– *Oui* [2]. – Me confirma con un leve asentimiento. Sin embargo, su reacción no termina de convencerme. Le pasa algo.

– ¿Qué ocurre, Camille? Estás muy rara. – Suelto al fin, exponiendo de una vez esa preocupación que llevaba días rondándome la mente.

– *Je n'ai pas envie de parler maintenant* [3]. – Afirma escueta. Y esa respuesta me preocupa más de lo que pueda reconocer. Lo último que quiero es hacerle daño, y siento que haga lo que haga ella saldrá perjudicada. Sé que quiere ayudarme, pero le he insistido muchas veces para que se aparte. Algo, ante lo que ha demostrado lo cabezona que puede llegar a ser. Hasta el momento, me he topado con una negativa constante.

– Sé que no estás bien, así que no me mientas. – Insisto. A la mierda el plan. Lo principal ahora mismo es que Camille me cuente qué le pasa.

– No lo entiendo. – Suelta al fin. – No entiendo que te la juegues tanto por esa chica. – Dice en referencia a Valerie. Y eso consigue dejarme noqueado. No tenía ni idea de que se sentía así.

– Camille, desde el principio te advertí que te mantuvieras al margen. – Le recuerdo. – No tenías por qué involucrarte en todo esto.

– *¿Comment ça? C'est toi qui m'as impliqué, Gael* [4]. – Sostiene dolida. – Desde el mismo

momento en que me llamaste para ayudarte en Las Seychelles, me implicaste. *¡Et je n'en peux plus!* [5]. – Se lamenta. – ¡Te vi morir! ¡Fuiste capaz de morir por ella!

Yo bajo la mirada sin saber muy bien cómo enfrentarme a esta situación. No puedo verla sufrir. No es justo.

– ¿La quieres? – Prosigue inamovible. Y no me queda de otra que admitirlo.

– Sí. – Le confirmo lo que era un secreto a voces.

– Vale, pues lo único que espero es que todo esto te merezca la pena al final. – Señala ella tajante.

CAPÍTULO 17

VALERIE

El enorme edificio llama la atención en medio de la calle abarrotada, y lo cierto es que a mi mente llegan retazos muy vagos del tiempo que pude pasar allí. Mi instinto no se equivocaba. Recuerdo andar por esas mismas calles y cruzar las puertas acristaladas más de una vez. Harrison ya me ha explicado que trabajé allí con Savannah y que estaba dispuesta a convertirme en periodista. Es curioso como ya ni siquiera consigo sentirme conectada a aquello que alguna vez fue tan importante para mí. John Soyers me ha quitado demasiadas cosas, incluidos mis sueños y esperanzas.

Bastante nerviosa, me atrevo a dar el paso de entrar dentro e inmediatamente el olor a café y el bullicio de la redacción inundan mis sentidos. Vaya, un auténtico viaje al pasado. Recuerdo las risas, las tardes que pasaba con Savannah soñando despiertas. Dios, cuanto la echo de menos. La emoción me embarga y me veo obligada a recomponerme antes de acercarme a la recepción.

Una chica muy exuberante permanece atenta a la pantalla del ordenador mientras se dedica a teclear y a mascar chicle con cierta desgana. Tarda un rato en recaer en mi presencia y, en cuanto me ve, abre los ojos como platos.

– ¿Valerie? – Inquiere completamente asombrada. Vaya, pues parece que me conoce.

En la pequeña identificación que cuelga de su camisa escasamente abrochada puedo leer el nombre de Kendall.

– Vaya... – Apunta impresionada levantándose de su asiento. – Eres la última persona que esperaba ver por aquí. – Comenta mientras pasa a rodear la mesa y hace ademán de darme un abrazo. ¿Qué? No estoy lista para tanta efusividad, aunque no me queda de otra que intentar mantener las apariencias. La chica parece simpática y no tiene por qué lidiar con mi apatía.

– ¿Cuánto han pasado? ¿Dos años? ¡Mírate! – Exclama mientras me hace un exhaustivo análisis de pies a cabeza. – Estás... – Kendall se detiene un rato para pensar en algún piropo, puede que para no ofenderme. – Delgada. – Determina finalmente.

Sé que no tengo el mejor aspecto del mundo. No he dormido y estoy completamente demacrada. Además, he perdido mucho peso y me he puesto lo primero que he pillado en el armario. Doy asco, ya lo sé. No hace falta que nadie se regodee en ello.

– Gracias. – Concluyo con una sonrisa de lo más forzada. Kendall, en cambio, me parece la típica chica dispuesta a seducir a cualquier hombre y a la que no se le resiste nada. Rezume seguridad y sexualidad por cada poro por su piel. No hay más que ver su atuendo; esa camisa estrecha y escasamente abotonada con la que presume de escote, y una falda corta con la que no

deja nada a la imaginación.

– Bueno, ¿qué te trae por aquí entonces? – Pasa a preguntarme directamente tras volver a su puesto de trabajo. – ¿Quieres ver a Mila?

Mila Samuels, directora de Infoscience y la que fuese mi jefa, según me ha informado Harrison. Lo cierto es que hablar con ella puede venirme muy bien, aunque no entraba dentro de mis planes. Ni siquiera sé que pinto aquí, al final me he dedicado a perseguir una corazonada.

– Sí, la verdad es que me gustaría hablar con ella. – Convengo. Ya que estoy, lo mejor será seguir hasta el final.

– ¿Tenías cita? No me suena haber visto tu nombre. – Alega Kendall lanzándome una mirada suspicaz.

– No. – Admito. – Yo simplemente pasaba por aquí y quise entrar a saludar.

– Pues en ese caso no creo que pueda ayudarte, cielo. – Apunta la recepcionista haciendo un puchero. – Porque Mila está reunida y tiene una agenda muy apretada.

– Lo entiendo. – Acepto encogiéndome de hombros. Ya vendré otro día.

– No, espera. – Me detiene Kendall antes de que opte por poner pies en polvorosa. – Deja que le consulte. Puede que al tratarse de ti, haga una excepción. – Se ofrece solícita. Y le sonrío en señal de agradecimiento. – ¿Por qué no esperas allí en la sala? – Me indica a continuación.

Sigo sus órdenes y me dispongo a darme una vuelta por la redacción. En cierto modo, me siento como en casa. Varias personas me reconocen y saludan, aunque yo no tengo ni idea de quienes son. Me toca fingir por educación.

Tampoco se me escapan las miraditas suspicaces y cuchicheos. Muchos están al tanto del incendio y del drama familiar que acapara las portadas de todos los medios. Suspiro y busco un lugar en el que poder refugiarme al menos por unos minutos. Es ahí cuando me topo con el mismo lugar que aparece en mis sueños. Las enormes estanterías repletas de archivadores, libros y documentos. Casi puedo sentir la presencia de Nick aquí mismo.

– Cuántos recuerdos, ¿verdad? – Susurra su sensual voz en mi oído. ¿Estoy alucinando? Mi corazón se acelera y no sé si tanto dolor ya ha terminado por volverme loca.

Me giro de golpe y me topo cara a cara con Nick. Es real, de carne y hueso. Y está aquí, plantando frente a mí y más guapo que nunca.

– ¿Qué haces tú aquí? – Me atrevo a preguntarle con voz temblorosa una vez recuperada de la primera impresión.

Se ha cortado el pelo, renunciando a su característica melena y a esos enmarañados rizos rubios que consiguieron cautivarme. Además, lleva puesta una chaqueta de cuero que se ajusta a la perfección a su atlético cuerpo, lo que le da el aspecto ideal de chico malo. No puedo evitar fijarme en sus manos. Manchadas de sangre inocente. Aquellas que han quitado tantas vidas. ¿Qué le hizo a Rebeca Anderson? ¿De verdad fue capaz de cometer esas atrocidades?

– Eso mismo iba a preguntarte yo. – Argumenta en respuesta, y me veo obligada a apartarle la mirada. No soy capaz de hacerle frente, no ahora.

– ¿Qué pasa? ¿Ya ni siquiera puedes mirarme? – Advierte enseguida, y da un paso al frente. Un simple gesto ante el que yo me tenso. No quiero tenerle cerca. No puedo. Cuando le tengo cerca, no consigo pensar. Su presencia me deja obnubilada y lo que necesito ahora mismo es pasar página.

Para mi sorpresa, decide cerrar la puerta metálica para darnos más intimidad y nos quedamos a solas en el enorme Archivo.

– ¿Te acuerdas de la cantidad de cosas que pasaron aquí? – Inquiere perdiéndose en sus recuerdos. – La de veces que tuve que aguantarme las ganas de besarte. – Afirma con una sonrisa.

Trago en seco, nerviosa. Y al dar un paso atrás, me doy de bruces contra una de las estanterías.

– ¿Qué pasa, Valerie? – Prosigue Nick acercándose cada vez más y atrapándome en sus redes. Me tiene a su merced y lo sabe. Lo de la otra noche me tiene muy confundida. No sé cómo reaccionar ni que hacer para sacudirme estas sensaciones de encima. Creía haberle superado. Quiero odiarle, intento odiarle, pero no puedo. Haga lo que haga, volvemos al mismo maldito punto de partida. – No me digas que ahora te doy miedo.

Pongo los ojos en blanco ante su ocurrencia, aunque puede que tenga algo de razón. Tengo miedo, mucho miedo de no ser capaz de controlar mis sentimientos y dominar al corazón. Un miedo atroz a que, pese a todo, esos ojos azules sigan robándome el sueño.

Nick termina de recorrer los escasos centímetros que nos separan y pega nuestros cuerpos. Es alucinante la forma en la que sin tocarme consigue hacerme temblar de pies a cabeza.

– ¿Me tienes miedo? – Insiste acercando su mano a mi mejilla. Las yemas de sus dedos rozan un instante mi piel, pero inmediatamente se arrepiente. – ¿Es eso? – Busca saber analizando mi reacción. Y yo niego con la cabeza.

– No, Nick. No te tengo miedo a ti. – Le aclaro. – Tengo miedo a lo que me haces sentir. No puedo seguir así. Esto tiene que parar. – Le suplico entre jadeos entrecortados.

Él parece entender mis argumentos y decide alejarse, pero entonces tomo su mano para acercarle de nuevo.

– Si vas a volverme loca... – Pronuncio casi en un susurro contra sus labios. – Hazlo bien y lleguemos hasta el final.

Sin pedir permiso, y dejando la razón a un lado, trabo su boca con la mía en un beso voraz. Casi con desesperación, me rindo a la locura que supone estar en sus brazos, que ya me han atrapado contra la estantería. Nos ahogamos uno en el otro con pasión, hasta que poco a poco adoptamos un ritmo más sensual y relajado.

De un salto, me engancho a su cintura, y sin soltarme en ningún momento Nick avanza hasta

llevarnos a la zona más alejada del Archivo, donde nadie pueda descubrirnos. Allí, vuelve a apoyarme contra otra de las estanterías, y con una rápida mirada le hago saber que estoy lista. Con sorprendente destreza se desabrocha el pantalón, mientras que yo hago lo propio con mis ajustadísimos leggins.

Paso mis labios por su cuello, donde con un mordisco dejo bien marcada la huella de un encuentro que no olvidaremos. Con la primera embestida, todo comienza a dar vueltas.

Sentirle dentro de mí me hace sentir completa a niveles que todavía me veo incapaz de explicar. Trabamos nuestros labios en una guerra sin fin, y con cada uno de sus movimientos me va llevando a la locura. Gimo y jadeo sin control ante cada uno de sus bruscas y placenteras acometidas, mientras que la estantería va moviéndose a nuestro ritmo. De hecho, en determinado momento llega a preocuparme que pueda venirse abajo. El pensamiento desaparece rápidamente ante las oleadas de placer que van creciendo en mi interior. Mi vientre se tensa, pero Nick prosigue implacable; castigándome, haciéndome gemir, dándome lo que necesito. Nick ahoga mis gritos, cada vez más llamativos, tapándome la boca con la mano. Aprieto los dientes, mientras él se adentra una y otra vez llevándome hasta la locura.

– Dios... – Gimo al llegar al orgasmo de forma abismal. Tiemblo sin control entre los brazos de Nick, que me sostienen con fuerza y sé que no me dejarán caer.

– Joder, Valerie. Te amo. – Me susurra, y noto como una lágrima resbala por su mejilla. Inmediatamente, yo también comienzo a llorar. Nos permitimos permanecer así, uno en brazos del otro y sollozando, hasta que el sonido de la puerta nos trae de vuelta a la realidad. Nick y yo nos miramos en silencio, y él me indica que permanezca callada.

NICK

El sonido de la puerta me deja completamente paralizado. Después de la locura que acabo de experimentar con Valerie, no esperaba que nadie interrumpiese este momento de conexión. Pero la felicidad dura poco, como siempre. Parece que estamos destinados a caer una y otra vez en el mismo error.

– ¿Nick? – Oigo que me llama la suave voz de Abril. Mierda. Cierro los ojos con fuerza sintiéndome un verdadero hijo de puta. Estoy jugando con ella. Valerie se da cuenta de lo que pasa y aparta la mirada dolida.

Al cabo de unos minutos, vuelve a escucharse el sonido de la puerta y sé que estamos a solas. Me aparto de Valerie, y aprovecho para vestirme rápidamente, mientras que ella se cruza de brazos a la espera de que tengamos la incómoda conversación que procede.

Cuando me dispongo a hablar, ella me corta en seco. – No. No digas nada. No hay más explicaciones que valgan. – Señala tajante. – Ve con ella, Nick. No se merece esto y yo tampoco.

– No lo entiendes. – Le aseguro. – Yo te amo a ti, joder. – Trato de explicarle.

– Lo entiendo perfectamente. – Agrega dolida. – Lo que acaba de pasar entre nosotros es simplemente fruto de la pasión. Pero no podemos estar juntos y lo sabes. – Concluye demoledora.

– ¿Y qué queda de nosotros? – Busco saber.

– Cenizas. Simples cenizas de lo que alguna vez fuimos.

– ¿Eso crees? – Alego.

– Eso creo. – Sostiene.

Valerie se detiene a mirarme con una mezcla entre ternura y dolor. Entonces, se acerca y deposita un beso en mi mejilla. – No vuelvas a buscarme. Lo de anoche no puede volver a repetirse. – Me pide antes de marcharse.

Esa última frase me pilla por sorpresa. ¿Anoche? ¿A qué se refiere? Sin embargo, prefiero no darle más vueltas. Espero un tiempo prudencial para que nadie sospeche, y yo también salgo del Archivo. Un sitio que ya ha quedado marcado con la huella de nuestra pasión. Al final, dos años después, hemos vuelto al punto de partida. ¿Quién no es lo iba a decir?

Recorro la redacción con bastante sigilo, tratando de pasar desapercibido, y me escabullo hacia la entrada. Lamentablemente, ahí se acaba mi suerte, porque me topo directamente con Valerie, Abril y Kendall. ¿Pero qué es esto? ¿Una jodida reunión de fantasmas del pasado?

Al verme, Abril se lanza directamente a mis brazos. – Cariño, ¿pero dónde estabas? – Me dice. – Te he buscado por todas partes.

Valerie baja la mirada avergonzada y yo me siento como el ser más despreciable del mundo. – Estaba eh... he ido a por un café. – Me excuso.

– ¿Enserio Nick? – Apunta maliciosa Kendall, que no pierde detalle. – Pero si la cafetería está en la quinta planta y juraría que te he visto pasar a la redacción.

– ¿De verdad? Pues a mí me parece que no deberías meter las narices donde no te llaman. – Le aclaro. – Sigues siendo la misma entrometida de siempre. – Comento devolviéndole el golpe, y desplazo mi mirada hacia Valerie. Juraría que puedo ver el esbozo de una pequeña sonrisa. Al igual que dos niños que acaban de cometer una travesura, compartimos un secreto que se quedará bien grabado en nuestra memoria.
– A mí me encanta que me hayas traído aquí y poder conocer un poco más de tu pasado. – Interviene Abril con dulzura mientras me abraza. Y eso hace que Valerie se revuelva incómoda. Joder. No soporto esta mierda de situación. No soporto tenerla lejos. No poder tocarla. Pero, ante todo, no soporto tener que fingir.
– ¿Pasa algo? – Agrega confundida. Se ha dado cuenta de la tensión existente entre ambos. – Estás muy raro. – Advierte.
– No es nada. – Busco tranquilizarla, pero noto enseguida que ella no se queda conforme con mi vaga respuesta. Valerie carraspea nerviosa, y Abril parece encajar todas las piezas de golpe. – Ah, ya entiendo. – Concluye con tristeza.
– Vaya, esto es mejor que una película de sobremesa. – Apunta Kendall a su vez. Está disfrutando de lo lindo con la situación y se le nota. Valerie la fulmina con la mirada y recuerdo ese pique que siempre ha existido entre ambas. Siempre supo ponerla en su sitio, así que esta vez no será diferente. Mi chica tiene carácter, ya lo creo que sí.
– ¿Has conseguido hablar con Mila? – La apremia. Y la susodicha asiente complacida por haber conseguido su objetivo. – Claro que sí, te verá enseguida.
Esas palabras resultan ser el salvavidas de Valerie, que aprovecha para salir de escena y no prolongar más el incómodo momento. Casi como si de una criminal se tratase, la mujer que amo se coloca la capucha de la sudadera sobre la cabeza para esconderse. La coleta en la que se había recogido la larga melena, queda completamente oculta dentro de la ancha sudadera de color lila. Me gustaría decirle que no ha hecho nada malo, que ella no tiene la culpa. Si hay algún culpable aquí, soy yo. Por amarla tanto y haberla cagado de la peor manera. Ya no puedo retenerla, y me veo obligado a ver como agacha la cabeza mientras huye a toda prisa. Cuando monta en el ascensor, nuestros ojos conectan por última vez.

CAPÍTULO 18

VALERIE

El corazón me late a toda velocidad. No he sido capaz de mirar a la cara a Abril. No me lo puedo creer. He vuelto a caer con Nick una vez más. La chica es realmente preciosa, con unos rasgos muy finos y delicados. Además, no puedo negar que tiene mejor cuerpo que yo, con más curvas. Parece tan dulce e inocente, con esa cara de no haber roto un plato en su vida. La típica chica de la que Nick podría enamorarse y que seguramente le haría muy feliz. Les puedo ver casándose, teniendo hijos y llevando una vida plena y feliz. Por eso no me puedo entrometer. Ella es el presente, y yo no soy más que su pasado. Un pasado que debe borrar a toda costa. No puede ni debe volver a buscarme. Abril no se lo merece. Ambos debemos pasar página, cueste lo que cueste. Trato de serenarme y controlar mi respiración, mientras voy subiendo hasta la tercera planta, que es donde está el despacho de Mila Samuels. Me recibe una estancia de lo más luminosa y con una enorme mesa de cristal situada justo en el centro. Me imagino que será la sala de juntas.

Y, justo a la izquierda, vislumbro la puerta que da a lo que será el despacho de la redactora jefe de Infoscience. No puedo negar que estoy muy nerviosa. ¿Será por mi encuentro con Nick o por el hecho de enfrentarme a esta mujer que parece de armas tomar?

Me acerco lentamente y llamo a la puerta dos veces con los nudillos. Desde dentro, una voz me anima a pasar. Una mujer guapísima, de tez oscura, labios prominentes y nariz cincelada, pasa a analizarme con una mezcla entre curiosidad y desagrado. Las elegantes gafas le dan un toque incluso de mayor sofisticación. Mila Samuels. Lo cierto es que no sé muy bien cómo interpretar la mueca que pone al verme, pero no parece muy emocionada.

– Soyers, dichosos los ojos. – Comenta. – Cuando Kendall me avisó de que habías venido hasta aquí, pensé que estaba de broma. Ya veo que no. – Apunta con seriedad mientras pasa a quitarse las gafas y se pellizca el puente de la nariz en señal de concentración.

– Ya sabes que no tengo mucho tiempo, así que dime qué necesitas – Me apremia.

No sé ni qué decir, aparte de que impone muchísimo. Tampoco sé muy bien qué busco en este lugar. ¿Respuestas? ¿Y quién puede dármelas? Porque esta señora no parece muy dispuesta a ayudarme.

– Yo... simplemente quería refrescar la memoria. – Intento no sonar tan desesperada como me siento, pero no sé si lo he conseguido. – Creo que antes de marcharme estaba inmersa en una investigación.

– ¿Investigación? – Inquiere con cierto desprecio y, a continuación, esboza una sonrisa cargada

de intenciones. – Bueno, si quieres llamar investigación a lo que hacíais... – Sostiene sopesando muy bien sus palabras. – En verdad, te dedicabas a perder el tiempo cuchicheando con tu amiguita Savannah.

Duele. Todavía me cuesta aceptar que Savannah ya no esté, y más que alguien hable con tanta libertad sobre ella.

Mila Samuels nota enseguida que su comentario me ha afectado más de la cuenta y no duda en poner los ojos en blanco.

– Si te refieres al BKL289, tienes los archivos en el ordenador. Puedes cogerlos si quieres, porque a mí ya no me sirven.

Su cambio de actitud me sorprende.

– ¿No seguisteis adelante con él? – Pregunto por curiosidad.

Mila niega con la cabeza exasperada. – Claro que no. – Confiesa.

Eso me llama especialmente la atención. ¿Por qué iba a abandonar una investigación que podría haberla llevado a la cima del periodismo?

– ¿Por qué? – Prosigo con mis preguntas aún a riesgo de cabrearla.

– Vaya, la pequeña Valerie tiene ganas de jugar. – Apunta con una sonrisa que no tiene nada que envidiarle a la de villanas de Disney. – ¿Nadie te ha dicho que la curiosidad mató al gato? – Advierte con cierto toque macabro.

– Digamos que he perdido el miedo. – Sentencio con una renovada seguridad que no sé de dónde ha salido.

– ¿De verdad? Bueno, igual hay ciertas cosas que deberían permanecer enterradas. Y tú lo sabes mejor que yo. – Comenta misteriosa.

– ¿De qué hablas?

– Vamos, Valerie. No te hagas la tonta. Tú y yo sabemos que tu padre estaba implicado en ese proyecto. – Suelta sin reparos.

Eso me deja completamente noqueada. ¿Ella estaba al tanto? ¿Y no lo ha denunciado?

– Mira, ya que sientes tanta curiosidad, te daré acceso a los archivos. – Accede. – A partir de hoy, tienes vía libre y puedes venir aquí cuando quieras.

– ¿Por qué lo harías? – Inquiero bastante sorprendida.

– No me gusta que la gente viva engañada. – Concluye con un deje de desprecio.

GAEL

La conversación con Camille me ha dejado hecho polvo. Sabía que no le hacía gracia verse envuelta en toda mi mierda, pero no que estuviese tan afectada. Lo último que quería era hacerle daño, pero finalmente ha terminado pagando las consecuencias. Sé que me quiere. Todo lo que vivimos aquel verano nos unió para siempre, aunque no podamos ser pareja. Los dos sabemos perfectamente que jamás funcionaría. Y entiendo que ahora se preocupe tanto por mí, pero ya no puedo dar marcha atrás. Tengo que conseguir que Isobel me cuente todo lo que sabe. Es la última opción que nos queda para encontrar a John Soyers. Comparto una mirada cargada de intenciones con Camille, y ella me anima a entrar dentro de la habitación. Supongo que la charla se ha terminado, al menos de momento.

La habitación es bastante grande y cuenta con toda clase de lujos. No cabe duda de que los Soyers saben invertir bien su dinero. La madre de Valerie descansa con los ojos cerrados y conectada a mil aparatos. Lo único que rompe el silencio es el pitido constante que indica que su pulso sigue estable. Según me explicó Harrison, tuvo mucha suerte de que la bala no tocase ningún órgano vital. Se recuperará. Y eso me reconforta en cierto modo, porque sé que lo que significa para Valerie. No puede perder nada más. No se lo merece.

Me acerco con cautela a la cama, e Isobel parece percatarse inmediatamente de mis movimientos, porque abre lentamente los ojos. Parece asustada.

– Tranquila. – Le digo. – Lo único que quiero es hablar contigo. Soy... – Sopeso un momento la definición. ¿Qué somos realmente Valerie y yo? – Amigo de Valerie.

Isobel Soyers carraspea intentando encontrar la voz. A pesar de que la recuperación va según lo previsto, todavía le cuesta, así que le doy el tiempo necesario para recomponerse.

– ¿Eres Nick? – Murmura con suavidad. Abro la boca dispuesto a contradecirla, pero se me adelanta. – Lo sé todo, aunque Valerie no haya querido contármelo. – Sostiene tratando de incorporarse. – Tú eres ese chico de ojos azules que la tenía loquita y que la impulsó a marcharse de casa.

Me quedo de piedra. Ahora sé a lo que se referían todos. Me la definieron como una mujer fría y calculadora, pero en el fondo puede que realmente se preocupe por su hija. Le importa. Le importa más de lo que quiera mostrar. Al moverse, Isobel contrae la cara en un gesto de dolor.

– Todavía tengo que adaptarme. – Comenta con una sonrisa triste.

– Lo harás. – Le aseguro. – Estas cosas llevan su tiempo.

– ¿Por qué has venido aquí realmente? – Enuncia frunciendo el ceño. – No creo que sea para verme hacer el ridículo o pedirme la mano de mi hija, ¿verdad? – Alega intentando parecer graciosa.

– En realidad, vengo para preguntarte por John Soyers. Tengo que encontrar a tu marido. –

Admito al fin.

Isobel se pone pálida. Joder, le tiene miedo. Tampoco me sorprende, dado que Soyers se ha esforzado por convertir tanto su vida como la de su hija en un infierno.

– No... puedo. – Pronuncia con voz entrecortada. – No puedo hablar de esto contigo.

– Isobel, sé que es difícil. – Trato de hacerla entrar en razón. – Pero tenemos que encontrarle. Valerie está en peligro, la están inculpando de unos crímenes que no ha cometido.

Ella niega con la cabeza y cierra los ojos con fuerza intentando contener las lágrimas. – No puedo, lo siento.

– ¿Por qué? – Insisto. – ¿Por qué le haces esto?

Necesito entender qué es lo que la retiene. Quiero pensar que John Soyers la tiene amenazada porque, de lo contrario, no tiene excusa. Como madre, su objetivo debería ser proteger a su hija. Darlo todo por ella.

– ¡Tú no lo entiendes! – Exclama alterada. Y el ritmo de su corazón se acelera. Los pitidos de la maquina aumentan de intensidad. – Quiero ayudarla, de verdad que sí. – Se lamenta. – Quiero a mi hija. ¡La quiero! No soy el monstruo que todos pensáis.

– Yo no pienso que seas un monstruo. – Digo para tranquilizarla. – Creo que has cometido muchos errores, eso sí, pero no eres malvada. Él sí, Isobel. – Sostengo con seguridad. – Te ha hecho daño antes, sabes de lo que habló.

Harrison me puso al corriente de todo. Sé lo de las palizas que le daba, lo del alcohol y la manipulación que ejercía en su contra para tenerla controlada.

– No tiene límites. – Prosigo. – No parará, Isobel.

Las lágrimas caen por sus mejillas y se tapa la cara con ambas manos sintiéndose imponente. No quiere que la vean llorar. Sabe que tengo razón.

– Ha matado gente, chavales inocentes. – Le aseguro. – Y ahora quiere hacer lo mismo con ella. Le hará daño. – Concluyo.

Isobel se estremece y se toma un minuto para limpiarse las lágrimas. No le gusta mostrar ningún síntoma de debilidad. Ambos nos miramos fijamente a los ojos, nos desafiamos. «Tienes que ceder, Isobel», ruego en silencio. «Hazlo por tu hija».

– Te daré la dirección de los laboratorios. – Accede al fin. – Si está en algún lado, tiene que ser allí.

Suspiro aliviado. Lo tengo. Lo tenemos.

– Gracias. – Y lo digo muy enserio. – Has sido muy valiente.

– ¿Valiente? – Alega en tono irónico. – Jamás he sido valiente. Dejé que me pisoteara durante años.

Eso me lleva a pensar en que puede que Isobel Soyers no sea más que otra víctima. Igual que Valerie. Ambos son víctimas de ese ser despreciable.

– Nunca es tarde para arrepentirse y volver a empezar. – Le aseguro. Y lo pienso de verdad. Creo que ambas tiene una nueva oportunidad para arreglar los problemas del pasado. Una oportunidad para el perdón. Lejos, muy lejos de John Soyers.

– ¿Te importa pasarme el vaso de agua? – Me pide entonces. Y yo accedo enseguida. Ella extiende el brazo y hace un gesto de dolor.

– Espera, ten cuidado. – Le digo, pero no reacciono a tiempo y el vaso cae al suelo.

El agua se derrama por todas partes e Isobel se desploma contra la almohada. Comienza a convulsionar y yo lo contemplo todo horrorizado. Los pitidos, las alarmas... En cuestión de minutos, la habitación se llena de médicos. Me obligan a salir. Me sacan a rastras. Es el fin.

CAPÍTULO 19

HARRISON

No me convence el hecho de que Valerie se haya ido sola a Infoscience, pero creo que lo necesita. Necesita volver al pasado para pasar página. Caminar por esos pasillos, reencontrarse cara a cara con esa versión de sí misma que pretendía ser.

– Señor Evans, me gustaría hablar con usted. – La voz del inspector consigue sacarme de mi ensimismamiento. Ha insistido en que me quedase en la comisaria, y presiento que esto puede acabar muy mal. No confío en sus intenciones. Sin embargo, no me queda de otra que acceder a regañadientes. Le acompaño de vuelta a la pequeña oficina que resulta de lo más asfixiante. El chirrido del suelo al andar, el olor a muebles viejos y cientos de fotografías de desaparecidos adornando la pared. No es agradable, para que vamos a mentir.

– Verá, llevo semanas intentando armar el rompecabezas, y no sé por qué siento que usted puede ser una pieza clave. – Argumenta con suspicacia mientras toma asiento tras su enorme escritorio. Está analizando cada uno de mis gestos y no puedo cometer ningún error. Lo sé bien. Cualquier mínimo descuido puede delatarme y perjudicar a Valerie.

– Depende de cómo quiera verlo. – Le indico tratando de parecer indiferente.

– Me parece que conocía bastante bien a John Soyers, ¿no es así? Y, por lo que he visto, también le une estrecho lazo a su hija. – Apunta con acierto. Mierda, a este tío no se le escapa nada.

– Sí, trabajé con él hace años. – Le confirmo escueto sin entrar en más detalles.

– ¿Y no acabaron muy bien que digamos, verdad? – Me presiona.

Pretende pillarme. Me está poniendo a prueba de la peor manera. Busca un culpable de manera desesperada, y tanto yo como Valerie estamos en el centro de la diana. Debo controlarme y gestionar esta situación con cabeza.

– No estaba de acuerdo con ciertas decisiones que tomó en su empresa. – Le aclaro.

Por supuesto, esa respuesta no termina de convencer a James Black, que insiste en indagar más allá de las apariencias.

– ¿Y qué me dice de Nicholas Turner? ¿Estaba al tanto de que el señor Soyers le contrató para vigilar a su hija? – Inquiere a continuación.

Me limito a asentir.

– Necesito que me aclare qué le une exactamente a ese joven, al que, por cierto, tengo mucho interés en conocer. Es bastante escurridizo, pero no cabe duda de que le encanta meterse en problemas. – Sostiene desafiante.

¿Cómo hemos acabado en este punto? Resulta increíble que la policía siga cuestionándonos,

cuando el verdadero responsable anda suelto. John Soyers anda por ahí sin ningún problema y nadie le ha pedido explicaciones. ¿Acaso ningún testigo ha contado lo que vio en aquellos vídeos? ¿Las atrocidades de sus experimentos y las torturas que hay detrás del BKL289? Nada de esto tiene sentido.

Me siento en una encrucijada sin salida. Siempre puedo mentir, pero cualquier cosa que diga jugará en contra de Valerie, así que finalmente opto por contar una verdad a medias.

– Nick vino a mí buscando ayuda. – Tergiverso la historia.

– ¿Ayuda? – Pregunta Black intrigado.

– Para proteger a Valerie. – Le aseguro.

– Interesante. ¿Puede puntualizarme eso último, por favor?

¿Puntualizarlo? Empiezo a creer que, cuente lo que le cuente, este tío jamás me creerá. Siento que ya se ha formado una especie de idea retorcida en su cabeza y no parará hasta demostrarlo.

– Nick se dio cuenta de que John Soyers planeaba hacerle daño a su hija, por eso decidió buscarme y me pidió que le ayudase. Se había enamorado de Valerie y quería saber hasta donde era capaz de llegar. Yo se lo conté. – Trato de resumirle brevemente.

– Y, según usted, ¿de qué es capaz el señor John Soyers? – Alega circunspecto.

James Black apoya ambos codos sobre la mesa y se reclina del tal forma que le otorga un aspecto todavía más imponente. No es muy alto, juraría que no llega al metro ochenta. Sin embargo, es un tipo bastante fornido.

Eso, sumado a su aspecto, que destaca por una prominente barba y nariz aguileña, deja claro que no se anda con sutilezas.

– De todo. – Sentencio tajante.

– Vaya, una respuesta muy rotunda. – Comenta el inspector bastante impresionado. – Parece que han tejido una red de secretos muy elaborada, y créame que no pienso parar hasta desentrañarla. – Me advierte.

Y yo me encojo de hombros haciéndole saber que no le temo a nada. Ni siquiera a sus amenazas. Sea lo que sea, me enfrentaré a ello con dignidad. Puede detenerme si quiere, porque en el fondo me da igual. Ya no tengo nada que perder. Pagaré el precio que haga falta si eso supone proteger a Valerie y apartarla del foco.

– Todavía me queda un cabo suelto… – Agrega entonces. – Gael Miller o, según consta en su partida de nacimiento antes de la adopción, Gael Turner. Hermano de Nick, de 24 años y fallecido en el incendio. Su cuerpo apareció misteriosamente en la morgue. – Dicta con seguridad leyendo un informe. – Él también estaba en la fiesta, ¿verdad?

Black levanta la vista de la hoja y espera paciente una respuesta. No pienso ponérselo tan fácil.

– Está muerto, poco más puedo decirle. – Contesto con firmeza. – Es lo único que sé.

– Necesito que me aclare qué demonios hacía allí el día de la fiesta. – Se reitera él a su vez. –

Tengo clara la relación entre Nick y Valerie. Son o eran pareja, así que entiendo que él quisiera ayudarla a deshacerse de su padre. Sin embargo, Gael no termina de encajarme en la ecuación. – Destaca tamborileando con los dedos de manera nerviosa.

– Quizás, porque no tiene nada que ver. – Me reafirmo.

James Black da un golpe en la mesa que me sobresalta.

– Vamos, Harrison, no me tome por idiota. – Enuncia perdiendo los papeles. – Todos le vieron en la fiesta. Ambos hermanos estaban allí y necesito saber por qué.

– No tengo nada más que decirle al respecto. – Hago un nuevo intento por esquivar el tema.

– Ambos cuentan unos expedientes muy llamativos. – Persiste el inspector. – Y, curiosamente, no habían entablado contacto hasta hace muy poco. No sé usted, Harrison, pero yo veo demasiadas casualidades juntas.

Guardo silencio y aprovecho para mirar la hora en el reloj. Llevo ya dos horas de interminable interrogatorio. ¿Cuánto piensa alargar esto? James Black se adelanta a mis intenciones y enseguida se pone en pie, tras lo cual lanza una breve mirada al frente y asiente. Alcanzo a darme la vuelta para ver a dos policías venir directos a por mí y esposarme.

– Harrison Evans. – Comienza a recitar de memoria. – Queda detenido por el intento de homicidio de John Soyers y atentar contra la seguridad pública.

– ¿Qué coño es esto? – Exclamo revolviéndome. Tampoco es que tenga mucho espacio de maniobra, ya tengo ambas manos sujetas a la espalda.

– Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa puede ser usada en su contra. Si no tiene un abogado, se le asignará uno de oficio. – Continúa el inspector impasible. Y, al terminar con su discursito, se acerca para colocarme una mano en el hombro a modo de consuelo.

– Lo he intentado por las buenas, Harrison. De verdad. – Me asegura junto con una molesta palmadita. – Pero hay demasiadas pruebas en tu contra.

VALERIE

Recorro el pasillo del hospital a toda velocidad. Apenas tengo tiempo para respirar. Mi madre. Isobel está mal. Una simple llamada alertando sobre su estado ha sido suficiente. Ha sufrido un paro cardíaco. Según los médicos, recibió una visita que debió de alterarla mucho. ¿En qué momento? Joder, en las últimas semanas ni siquiera me he despegado de su lado. Pero, como todo en mi vida, siempre debe haber algo que vaya rematadamente mal. Al fin y al cabo, soy la reina de las desgracias. Entro apresuradamente a la habitación y mi corazón se detiene de golpe al verle. John Soyers, con una sonrisa maliciosa plantada en la cara, me espera sentado al lado de la cama de mi madre. Juguetea con una pistola entre sus manos. Isobel permanece inconsciente y ni siquiera se percata de lo que ocurre a su alrededor.

– Vaya, vaya... mira a quién tenemos aquí. – Apunta mi padre pasándose el arma de una mano a otra. Está demacrado, con notables ojeras y en sus ojos puedo ver el reflejo de la maldad que le corroe por dentro.

– Aléjate de ella. – Le advierto con fiereza dando un paso al frente e interponiéndome entre la cama y él.

– Yo también me alegro de verte, hija.

– Vete al infierno. – Escupo. Y él se ríe con ganas.

John Soyers se levanta y yo doy un paso atrás pegándome aún más a la cama del hospital. No permitiré que toque a mi madre. Por encima de mi cadáver.

– ¿No me digas que me tienes miedo? – Enuncia muy seguro de sí mismo.

– No, John. Hace tiempo que te perdí el miedo. – Le aseguro sosteniéndole la mirada llena de rabia. Y él pasa a rascarse la nariz con la punta de la pistola.

– ¿Jode comprobar que nada de lo que has hecho sirve, verdad? – Afirma. – Tu amiga está muerta, Nick te ha abandonado y Harrison terminará pagando por todos mis crímenes.

– Cállate. – Le ordeno tajante. Comienza a faltarme el aire y siento la apremiante necesidad de escapar. Puede que si pulso el botón de emergencia aparezca una enfermera o un médico que intervenga entre los dos. John Soyers no se atreverá a tocarme con un testigo delante. No lo hará. No hará daño a nadie más.

– Dime, ¿qué harás ahora, Valerie? – Insiste en provocarme. – ¿Quién pagará las consecuencias esta vez?

Y yo comienzo a temblar.

– Tic, tac... – Masculla mientras pasa a apuntarme con el arma. Creo que ha perdido por completo la cabeza. – El tiempo se acaba.

– Hazlo. – Le incito. – Hazlo de una vez.

– Oh, no, querida... – Sostiene con esa sonrisa estoica plantada en la cara. – Mejor divertirnos un

poco antes, ¿no crees? – Apunta decidido. – ¿Por qué no le echas un vistazo a esto?
John Soyers acerca la mano a su bolsillo y saca el móvil. Teclea algo en la pantalla y pasa a mostrármelo. Es un vídeo en el que pueden verse dos estancias diferentes.
– Son las cámaras de seguridad de uno de mis laboratorios. – Me informa.
Analizo la escena con mayor detenimiento. No puede ser. No. La pesadilla vuelve a cobrar vida. El escenario recuerda mucho al bunker en el que estuve encerrada. Dos estancias con paredes desgastadas, luces de neón y una silla metálica en el centro. En ambas, hay dos personas maniatadas y amordazadas. Son Nick y Gael. ¿Qué? Pero Gael... él estaba muerto. Le vi, vi su cadáver.
– Ya que te gusta tanto jugar, voy a darte exactamente lo que quieres. – Anuncia impasible mientras trata de acariciarme la mejilla. Giro la cara asqueada intentando contener las lágrimas. ¿Cuándo terminará la pesadilla? Tiene que terminar. No puedo más. – Tienes exactamente veinte minutos para llegar, es el tiempo que tardarán las dos bombas en explotar.
– ¡No puedes hacer esto! – Exclamo desesperada y ahogándome entre sollozos. – ¡Para ya con esto, papá! – Le ruego. – Por favor, no puedo más.
– Tic, tac, Valerie... – Señala con gran satisfacción. – Te toca decidir. O bien te quedas aquí con tu madre, o vas a salvar a uno de esos dos idiotas.

CAPÍTULO 20

VALERIE

El tiempo. Veloz, imparable, no perdona a nadie. ¿Cuánto vale un segundo? Jamás me lo había planteado. Hay horas que pasan en un instante y minutos que se hacen eternos. ¿Qué marca la diferencia? Somos nosotros. Mientras recorro a toda prisa la ciudad, pienso en todos los segundos que he malgastado a diario. Las veces que he deseado que el tiempo vaya más deprisa o, que por el contrario, se detenga en un misero instante. Mientras corro en busca de los dos hombres que amo, pienso en el tiempo. No soy capaz de pensar en nada más. Tiempo, todo se resume en el tiempo. Tic, tac...

Gracias a mi madre he conseguido escapar del hospital. Isobel Soyers reaccionó en el momento exacto. Al presenciar la escena, le bastó una simple mirada para comprender que debía hacerlo. Presionó el botón. Los médicos entraron enseguida y nos obligaron a abandonar la habitación. Y yo aproveché el revuelo generado para salir corriendo. Muy agobiada, marco el número de Harrison por enésima vez. Nada. Salta el buzón. ¿Dónde demonios está? Espero que mi padre no le haya encontrado. Y, en caso de que no lo haya hecho, más le vale tener una buena explicación para abandonarme justo cuando más le necesito.

La entrada a los laboratorios de S.Y.R.S se presenta ante mí con su pretencioso logo y unas enormes verjas de acero. Al acercarme con el coche, abren enseguida. Bien, ya saben que estoy aquí.

Ni siquiera me detengo a aparcar el coche, lo dejo tirado de cualquier manera y echo a correr. No hay tiempo. Tic, tac... Observo el reloj de mi muñeca y marca las 16:35. Mierda, me quedan 10 minutos. Cruzo las puertas y voy por los largos pasillos a toda velocidad. Dejo atrás a muchas personas que me miran extrañadas. No tienen ni la más remota idea de lo que ocurre allí dentro, ni mucho menos quién es el monstruo para el que trabajan. En realidad, ni siquiera sé a donde tengo que ir, pero me dejo llevar. Es un impulso que me guía. El instinto de supervivencia. Aquel que me impulsa a salvar lo que más amo. Recorro zonas de ensayo, de producción química y una gran cantidad de despachos donde me imagino que se toman decisiones para la distribución de los medicamentos. Jamás había pisado este lugar y, aún así, es como si me lo conociera al dedillo. Me llama especialmente la atención que aquí no haya jóvenes torturados, tan solo animalillos indefensos con los que experimentan. Supongo que es demasiado arriesgado jugar con algo así en la propia sede. Por eso recurre a lugares alejados como Las Seychelles, donde nadie pueda meter las narices. Allí podía tenerme bien vigilada.

Tras un largo rato, por fin doy con una zona a la que tan solo se puede acceder mediante un

ascensor. Sótano 1. Es aquí, el instinto me lo grita a voces.
Tic, tac... quedan 5 minutos. El ascensor abre sus puertas y da paso a un eterno pasillo. Todo es más oscuro aquí, y está escasamente iluminado. Observo el cuadro de luces y las señales que marcan la salida de emergencia. Las flechas me indican el camino a seguir.
Doy con dos puertas metálicas, una al lado de la otra, y selladas herméticamente. A través de una pequeña ventana circular, puedo observar el interior. No consigo distinguir quien está dentro, si Nick o Gael. Lo único que sé es que se revuelve incómodo e intenta liberarse. Intento abrir, pero resulta misión imposible. Pruebo primero con una, y luego con otra. Nada.
– ¡Ábrete, joder! – Grito liándome a patadas y puñetazos. Por supuesto, eso tampoco funciona.
– Se te acaba el tiempo, querida. – Pronuncia una voz a través del interfono. Me suena bastante familiar. Miro a mi alrededor tratando de encontrar los altavoces, y doy con ellos rápidamente. Están colgados en la pared, a mi izquierda.
– ¡Qué te jodan! – Profiero en voz alta esperando que me oigan.
– Un minuto.
Me doy por vencida al ver que la puerta no abre de ninguna maldita manera. Decido recorrer lo que queda de pasillo y me encuentro en la misma situación. Empieza a faltarme el aire a causa de los nervios y la tensión. Otra puerta metálica. Por suerte, esta vez sí que abre.
Entro apresurada y, al verme, el hermano que está allí encerrado pone los ojos como platos. Me acerco y le quito de una la cinta que le cubre la boca.
– ¡AY, JODER! – Chilla molesto.
No hay tiempo.
Tic, tac...
– ¿Quién coño eres? – Le pregunto zarandeándole.
– Gael. – Me confirma. Y yo niego con la cabeza sin dar crédito.
– ¿Cómo has podido hacerme esto? – Me lamento pensando en la forma tan cruel en la que ha jugado conmigo. – Me hiciste creer que estabas muerto...
Recuerdo su cuerpo sin vida tirado sobre esa camilla, el pecho quemado y los labios azules. Estaba muerto. Lo vi con mis propios ojos. Lloré por él.
Gael se dispone a abrir la boca, pero le freno en seco. – No. – Le advierto tajante. – Mejor que no digas nada.
El shock inicial ha dado paso a una adrenalina imparable que recorre mis venas a toda velocidad. Observo que está atado con una cuerda y trato de encontrar la forma de soltarle. Mierda, Nick está justo en el otro extremo del pasillo y ni siquiera he podido entrar para ayudarle.
– No puedo... – Comento agobiada. – No me queda tiempo, joder. ¡No puedo soltarte! – Me lamento mientras sigo trasteando con el nudo, que parece imposible.
20 segundos. Se acabó. Vamos a morir. Me preparo mentalmente para la explosión o lo que sea

que vaya a pasar.

– ¡VALERIE, CUIDADO! – Me advierte Gael a voz de grito, pero es demasiado tarde. Me dispongo a volverme, justo cuando un fuerte golpe en la cabeza me hace perder el sentido.

Ya no hay tiempo.

El reloj se ha detenido.

GAEL

Contemplo con horror a Valerie tirada en el suelo. Se ha quedado completamente inconsciente y no reacciona. No puedo creerme que nuevamente seamos unos títeres en sus manos.

– Nunca aprenderá, ¿verdad? – Señala una mujer de tez oscura y bastante atractiva. Me cuesta recordar su nombre, pero sé que ocupaba un cargo bastante importante en Infoscience. ¿Mila? – Mira que confiar en todo lo que dice papaíto... – Comenta en tono irónico y, a continuación, busca mi mirada. Yo tengo la vista fija en la pistola que sostiene en sus manos. Ha dejado a Valerie noqueada gracias a un fuerte golpe en la cabeza con la culata del arma.

– Dime, tú que la conoces. – Afirma dirigiéndose a mí directamente. – ¿Por qué siempre es tan ingenua? – Pregunta mientras comienza a tirar de su cuerpo inmóvil hacia la salida. Me gustaría impedirlo, pero sigo maniatado y no tengo forma alguna de moverme. El rastro de sangre que deja a su paso me hace sentir escalofríos. Mierda, Valerie. Me sacudo con violencia intentando liberarme, pero es en vano.

– Ni se te ocurra tocarla. – Le advierto.

– Bájale un poquito a esa testosterona, ¿quieres? – Me indica con indiferencia. – Estará bien, tan solo ha sido un golpecito de nada.

A continuación, vuelve a por mí armada con una navaja y se encarga de romper la cuerda. – Venga. – Me apremia. – Ahora llega la mejor parte del espectáculo.

Que haya decidido soltarme con tanta facilidad, me confunde. Me planteo atacarla por la espalda, colgarme a Valerie al hombro y salir de este sitio cagando leches.

– Ni se te ocurra. – Alega entonces leyéndome el pensamiento. – Jamás podrías escapar con vida, así que será mejor que recojas a tu chica y me acompañes en silencio.

Y se dedica a contonear su escultural cuerpo mientras recorre el pasillo. Me replanteo mis opciones. La tal Mila tiene razón, por lo que no me queda de otra que joderme y aguantar. Jamás pondría en riesgo a Valerie, aunque me prometo a mí mismo que saldré de aquí. Nos sacaré de aquí. Me acerco a su cuerpo y acaricio con suavidad su mejilla. Está fría. A continuación, localizo la herida en su cabeza. Es una pequeña brecha, y lo cierto es que la sangre ha resultado ser más aparatosa de lo que pensaba en un principio.

Tras comprobar que está bien, la tomo en brazos y sigo las indicaciones. Recorro el pasillo en silencio y entro a otra sala igual a la que acabamos de abandonar. Mila Samuels no mentía cuando decía lo del espectáculo.

John Soyers permanece sonriente mientras sostiene la cabeza de mi hermano con una mano. Nick tiene los ojos entreabiertos, y se nota que le han dado una buena paliza. A su lado, se encuentra Isobel Soyers arrodillada. Contiene un grito al vernos. Nick se revuelve y suelta un gruñido. Una chica rubia y con el pelo corto le apunta con un arma a la cabeza. Joder, esto es una

puta película de terror.
Y, desgraciadamente, nosotros somos los absurdos protagonistas que terminan muertos. Un final cojonudo.
– Aquí está la guinda del pastel. – Enuncia socarrón Soyers.
– ¿Qué coño quieres, tío? – Me encaro con él apretando a Valerie con más fuerza todavía contra mi pecho. No la tocará. No lo permitiré.

CAPÍTULO 21

VALERIE

Películas de terror. Las adoraba, adoraba verlas y llevarme un susto que me hiciera saltar en el sofá. Lo recuerdo. Recuerdo también que Savannah me llevaba a verlas al cine para robarme las palomitas. Amistad de la buena. Películas de terror, de esas que solo pueden existir tras una pantalla. Cuando era una niña, y tenía miedo, mi madre me aseguraba que no eran más que actores y que nada de lo que ocurría en ellas era real. Desgraciadamente, lo que no me contó es que hay ciertas películas de terror que pueden llegar a cobrar vida frente a tus ojos. Ojalá alguien me hubiese avisado.

La cabeza me va a explotar, y acerco la mano inmediatamente a la zona dolorida. Al apartarla, descubro mi mano cubierta de sangre. Gimoteo tratando de incorporarme, pero el mareo me lleva a tumbarme otra vez.

– Patético, de verdad. – Oigo que comenta alguien. Una mujer. – Jamás entenderé qué habéis visto en ella. Es tan... insignificante.

Al fin consigo recobrar la compostura y debo parpadear varias veces para asimilar la escena que se desarrolla frente a mis ojos. Alguien aprieta mi brazo con fuerza. Gael.

– Cierra la puta boca. – Gruñe furioso.

Nick permanece todavía atado a una silla, igual que su hermano. Mi padre sostiene su cabeza con una mano.

Jadeo impactada y me acerco automáticamente una mano a la boca por la impresión. Está realmente herido, le han golpeado con brutalidad y mantiene los ojos entrecerrados. Pese a ello, fija sus preciosos ojos en los míos por un instante. Ese azul en el que me ahogaría una y mil veces. Una sola mirada me basta para entender lo que quiere decir: ‘No te preocupes por mí, estoy bien’.

Al lado de John Soyers, está mi madre, que permanece arrodillada. Tiembla sin control y parece realmente angustiada. Abril le apunta con un arma a la cabeza. No doy crédito. ¿La chica dulce del cuento? ¿Aquella por la que Nick me ha cambiado? La contemplo llena de ira, y ella me sonríe con suficiencia.

– ¿Sorpresa? – Enuncia provocando la risa de John y de alguien más.

Automáticamente, giro mi cabeza hacia el otro extremo de la habitación. Casi vuelvo a caerme redonda al suelo, y Gael se ve obligado a sujetarme por la cintura.

– No les des esa satisfacción. – Me susurra al oído. – No dejes ver lo mucho que te afecta.

Mila Samuels. Mi jefa de Infoscience. De pronto, todas las piezas parecen encajar: la reacción

que tuvo el otro día al verme, el motivo por el que ni siquiera se molestó en publicar la jodida investigación... estaba metida en esto desde el principio. Y yo he sido el títere con el que han jugado a su antojo. Ya ni siquiera siento rabia o rencor. Tampoco miedo. No siento nada. Absolutamente nada.

– ¿Qué es esto? ¿Una jodida reunión de psicópatas anónimos? – Suelto a bocajarro.

– Vaya, la niñita tiene carácter... – Apunta Abril. – ¿A quién habrá salido?

– A mí te aseguro que no. – Afirma John Soyers con una mueca de desagrado. – Yo jamás he sido tan estúpido.

– ¿Enserio? – Replico en respuesta. – ¿Esto es lo mejor que tenéis?

Nick hace el intento de sonreír, sé que está muy orgulloso.

– Me habéis torturado, dejado sin memoria, matado a mi mejor amiga... – Enumero la larga lista de crímenes. – ¿Y lo único que se te ocurre es montar este lamentable espectáculo?

– Mira quien habla... – Enuncia Abril con sorna.

– Haz el favor de cerrar el puto pico, Barbie de mercadillo. – Le advierto. – ¿Cómo te atreves a traicionarle? Nick confiaba en ti. Te abrió su corazón.

Nick se remueve de forma violenta al escucharme decir eso. – Tranquilito, eh. – Le ordena mi padre.

– No tienes ni idea. – Salta ella. – Ni idea de lo que supone que el tío que te gusta siga enamorado de la imbécil de su ex. Que cada vez que se meta en la cama contigo, lo único en lo que sea capaz de pensar es en tirársela a ella.

Tengo que contener las ganas de reírme en su cara.

– Lo siento, monada. – Sostengo triunfal. – No es mi culpa que no sepas darle lo que necesita.

Abril está rabiosa, a punto de explotar.

– Bueno, basta ya de tanto drama. Esto empieza a parecerse a una telenovela venezolana. – Interviene Mila al ver la reacción de su compinche.

Sigue derrochando tanta confianza y seguridad en sí misma, que asusta. Vestida con un impecable traje en tono fucsia, la larga melena recogida en una coleta baja y esos enormes tacones, domina por completo la situación. Y, como si quisiera regodearse en ello, se acerca decidida a mi padre, al cual rodea con los brazos y propina un profundo beso en los labios. ¿Amantes? ¿Mi padre y Mila son amantes? De todas las cosas que me ha tocado vivir durante los últimos meses, esta es, sin duda alguna, la más surrealista.

– Ay, Valerie... – Suspira. – Siempre tan ingenua y soñadora, con esas inmensas ganas de cambiar el mundo. – Argumenta Mila con una vocecita realmente repelente.

Gael se dispone a dar un paso al frente, pero le freno con un golpecito en el pecho. – Hija de... – Murmura.

– ¿Sabes? – Prosigue. – Nunca serviste como periodista. Jamás tuviste ese ímpetu ni las agallas

que se necesitan. Y lo más triste es que te lo pusimos en bandeja. Lo tenías en tus narices, cariño... – Presume orgullosa. – Y nunca supiste verlo.
– No te molestes. – Asegura mi padre. – Siempre será una cría malcriada. Por más que he intentado centrarla... En fin, tampoco me sorprende viendo los genes que tiene.
¿Genes? Adiós a la seguridad que pretendía mostrar hace tan solo un momento. De pronto, vuelvo a ser la imbécil del cuento. Centro la atención en mi madre, que ha comenzado a llorar.
– Lo siento. – Consigue pronunciar a duras penas.
– Venga ya, Isobel... – Comenta John hastiado y poniendo los ojos en blanco. – No te queda nada bien el papel de víctima. Si no te lo hubieses tirado, nada de esto habría pasado.
– ¿Tirarse a quién? – Inquiero a punto de perder los nervios. Ya me he cansado de tanto secretismo. – ¿Mamá? – Le pregunto directamente.
– Eso, Isobel, dile a quien te has tirado. – La anima mi padre.
Ella reniega con la cabeza, y Abril ejerce presión con el arma contra su sien. Esto tiene que acabar. Tiene que parar ya.
–¿Mamá? – Insisto nuevamente. Y paso mi mirada a Nick, que frunce el ceño y se muerde el labio con nerviosismo. ¿Él sabe algo?
– ¡Dilo de una puta vez o lo haré yo! – Exclama John Soyers con firmeza. – ¡DILE QUIÉN ES SU PADRE!
La tensión que se ha formado amenaza con llevarnos a todos por delante.
– Ha... Harri... son. – Tartamudea mi madre al final. Y debo haberla entendido mal. No puede ser. No es...

«Ahora estoy aquí. Todo irá bien».

«Nunca provocaste la furia de tu padre, ni los golpes que le propinaba a tu madre. Tampoco tienes la culpa de las malas decisiones que Isobel haya podido tomar, ni de que optase por refugiarse en el alcohol en vez de protegerte. A ti, que debiste haber sido lo más importante para ella».

«– ¿Tú lo sabías? –¿Estabas al tanto del plan que tenían Nick y Savannah?»

«– De hecho, yo trabajé para… – Se detiene pensativo antes de continuar. – tu padre. Ambos estuvimos involucrados en el desarrollo de un nuevo proyecto innovador. El BKL289».

«– No me juzgues, por favor».

NICK

Se ha puesto pálida. Joder, se ha quedado completamente paraliza. Está en shock. Gael intenta zarandearla, conseguir cualquier reacción, pero es en vano. No era la forma. No era la jodida forma en la que debía enterarse de la verdad. Ni siquiera sé qué es lo que me duele más. Si la traición de Abril, o contemplar la destrucción de Valerie ante mis propios ojos.

Me pilló por sorpresa. Cuando salimos de Infoscience, su actitud había cambiado por completo. Su rostro se fundió en una expresión sombría y se negaba a hablar. Al llegar a casa, lo entendí. Un grupo de hombres armados me esperaban dispuestos a darme una paliza. Intenté oponer resistencia, pelear con ellos, pero eran demasiados. Cuando me tuvo en el suelo y a su merced, Abril se agachó para que pudiese verle bien la cara. «Esto es lo que siente cuando alguien a quien amas te rompe el corazón». Me engañó. Me la tenía jurada desde el primer momento.

Por algún motivo, se encaprichó conmigo en aquel bunker y se formó la absurda idea de que juntos seríamos felices. Por eso me ayudó. Sin embargo, al llegar a Londres se topó de golpe con la triste realidad.

Se dio cuenta de que yo jamás podría amarla. Nunca. Cuando nos encontramos a Valerie en Infosciense, por fin lo entendió: Jamás sería suyo. Y eso la llevó a contactar con John Soyers y prestarse a su sucio juego.

– Uno se queda realmente a gusto cuando al fin suelta lo que le corroe por dentro, ¿verdad? – Comenta John Soyers regodeándose en su victoria.

Debe sentirse muy satisfecho. Al fin lo ha hecho, ha cumplido con su objetivo. Valerie Soyers está muerta en vida. Ha acabado con ella.

Isobel gimotea a mi lado, y lo cierto es que apenas siento un ápice de compasión. ¿Cómo han sido capaces de hacerle algo así? Por dios, sea o no sea su hija, no deja de ser la misma niña que creció a su lado. Aquella a la que arropaban por las noches y les pedía cariño a gritos.

Cansado de luchar, yo también permito que una lágrima resbale por mi mejilla. Y, por primera vez en todo este rato, me atrevo a tomar la palabra.

– ¿Y ahora qué? – Inquiero de manera contundente y sin titubear. – Ya lo tienes, Soyers. Mírala, la has destruido. Ahí tienes tu jodida obra maestra. ¿Era lo que buscabas desde el principio, no? – Le increpo.

John vuelve a agarrarme por el pelo y me obliga a echar la cabeza hacia atrás. – No te equivoques, Nicholas. – Espeta en mi oído. – Efectivamente, esto era parte del plan, pero no es más que un pequeño aperitivo. El premio gordo siempre ha sido ese hijo de puta. – Sostiene en referencia a Harrison. – No pienso parar hasta tenerle arrodillado ante mí y pidiendo clemencia. – Lo que quiero... – Prosigue. – Es que vea morir a su hija frente a sus propios ojos.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral. Está completamente desquiciado. Cualquier

término con el que haya podido definirle anteriormente, se le queda corto. Está consumido por el odio.
Miro al frente y comparto una mirada cargada de intenciones con mi hermano. Lo sabe, no necesita más. Los dos pensamos igual. Es hora de actuar.
Si algo tenemos en común, es el amor que sentimos por Valerie. Y será ella la que consiga unirnos de manera definitiva, ya sea vivos o muertos.
En un gesto que les pasa desapercibido, Gael se apoya contra la enorme puerta metálica, lo que permite que se entreabra un poco más. Coloca el pie de manera estratégica, y en un veloz movimiento que ninguno de los presentes esperaba, lanza a Valerie hacia el exterior y cierra la puerta dejándola fuera de la habitación. Dentro, reina el caos.
Gael va directo a por Mila Samuels, a la que amenaza con la misma navaja que sostenía entre sus manos. John Soyers me obliga a levantarme y me pega a cuerpo mientras enfrenta a mi hermano.
– No juegues conmigo chaval... – Masculla entre dientes lanzándole una mirada desafiante.
– Tú decides. – Le provoca Gael. – Da un paso y te quedas sin novia. – Y se reafirma presionando su garganta con el filo de la navaja.
– ¿De verdad quieres hacerle esto a Valerie? – Inquiere Soyers siguiendo con su macabro juego.
– ¿No crees que ya ha perdido demasiado? – Insiste colocando la pistola contra mi sien. Al otro extremo de la habitación, Abril hace lo mismo con Isobel Soyers.
– Dime, ¿no te mata por dentro saber que le quiere a él? – Insiste mientras yo me dedico a analizar la expresión de Gael. Esta es la prueba de fuego. ¿Puedo confiar en él? Mi hermano permanece imperturbable. – ¿Saber que jamás será tuya?
Gael vuelve a centrar su atención en mí y en el arma que tengo apuntándome a la cabeza.

Llegado el caso, no me importará dar la vida por ella. No me importaría morir ahora mismo, si con eso consigo que Valerie escape a su control. Tic, tac... Se agota el tiempo.
– Mira, John... – Argumenta entonces mi hermano con perturbadora tranquilidad. – Si algo nos diferencia a ti y a mí, es que yo sí que cumplo con mis amenazas.
Y le corta la garganta a Mila, que cae al suelo en medio de un charco de sangre. Valerie chilla y golpea la puerta desde el exterior completamente desesperada. En medio del ajetreo, aprovecho para desestabilizar a John Soyers con un golpe en el costado. Se disponía a dispararme, pero mueve la mano y el tiro se desvía al otro extremo de la habitación. Isobel se agacha y grita completamente aterrada cubriéndose la cabeza con ambos brazos, mientras que Abril, que no sabe muy bien qué hacer, intenta buscar la aprobación de su jefe.
– ¿A qué coño esperas? – Le grita Soyers. – ¡Mátala! – Ordena en referencia a su mujer. Ambos comenzamos a forcejear, y Gael va directo a por Abril.
Con las manos atadas, me cuesta mucho defenderme, pero encajo los golpes sin titubear. Y, en

determinado momento, consigo que Soyers suelte la pistola. No hay tiempo. Es ahora o nunca.

CAPÍTULO 22

VALERIE

Todo da vueltas a mi alrededor. Mi mente gira a toda velocidad. Tic, tac. El tiempo se acaba. ¿Sabes que te quiero, verdad? Lo hice por ti. Todo lo que ha pasado entre nosotros no es más que un mal sueño. Perdóname. Eso es lo que gustaría decirle, pero no. Ya no puedo. Arriesgaste demasiado y saliste perdiendo, ambos lo hicimos.

En esa isla perdida en medio del océano Índico parecía tan real. Todo lo que vivimos, tus besos, esos que mi mente jamás fue capaz de borrar. Y esos ojos azules capaces de romperme en dos. Pero ya no hay tiempo. No hay tiempo para los dos. No puedo mirar atrás. Es ahora o nunca. Empujo con fuerza y por fin consigo que la maldita puerta ceda.

John Soyers, el que creía mi padre hasta hace unos minutos, tiene a Nick atrapado y ambos luchan en un brutal cuerpo a cuerpo. Justo entonces, veo la pistola tirada en el suelo y no dudo en correr a por ella. Sin pensarlo demasiado, le apunto con el arma. Nick se da cuenta a tiempo.

– Esto es entre tú y yo, Valerie. – Me dice en un intento por hacerme entrar en razón.

– ¿Te crees que no lo sé?

– Debes hacerlo. – Me apremia jadeante.

– No puedo. – Enuncio entre lágrimas. – No puedo, joder.

– Valerie, mírame.

Nuestras miradas se quedan atrapadas en un instante que se vuelve eterno. Veo su dolor. Siento la sangre brotar de sus heridas como si estuviesen en mi propio cuerpo. Somos uno. Siempre lo hemos sido.

– Es la hora, lo sabes. Por favor. – Insiste una vez más.

Se escapa a mi control.

– Te quiero. – Pronuncio entre sollozos y casi sin respiración.

– Lo sé.

Echo un vistazo al arma que sostengo entre mis manos temblorosas. Tic, tac. El momento ha llegado.

– Hazlo.

Cierro los ojos con fuerza, aprieto el gatillo y disparo. Una, dos, tres veces.

– ¡AAHHH! – Chillo dejando caer la pistola y derrumbándome en el suelo.

Siento ganas de vomitar. Me cuesta respirar. Alguien apoya una mano sobre mi hombro, y ese leve gesto me sobresalta. Entonces, una voz susurra a mi espalda.

– Valerie, ¿qué has hecho?

Dios. ¿Qué he hecho? De pronto, todo vuelve al punto de partida. Tic, tac. Se acaba el tiempo.
– No tenía opción. Yo no…

VALERIE

Me centro en el molesto sonido de las sirenas y el ajetreo de gente que sale y entra de los laboratorios. Lo están desmantelando todo. La policía no deja de sacar cosas metidas en bolsas altamente protegidas. También capta mi atención la cantidad de periodistas que hay a la salida. Los flashes de las cámaras me ciegan e instintivamente me tapo la cara con las manos. El infierno se ha desatado. Voces. Gritos. Quieren mi atención. Esperan que haga alguna declaración respecto a lo que acaba de ocurrir. Alguien me abraza en señal de protección y me ayuda a abrirme paso. Gael.

– Malditos buitres. – Gruñe molesto.

Comienzan a salir varias camillas con las víctimas. Sé quiénes son. Yo disparé. Una de ellas es Mila, que tiene un buen corte en la garganta. Los médicos dicen que sobrevivirá. Y el otro es... John Soyers. Fallecido. Le maté. Yo le maté. A mi madre se la han llevado directamente al hospital, su estado sigue siendo bastante crítico. Y en otra de las ambulancias están atendiendo a Nick, que tiene unas heridas bastante feas.

Se han ofrecido a curarme el golpe que tengo en la cabeza, puede que necesite puntos, pero me he negado. Lo único que quiero es tomar aire. Cerrar los ojos y asimilar que todo ha acabado. Pero, aún así, no consigo recuperar la calma.

Entonces, le veo. Camina hacia nosotros acompañado por el inspector James Black. Harrison Evans. Le miro, y por primera vez me encuentro buscando rasgos que dejen en evidencia nuestro parentesco. Tenemos los mismos ojos, grandes, profundos y del color del caramelo. ¿Cómo no lo he visto antes?

Gael se muestra bastante preocupado y con un simple gesto le hago ver que estoy bien.

– Se han llevado a Abril Taylor detenida. – Me informa el inspector. – Le espera una larga noche en comisaria declarando, pero se ha mostrado bastante dispuesta a cooperar. Contará todo lo que vivió en Las Seychelles.

Esa noticia supone un gran alivio en medio del caos, y por fin dejo que toda la tensión salga a flore. Rompo a llorar de manera descontrolada. Gael me abraza, y siento que ni siquiera tengo fuerzas para echarle en cara su engaño. Ya no más reproches.

– Procederemos a desmantelar los laboratorios, y hemos dado paso a una investigación que llevará al cierre inminente de la farmacéutica S.Y.R.S. – Prosigue Black. – Lamento todo este revuelo de periodistas y cámaras, pero la noticia ya ha adquirido una trascendencia global. Es uno de los mayores escándalos que hayamos podido vivir en la ciudad de Londres.

– Así que por fin ha terminado... – Comenta Gael. Y James Black asiente.

– Bueno, la señorita Soyers todavía tiene que acompañarme a comisaria para declarar... – Sostiene el inspector circunspecto. – Pero me imagino que sí.

– No use ese apellido. – Le reprendo. – No me corresponde. John Soyers no era mi padre. – Pronuncio en voz alta por primera vez.

Harrison se pone blanco y analiza mi semblante en busca de respuestas.

– Lo sé todo. – Le confirmo mirándole directamente a los ojos.

– ¿Podemos hablar un momento en privado? – Me pide casi con desesperación. Y yo asiento. Gael aprieta mi mano para infundirme ánimo. Cuando quiero darme cuenta, ya estamos a solas. Mi padre y yo, cara a cara.

CAPÍTULO 23

HARRISON

Ha llegado. El momento que tanto había esperado, por fin se ha convertido en una realidad. Mi hija lo sabe. Valerie por fin sabe toda la verdad.

– Valerie... – Comienzo a decir.

– No digas nada. – Me corta. – Solo quiero saber por qué. ¿Por qué no me lo habías dicho?

– Lamento muchísimo que te hayas tenido que enterar así. Yo... esperaba a encontrar el momento exacto. – Trata de explicarme. Y, pese a todo, opta por concederme el beneficio de la duda. De esa forma, paso a contarle detalladamente toda la historia.

– Conocí a Isobel en una reunión que llevó a cabo la empresa de Soyers. – Me sincero con ella. – No tenía ni idea de que estaba casada, y mucho menos de que fuera su mujer. Ella insistía en mantener nuestra relación oculta, y fui tan estúpido como para creer que lo que teníamos era amor.

– Muy típico de mi madre. – Comenta Valerie dolida.

– Me aseguraba que el único motivo que tenía para mantener lo nuestro escondido era su carrera. Y yo quise confiar en ella, en sus palabras. Al menos, hasta que vi una noticia con la que anunciaba por todo lo alto que estaba embarazada. No te haces una idea de lo humillado que me sentí en aquel momento.

Valerie guarda silencio y se limita a torcer el gesto. No sé qué piensa de mí en estos momentos, pero no debe ser nada bueno.

– Sintiéndome completamente traicionado, fui a pedirle explicaciones. Tenía muy claro que ese bebé era mío y sentía la necesidad de hacer algo para demostrarlo.

– ¿Y lo hiciste? – Me interroga. – ¿Luchaste por mí?

Bajo la cabeza avergonzado. No puedo engañarla, ya no.

– No lo suficiente. – Admito. – Me planté a las puertas de la mansión, intenté hacerla entender que estaba cometiendo un error. Pero no sirvió de nada.

Valerie suspira resignada. Ni siquiera parece sorprendida. Conoce muy bien la forma de actuar de su madre. A Isobel siempre le ha preocupado más la opinión de los demás, que el propio bienestar de su hija.

– Cuando naciste, enseguida supe que eras mía. Fui a verte al hospital y... – Me contengo por la emoción del momento. – Te vi allí, tan pequeña e indefensa, que me juré que nada te haría daño jamás.

– ¿Por qué no me llevaste contigo? – Inquiere Valerie entre lágrimas. – Tendrías que haberlo

hecho.
– Me convencí de que quedarte con ellos iba a ser lo mejor para ti. Ibas a tener una familia, algo que yo no podía darte en aquel momento.
Valerie rompe a reír, una risa desgarradora y llena de dolor.
– Sí, menuda familia... – Arguye sarcástica.
– Lo siento tanto... – Me lamento sintiendo la culpabilidad aprisionándome con más fuerza que nunca.
– Yo jamás quise hacerte daño, te lo juro. Tienes que creerme. – Le suplico completamente desesperado.
Había intentado acallar estas voces durante tanto tiempo, que ahora que ya han salido a flote, se han convertido en un huracán imparable. Un huracán imparable que arrasa conmigo. Ojalá tuviese la capacidad de colarme dentro de la mente de Valerie y saber qué piensa ahora mismo. ¿Me odia? ¿Siente pena? Ella no pronuncia palabra y, durante unos minutos que se vuelven eternos, se limita a contemplar sus zapatos. Ahora mismo me recuerda a una niña perdida. Una niña que ha sufrido demasiado y que lo único que necesita es amor. Amor y tiempo para recomponerse. Al cabo de un rato, Valerie por fin encuentra el valor de hablar.
– Te perdono, Harrison. – Pronuncia entre lágrimas. – Yo te... perdono.
Inmediatamente la atrapo entre mis brazos y ambos nos fundimos en un gesto de unión con el que llevaba soñando demasiado tiempo. Mi pequeña. Valerie. Por fin está aquí conmigo. Y sé, que en algún lugar, Savannah sonríe al presenciar este momento.

NICK

¿Y qué queda de nosotros? Ahora que ya ha terminado todo, ¿qué queda? Después de todo lo que hemos sufrido, no tengo nada clara la respuesta. Ni siquiera sé si nos quedan opciones. Y no puedo evitar sentir mucho miedo al ver que Gael la abraza. Puede que en el fondo, él sea la opción correcta. Alguien que se lo ponga fácil. Sin un pasado tan doloroso, ni tantos errores a las espaldas. Un amor sin complicaciones. Él también se lo ha jugado todo por ella y puede hacerla feliz. En nuestro caso, el daño que hemos sufrido nos ha roto para siempre. Y yo no tengo ni idea de cómo arreglarnos. Cuando un jarrón se rompe, pones pegamento. Pero siento que ni todo el pegamento del mundo podría volver a unirnos.

Gael se acerca y toma asiento a mi lado en la parte trasera de la ambulancia.

– Estás hecho una mierda, hermanito. – Comenta burlón. Y no puedo evitar reírme, porque es muy cierto. Tengo el ojo hinchado, la nariz y el labio partidos. Sin obviar el fuerte dolor de costillas que amenaza con romperme por la mitad. Gael toma la bolsa de hielo que había apartado a un lado y me la coloca directamente sobre el ojo. – Ponte esto, anda. – Me dice.

Yo jadeo adolorido ante el roce. – ¡Cuidado, tío! – Exclamo.

– Venga, no lloriquees tanto. Al final todo ha salido bien, ¿no? – Apunta.

Y yo me encojo de hombros. – Sí, supongo.

Gael me pilla observando a Valerie desde la distancia. Está hablando con Harrison. Por fin tendrá ese padre que tanto necesita, y estoy seguro de que conseguirán recuperar el tiempo perdido.

– ¿Ya has hablado con ella? – Pregunta sin rodeos. Y niego con la cabeza.

– Mira, te conozco muy poco, pero me queda claro que eres muy cabezón. – Sostiene. Y yo frunzo el ceño. – Venga, sabes que tengo razón.

– Creo que eres el menos indicado para...

– Nick, deja de hacer el tonto. – Me reprende. – Ve por ella y no la dejes escapar.

– Perdona que te lo diga, ¿pero no te parece que esto es un poco extraño? Tú la quieres.

– Sí. – Admite. – La quiero, pero eso no sirve de mucho cuando ella está enamorada de otra persona.

– ¿Me estás diciendo que te rindes? ¿Sin más? – Inquiero bastante sorprendido por su reacción.

– Nunca fue una lucha justa, hermanito. – Señala con acierto. – Nunca.

Durante un largo rato, me detengo a darle vueltas a sus palabras. Puede que Valerie me quiera a mí, pero eso no quiere decir nada. Hay veces en las que el amor no es suficiente. Desde que nos conocemos, hemos sido un auténtico desastre, pasando del odio al amor en un bucle sin fin.

Y, a estas alturas, ni siquiera tengo claro si somos buenos el uno para el otro. Más bien, no sé si yo soy lo bastante bueno para ella.

– No le convengo. – Confieso abatido, demasiado cansado como para seguir engañándose a mí mismo. – No soy bueno para ella.

Gael permanece en silencio mientras se dedica a juguetear con unas gasas que tiene a su lado. Parece que él tampoco sabe bien qué decir, lo que termina por confirmarme que estoy en lo cierto.

– No sé si contarte esto, porque seguramente dirás que estoy loco. – Afirma dubitativo. – Pero, el día que me indujisteis el coma y estuve a punto de morir... vi a Savannah.

– ¿Qué?

– Ni siquiera sé si fue un sueño, aunque parecía de lo más real. – Me asegura. – Pero, sea como sea, dijo algo que me dejó marcado. – Añade tras una breve pausa. – Me dijo que todos llegamos al mundo con un objetivo. Y que, en mayor o menor medida, influimos en las vidas de los demás. Formamos parte de la misma inmensidad.

Miro a mi hermano completamente impactado. Siento escalofríos. Eso encaja perfectamente con algo que diría Savannah si tuviese la oportunidad. Le encantaba reflexionar y darle mil vueltas al por qué de las cosas.

– Nick, tú y Valerie estáis hechos el uno para el otro. – Alega. – Por más que la vida insista en separaros, sois como dos jodidos imanes. No podéis evitar atraeros, aunque seáis polos opuestos.

– ¿Y qué pasa con nuestro pasado? – Le pregunto. – Ella ni siquiera recuerda lo que vivimos.

– A la mierda el pasado. – Sentencia. – Lo único que importa, lo tienes ahí delante. – Concluye apoyando una mano sobre mi hombro y señalando a Valerie.

CAPÍTULO 24

VALERIE

Un mes después

Está en todos los telediarios. Es la noticia del momento. La investigación en torno a la farmacéutica S.Y.R.S ha desatado un escándalo sin precedentes. Los crímenes del difunto John Soyers y sus atroces experimentos siguen siendo objeto de debate un mes después. Tal y como me prometió el inspector James Black, la policía se ha encargado de desmantelar varios de los laboratorios, aunque todavía siguen indagando hasta donde pudo llegar con su extensa red. Cabe destacar que tenía enlaces a nivel global, por lo que esa es tan solo la punta del iceberg. Por suerte, cuentan con la ayuda de mi padre, Harrison, que está completamente volcado con ellos. Todavía me cuesta llamarle así, pero poco a poco vamos haciendo avances. Resulta incluso irónico pensar que Black llegase a detenerle y le acusase de ser el responsable. Una detención que, por otro lado, sirvió para que llegasen rápidamente a la zona de los laboratorios. Las llamadas y los mensajes de voz que le dejé a Harrison fueron pruebas más que suficientes para exculparle. Además, también ayudó a que declarasen el asesinato de John Soyers como homicidio imprudente.

Mila Samuels y Abril Taylor también han cooperado bastante, dando veracidad a nuestra historia y admitiendo su culpa.

Por mi parte, todavía tardaré bastante tiempo en recuperarme, aunque cada día estoy mejor e incluso consigo dormir más de ocho horas seguidas. Y sin pesadillas. Un auténtico logro.

Otra mañana más, me he levantado con muchas náuseas y voy corriendo al baño. He intentado posponerlo, pero ya no tengo opción. Miro la cajita que descansa encima del lavabo.

– Venga, no seas cobarde. – Trato de animarme. – Hazlo.

La cojo con manos temblorosas y, tras unos minutos en los que me replanteo mi existencia, por fin decido hacerme el test de embarazo. Me siento en el suelo y espero el tiempo indicado, sintiendo como el corazón me late a toda velocidad. Muchas ideas sobrevuelan por mi cabeza. «No estás embarazada, es imposible». «Lo estás, y tu vida ya no volverá a ser la misma». Sea como sea, ya no hay marcha atrás. Cierro los ojos con fuerza y, conteniendo la respiración, me atrevo a mirar el predictor: Positivo.

Un repiqueteo en la puerta me sobresalta.

– Val, ¿estás bien? Tenemos que irnos. – Me apremian desde el otro lado.

Guardo rápidamente el test de vuelta en su cajita, me lavo la cara con agua fría y me animo a

salir. Nick me espera con una sonrisa.
– ¿Qué pasa? – Pregunta extrañado.
– Eh, nada... – Fracaso estrepitosamente en mi absurdo intento por sonar indiferente. Nick se da cuenta enseguida de que algo va mal. – Venga, vámonos. Gael nos espera en el aeropuerto.
Una breve parada en medio de su extensa ruta de viaje alrededor del mundo. Gael ha decidido emprender junto a Camille un voluntariado con el que poder ayudar a los menos favorecidos. Todo lo que hemos vivido durante los últimos meses, le ha cambiado. Nos ha cambiado a todos, ya que jamás volveremos a ser los mismos. Su principal objetivo es dejar huella y exprimir al máximo cada segundo. Está decidido a viajar por el mundo, ayudar en lo que pueda y nutrirse con las nuevas experiencias que la vida le brinde. Le echo mucho de menos, aunque me reconforta verle tan feliz.
– ¿Has vuelto a encontrarte mal? – Enuncia Nick preocupado. Desde que llegamos a Las Seychelles hace unos días, me he pasado todo el rato mareada o bien encerrada en el baño vomitando.
– No, yo creo que ha sido un virus. – Opto por mentirle. Sí, un virus que durará nueve meses exactamente.
Nick me acoge entre sus brazos y pasa a susurrarme al oído con dulzura.
– Bueno, mejor para mí. Así tengo una buena excusa para pasarnos el día entero en la cama. – Sostiene seductor. Y yo me pierdo en el océano de sus ojos, que brilla más que nunca. Después de tantos errores, hemos conseguido dejar atrás el dolor y luchar por nuestro amor. Un amor que cada día crece más. Puede que el futuro sea incierto, pero este instante perfección lo compensa con creces. Nick todavía no tiene ni idea, pero será un padre maravilloso. El orgulloso padre de una niña a la que llamaremos Savannah.
La luz dorada del sol se cuela a través de la ventana del bungalow y da a su mirada una tonalidad casi delirante. Hago un breve repaso por su cuerpo y me quedo embobada con su torno desnudo, sus esculpidos abdominales y esos pantalones blancos que encajan a la perfección con el ambiente paradisiaco. Todo mío.
Nick se percata y pasa a acariciarme la cara con ternura.
– Eres perfecta, ¿sabes? Pese a lo que hemos sufrido, volvería a repetirlo todo mil veces con tal de tenerte a mi lado.
Un lágrima comienza a resbalar por mi mejilla y él se encarga de recogerla.
– Te amo, Valerie Soyers. – Pronuncia contra mis labios. – Te amo con desesperación desde el primer segundo en que te vi.



AGRADECIMIENTOS

Menudo viaje. Debo confesar que me da muchísima pena ponerle fin a esta historia que tanto ha significado para mí. Valerie, Nick, Savannah y Harrison, no sabéis lo que he disfrutado dando vida a vuestro pequeño mundo. Mi corazón se queda para siempre en Las Seychelles. Y no sería justa del todo si no os dedicase este libro a vosotros, lectores. Nada de esto tendría sentido si no es por vosotros. Gracias por confiar en mí y por dejaros atrapar en estas páginas. También le tengo que dar las gracias a esas amigas que he conocido en el mundillo de Bookstagram y que no me han soltado de la mano en esta aventura. ¡Sois lo mejor!

A ti, mi amor, gracias por tu paciencia y por aguantarme las horas sin dormir, el mal humor y todo el tiempo que te he quitado para perseguir este sueño. Somos dos, ya lo sabes. Y a mi familia de Bilbao, que me ha abierto el corazón y acogido como una hija más. Simplemente gracias por darme tanto cariño. Os quiero.



DESCUBRE
LA TRILOGÍA RECUERDOS

¿CUÁLES SON LOS LÍMITES DEL AMOR Y EL PERDÓN?



amazon

kindleunlimited

LOQUERECUERDODETI

Notas

[←1]
No digas esas cosas.

[←2]

Sí.

[←3]

No tengo ganas de hablar.

[←4]

¿Cómo? Eres tú quien me ha implicado, Gael.

[←5]

¡Y no puedo más!